
ESTEBAN ECHEVERRÍA

El matadero y otros escritos



Lectulandia

«La vida no es más que una larga serie de pesares y un corto sueño de ilusiones y esperanzas», escribió Esteban Echeverría en alguna hoja de sus apuntes y diarios. Y es ése es el ritmo y el sazón de su vida, entregada a una empresa efervescente, la de escribir y conocer. Arrojado al destierro («la emigración es la muerte», dice en otro lado), Echeverría terminará sus días en medio de afanes y desesperanzas. No obstante, la fortaleza de su espíritu le permitirá ejercer una escritura que contribuirá a forjar toda una época en un país hasta entonces casi inhóspito. Para él es factible pensar y creer sinceramente: «La poesía es lo más sublime que hay en la esfera de la inteligencia humana» y, al mismo tiempo, luchar por ello a fin de entregar algo de poesía a los lectores de su país como un sencillo presente. A tal sentimiento responde «La cautiva», un largo «poema de la tierra», donde el autor rememora la lucha feraz de una comunidad por establecerse en un territorio intrincado y difícil. Así también, «El matadero», considerado por algunos como el primer cuento de la literatura argentina, y por último, los textos que completan este volumen: «Fondo y forma en las obras de imaginación», «Sobre el arte de la poesía», «Apología del matambre» y unos «Pensamientos», los cuales permiten comprender más cabalmente la obra y la vida de uno de los fundadores de la literatura argentina.

Lectulandia

Esteban Echeverría

El matadero y otros escritos

ePub r1.0

Titivillus 30.01.2018

Título original: *El matadero y otros escritos*
Esteban Echeverría, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Esteban Echeverría

EL MATADERO
Y OTROS ESCRITOS



CLÁSICOS PARA HOY
IBEROAMÉRICA



La cautiva

ADVERTENCIA^[1]

El principal designio del autor de «La cautiva» ha sido pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del desierto, y para no reducir su obra a una mera descripción ha colocado, en las vastas soledades de la pampa, dos seres ideales o dos almas unidas por el doble vínculo del amor y el infortunio. El suceso que poetiza, si no cierto, al menos entra en lo posible; y como no es del poeta contar menuda y circunstanciadamente a guisa de cronista o novelador, ha escogido sólo, para formar su cuadro, aquellos lances que pudieran suministrar más colores al pincel de la poesía; o más bien, ha esparcido en torno de las dos figuras que lo componen, algunos de los más peculiares ornatos de la naturaleza que las rodea. El desierto es nuestro, es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional.

Nada le compete anticipar sobre el fondo de su obra, pero hará notar que por una parte predomina en «La cautiva» la energía de la pasión manifestándose por actos, y por otra el interno afán de su propia actividad, que poco a poco consume y al cabo aniquila de un golpe, como un rayo, su débil existencia.

La marcha y término de todas las pasiones intensas, se realicen o no, es idéntica. Si satisfechas, la eficacia de la fruición las gasta, como el rozo los muelles de una máquina: si burladas se evaporan en votos impotentes o matan, porque el estado verdaderamente apasionado es estado febril y anormal, en el cual no puede nuestra frágil naturaleza permanecer mucho tiempo y que debe necesariamente hacer crisis.

De intento usa a menudo de locuciones vulgares y nombra las cosas por su nombre, porque piensa que la poesía consiste principalmente en las ideas, y porque no siempre, como aquéllas, no logran los circunloquios poner de bulto el objeto ante los ojos; si esto choca a algunos acostumbrados a la altisonancia de voces y al pomposo follaje de la poesía para sólo los sentidos, suya será la culpa, puesto que buscan, no lo que cabe en las miras del autor, sino lo que más con su gusto se aviene. Por desgracia esa poesía facticia, hecha toda de hojarasca brillante, que se fatiga por huir el cuerpo al sentido recto, y anda siempre como a caza de rodeos y voces campanudas para decir nimiedades, tiene muchos partidarios; y ella sin duda ha dado margen a que vulgarmente se crea que la poesía exagera y miente; la poesía ni miente ni exagera. Sólo los oradores gerundios y los poetas sin alma toman el oropel y el rimbombo de las palabras por elocuencia y poesía. El poeta, es cierto, no copia sino a veces la realidad tal cual aparece comúnmente en nuestra vista, porque ella se muestra llena de imperfecciones y máculas, y aquesto sería obrar contra el principio fundamental del arte que es representar lo bello: empero él toma lo natural, lo real, como el alfarero la arcilla, como el escultor el mármol, como el pintor los colores; y

con los instrumentos de su arte lo embellece y artiza conforme a la traza de su ingenio, a imagen y semejanza de las arquetípicas concepciones de su inteligencia. La naturaleza y el hombre le ofrecen colores primitivos que él mezcla y combina en su paleta; figuras bosquejadas, que él coloca en relieve, retoca y caracteriza; arranques instintivos, altas y generosas ideas, que él convierte en simulacros excelsos de inteligencia y libertad, estampando en ellos la más brillante y elevada forma que pueda concebir el humano pensamiento. Ella es como la materia que transforman sus manos y anima su inspiración; el verdadero poeta idealiza. Idealizar es sustituir a la tosca e imperfecta realidad de la naturaleza el vivo trasunto de la acabada y sublime realidad que nuestro espíritu alcanza.

La belleza física y moral, así concebida, tanto en las ideas y afectos del hombre como en sus actos, tanto en Dios como en sus magníficas obras: he aquí la inagotable fuente de la poesía, el principio y meta del arte y la alta esfera en que se mueven sus maravillosas creaciones.

Hay otra poesía que no se encumbra tanto como la que primero mencionamos; que más humilde y pedestre viste sencillez prosaica, copia lo vulgar porque no ve lo poético, y cifra todo su gusto en llevar por únicas galas el verso y la rima. Una y otra separan y embelesan en la contemplación de la corteza; no buscan el fondo de la poesía porque lo desconocen y jamás, por lo mismo, ni sugieren una idea ni mueven ni arrebatan. Ambas, careciendo de meollo o sustancia, son insípidas como fruto sin sazón. El público dirá si estas *Rimas* tienen parentesco inmediato con alguna de ellas.

La forma, es decir, la elección del metro, la exposición y estructura de «La cautiva», son exclusivamente del autor, quien no reconociendo forma alguna normal en cuyo molde deban necesariamente vaciarse las concepciones artísticas, ha debido escoger la que mejor cuadrara a la realización de su pensamiento.

Si el que imita a otro no es poeta, menos será el que, antes de darlo a luz, mutila su concepto para poderlo embutir en un patrón dado, pues esta operación mecánica prueba carencia de facultad generatriz. La forma artística está como asida al pensamiento, nace con él, lo encarna y le da propia y característica expresión. Por no haber alcanzado este principio los preceptistas han clasificado la poesía, es decir, lo más íntimo que produce la inteligencia, como el mineralogista los cristales, por su figura y apariencia externa, y han inventado porción de nombre que nada significan, como letrillas, églogas, idilios, etcétera, y aplicándolo a cada uno de los géneros especiales en que la subdividieron. Para ellos y su secta la poesía se reduce a imitaciones y modelos y toda la labor del poeta debe ceñirse a componer algo que, amoldándose a algún ejemplar conocido, sea digno de entrar en sus arbitrarias clasificaciones, so pena de cercarle, si contraviene, todas las puertas y resquicios de su Parnaso. Así fue como, preocupados con su doctrina, la mayor parte de los poetas españoles se empeñaron únicamente en llenar tomas de idilios, églogas, sonetos, canciones y anacreónticas, y malgastaron su ingenio en lindas trivialidades que empalagan y no dejan rastro alguno en el corazón o el entendimiento.

En cuanto al metro octosílabo en que va escrito este tomo, sólo dirá: que un día se apasionó de él, a pesar del descrédito a que lo habían reducido los copleros, por parecerle uno de los más hermosos y flexibles de nuestro idioma; y quiso hacerle recobrar el lustre de que gozaban en los más floridos tiempos de la poesía castellana, aplicándolo a la expresión de ideas elevadas y de profundos afectos. Habrá conseguido su objeto si el lector al recorrer sus *Rimas* no echa de ver que está leyendo octosílabos.

El metro, o mejor, el ritmo, es la música por medio de la cual la poesía cautiva los sentimientos y obra con más eficacia en el alma. Ora vago y pausado, remeda el reposo o las cavilaciones de la melancolía; ya sonoro y veloz, la tormenta de los afectos: con una disonancia hiere, con una armonía hechiza, y hace, como dice F. Schlegel, fluctuar el ánimo entre el recuerdo y la esperanza, pareando o alternando sus rimas. El diestro tañedor modula con él en todos los tonos del sentimiento, y se eleva al sublime concierto del entusiasmo y de la pasión.

No hay, pues, sin ritmo poesía completa. Instrumento del arte, debe en manos del poeta armonizar con la inspiración y ajustar sus compases al vario movimiento de los afectos. De aquí nace la necesidad de cambiar a veces de metro, para retener o acelerar la voz, y dar, por decirlo así, al canto las entonaciones conforme al efecto que se intenta producir.

El «Himno al dolor» y los «Versos al corazón» son de la época de *Los consuelos*, o melodías de la misma lira. Aun cuando parezcan desahogos del sentir individual, las ideas que contienen pertenecen a la humanidad, puesto que el corazón del hombre fue formado de la misma sustancia y por el mismo soplo.

—*Female hearts are such a genial soil*
For kinder feelings, whatsoe'er their nation,
They naturally pour the «wine and oil»,
Samaritans in every situation;
[En todo clima el corazón de la mujer es tierra
fértil en afectos generosos —ellas en cualquier
circunstancia de la vida saben, como la Samaritana,
prodigar el «óleo y el vino».]

Byron

LA CAUTIVA^[1]

PRIMERA PARTE EL DESIERTO

Ils vonl. L'espace est grand

Hugo

Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. —El desierto
inconmensurable, abierto,
y misterioso a sus pies
se extiende —triste el semblante,
solitario y taciturno
como el mar, cuando un instante
al crepúsculo nocturno
pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
del ave y bruto guaridas,
doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas,
que Él sólo puede sondar.

A veces la tribu errante
sobre el potro rozagante,
cuyas crines altaneras
flotan al viento ligeras,
lo cruza cual torbellino,

y pasa; o su toldería^[2]
sobre la grama frondosa
asienta, esperando el día
duerme, tranquila reposa,
sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,
sublimes y a par sencillas,
sembró la fecunda mano
de Dios allí! —¡Cuánto arcano
que no es dado al mundo ver!
La humilde yerba, el insecto,
la aura aromática y pura;
el silencio, el triste aspecto
de la grandiosa llanura,
el pálido anochecer.

Las armonías del viento
dicen más al pensamiento,
que todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.
¡Qué pincel podrá pintarlas
sin deslucir su belleza!
¡Qué lengua humana alabarlas!
Sólo el genio su grandeza
puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
reclinaba en occidente,
derramando por la esfera
de su rubia cabellera
el desmayado fulgor.
Serenos y diáfanos el cielo,
sobre la gala verdosa
de la llanura, azul velo
esparcía, misteriosa
sombra dando a su color.

El aura moviendo apenas
sus alas de aroma llenas,
entre la yerba bullía

del campo que parecía
como un piélagos ondear.
Y la tierra contemplando
del astro rey la partida
callaba, manifestando,
como en una despedida,
en su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero,
relinchaba un bruto fiero
aquí o allá, en la campaña;
bramaba un toro de saña;
rugía un tigre feroz,
o las nubes contemplando,
como extático y gozoso,
el yajá,^[3] de cuando en cuando,
turbaba el mudo reposo
con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
que el vasto horizonte ardía:
la silenciosa llanura
fue quedando más oscura,
más pardo el cielo, y en él,
con luz trémula brillaba
una que otra estrella, y luego
a los ojos se ocultaba,
como vacilante fuego
en soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
con su claroscuro manto,
veló la tierra; una faja
negra como una mortaja
el occidente cubrió:
mientras la noche bajando
lenta venía; la calma
que contempla suspirando
inquieta a veces el alma,
con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido

que suele hacer el tronido
cuando retumba lejano,
se oyó en el tranquilo llano
sordo y confuso clamor;
se perdió... y luego violento,
como baladro espantoso
de turba inmensa, en el viento
se dilató sonoro,
dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
del ágil potro arrogante
el duro suelo temblaba,
y envuelto en polvo cruzaba
como animado tropel,
velozmente cabalgando;
víanse lanzas agudas,
cabezas, crines ondeando,
y como formas desnudas
de aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
con su alarido perturba
las calladas soledades
de Dios, do las tempestades
sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
se atreve a hollar el desierto
cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
en sus yermos a buscar?

¡Oíd! —Ya se acerca el bando
de salvajes, atronando
todo el campo convecino;
¡mirad! —Como torbellino
hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
del bruto que arroja espuma;
vaga al viento su melena,
y con ligereza suma
pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
clavando al bruto la espuela,
sin mirar alrededor?
¡Ved!, que las puntas ufanas
de sus lanzas, por despojos,
llevan cabezas humanas,
cuyos inflamados ojos
respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
al indomable coraje
que abatió su alevosía;
y su rencor todavía
mira, con torpe placer,
las cabezas que cortaron
sus inhumanos cuchillos,
exclamando: «Ya pagaron
del cristiano los caudillos
el feudo a nuestro poder.

»Ya los ranchos^[4] do vivieron
presa de las llamas fueron,
y muerde el polvo abatida
su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,
sus mujeres, sus infantes,
que gimen en cautiverio,
a libertar, y como antes,
nuestras lanzas probarán».

Tal decía, y bajo el callo
del indómito caballo,
crujiendo el suelo temblaba;
hueco y sordo retumbaba
su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
el rostro en manto nubloso,
echó en el vasto desierto

su silencio pavoroso,
su sombría majestad.

SEGUNDA PARTE EL FESTÍN

*orribili favelle,
parole di dolore, accenti d'ira,
voci alte e fioche, e suon di man con elle
facevano un tumulto...*

Dante

Noche es el vasto horizonte,
noche el aire, cielo y tierra.
Parece haber apiñado
el genio de las tinieblas,
para algún misterio inmundo,
sobre la llanura inmensa,
la lobreguez del abismo
donde inalterable reina.
Sólo inquietos divagando,
por entre las sombras negras,
los espíritus foletos
con viva luz reverberan,
se disipan, reaparecen,
vienen, van, brillan, se alejan,
mientras el insecto chilla,
y en fachinales^[5] o cuevas
los nocturnos animales
con triste aullido se quejan.
La tribu aleve, entretanto,
allá en la pampa desierta,
donde el cristiano atrevido
jamás estampa la huella,
ha reprimido del bruto

la estrepitosa carrera;
y campo tiene fecundo
al pie de una loma extensa,
lugar hermoso do a veces
sus tolderías asienta.
Feliz la maloca^[6] ha sido;
rica y de estima la presa
que arrebató a los cristianos:
caballos, potros y yeguas,
bienes que en su vida errante
ella más que el oro precia;
muchedumbre de cautivas,
todas jóvenes y bellas.
Sus caballos, en manadas,
pacen la fragante yerba;
y al lazo, algunos prendidos,
a la pica, o la manea,
de sus indolentes amos
el grito de alarma esperan.
Y no lejos de la turba,
que charla ufana y hambrienta,
atado entre cuatro lanzas,
como víctima en reserva,
noble espíritu valiente
mira vacilar su estrella;
al paso que su infortunio,
sin esperanza, lamentan,
rememorando su hogar,
los infantes y las hembras.
Arden ya en medio del campo
cuatro extendidas hogueras,
cuyas vivas llamaradas,
irradiando, colorean
el tenebroso recinto
donde la chusma hormiguea.
En torno al fuego sentados
unos lo atizan y ceban;
otros la jugosa carne
al rescoldo o llama tuestan,
aquél come, éste destriza,
más allá alguno degüella

con afilado cuchillo
la yegua al lazo sujeta;
y a la boca de la herida,
por donde ronca y resuella,
y a borbollones arroja
la caliente sangre fuera,
en pie, trémula y convulsa,
dos o tres indios se pegan
como sedientos vampiros;
sorben, chupan, saborean
la sangre, haciendo mormullo,
y de sangre se rellenan.
Baja el pescuezo, vacila,
y se desploma la yegua
con aplauso de las indias
que a descuartizarla empiezan.
Arden en medio del campo,
con viva luz, las hogueras;
sopla el viento de la pampa,
y el humo y las chispas vuelan.
A la charla interrumpida,
cuando el hambre está repleta,
sigue el cordial regocijo,
el beberaje y la gresca,
que apetecen los varones
y las mujeres detestan.
El licor espirituoso
en grandes bacías echan,
y, tendidos de barriga
en derredor, la cabeza
meten sedientos, y apuran
el apetecido néctar,
que bien pronto los convierte
en abominables fieras.
Cuando algún indio, medio ebrio,
tenaz metiendo la lengua
sigue en la preciosa fuente,
y beber también no deja
a los que aguijan furiosos,
otro viene, de las piernas
lo agarra, tira y arrastra

y en lugar suyo se espeta.
Así bebe, ríe, canta,
y al regocijo sin rienda
se da la tribu: aquel ebrio
se levanta, bambolea,
a plomo cae, y gruñendo
como animal se revuelca.
Este chilla, algunos lloran,
y otros a beber empiezan.
De la chusma toda al cabo
la embriaguez se enseñorea
y hace andar en remolino
sus delirantes cabezas.
Entonces empieza el bullicio,
y la algazara tremenda,
el infernal alarido
y las voces lastimeras.
Mientras, sin alivio lloran
las cautivas miserables,
y los ternezuelos niños
al ver llorar a sus madres.
Las hogueras entretanto
en la oscuridad flamean,
y a los pintados semblantes
y a las largas cabelleras
de aquellos indios beodos
da su vislumbre siniestra
colorido tan extraño,
traza tan horrible y fea,
que parecen del abismo
precita, inmunda ralea,
entregada al torpe gozo
de la sabática fiesta.^[7]
Todos en silencio escuchan;
una voz entona recia
las heroicas alabanzas,
y los cantos de la guerra:

«Guerra, guerra, y exterminio
al tiránico dominio
del huinca,^[8] engañosa paz:

devore el fuego sus ranchos,
que en su vientre los caranchos
ceben el pico voraz».

Oyó gritos el caudillo,
y en su fogoso tordillo
salió Brian;
pocos eran y él delante
venía, al bruto arrogante
dio una lanzada Quillán.
Lo cargó al punto la indiada:
con la fulminante espada
se alzó Brian;
grandes sus ojos brillaron,
y las cabezas rodaron
de Quitur y Callupán.
Echando espuma y herido
como toro enfurecido
se encaró;
ceño torvo revolviendo,
y el acero sacudiendo:
nadie acometerlo osó.
Valichu^[9] estaba en su brazo;
pero al golpe de un bolazo^[10]
cayó Brian
como potro en la llanura:
cebo en su cuerpo y hartura
encontrará el gavilán.

Las armas cobarde entrega
el que vivir quiere esclavo,
pero el indio guapo, no:
Chañil murió como bravo,
batallando en la refriega,
de una lanzada murió.

Salió Brian airado
blandiendo la lanza,
con fiera pujanza
Chañil lo embistió;
del pecho clavado

en el hierro agudo,
con brazo forzado,
Brian lo levantó.
Funeral sangriento
ya tuvo en el llano;
ni un solo cristiano
con vida escapó.
¡Fatal vencimiento!
Lloremos la muerte
del indio más fuerte
que la pampa crió.

Quiénes su pérdida lloran,
quiénes sus hazañas mentan.
Óyense voces confusas,
medio articuladas quejas,
baladros, cuyo son ronco
en la llanura resuena.
De repente todos callan,
y un solo mormullo reina,
semejante al de la brisa
cuando rebulle en la selva;
pero, gritando, algún indio
en la boca se palmea,
y el disonante alarido
otra vez el campo atruena.
El indeleble recuerdo
de las pasadas ofensas
se aviva en su ánimo entonces,
y atizando su fiereza
al rencor adormecido
y a la venganza subleva:
en su mano los cuchillos,
a la luz de las hogueras,
llevando muerte relucen;
se ultrajan, riñen, vocean,
como animales feroces
se despedazan y bregan.
Y asombradas las cautivas
la carnicería horrenda
miran, y a Dios en silencio

humildes preces elevan.
Sus mujeres entretanto,
cuya vigilancia tierna
en las horas de peligro
siempre cautelosa vela,
acorren luego a calmar
el frenesí que los ciega,
ya con ruegos y palabras
de amor y eficacia llenas,
ya interponiendo su cuerpo
entre las armas sangrientas.
Ellos resisten y luchan,
las desoyen y atropellan,
lanzando injuriosos gritos;
y los cuchillos no sueltan
sino cuando, ya rendida
su natural fortaleza
a la embriaguez y al cansancio,
dobla el cuello y cae por tierra.
Al tumulto y la matanza
sigue el llorar de las hembras
por sus maridos y deudos,
las lastimosas endechas
a la abundancia pasada,
a la presente miseria,
a las víctimas queridas
de aquella noche funesta.
Pronto un profundo silencio
hace a los lamentos tregua,
interrumpido por ayes
de moribundos, o quejas,
risas, gruñir sofocado
de la embriagada torpeza.
Al espantoso ronquido
de los que durmiendo sueñan,
los gemidos infantiles
del ñacurutú^[11] se mezclan;
chillidos, aúllos tristes
del lobo que anda a la presa.
De cadáveres, de troncos,
miembros, sangre y osamentas,

entremezclados con vivos,
cubierto aquel campo queda,
donde poco antes la tribu
llegó alegre y tan soberbia.
La noche en tanto camina
triste, encapotada y negra;
y la desmayada luz
de las festivas hogueras
sólo alumbra los estragos
de aquella bárbara fiesta.

TERCERA PARTE
EL PUÑAL

*Yo iba a morir, es verdad,
entre bárbaros crueles,
y allí el pesar me mataba
de morir, mi bien, sin verte.
A darme la vida tú
saliste, hermosa y valiente*

Calderón

Yace en el campo tendida,
cual si estuviera sin vida,
ebria, la salvaje turba,
y ningún ruido perturba
su sueño o sopor mortal.
Varones y hembras mezclados,
todos duermen sosegados:
sólo, en vano tal vez, velan
los que libertarse anhelan
del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando
los caballos, que vagando

libres despuntan la grama,
y a la moribunda llama
de las hogueras se ve,
se ve sola y taciturna,
símil a sombra nocturna,
moverse una forma humana,
como quien lucha y se afana,
y oprime algo bajo el pie;

se oye luego triste aúllo
y horrisonante mormullo,
semejante al del novillo
cuando el filoso cuchillo
lo degüella sin piedad;
y por la herida resuella,
y aliento y vivir por ella,
sangre hirviendo a borbollones,
en horribles convulsiones,
lanza con velocidad.

Silencio —ya el paso leve
por entre la yerba mueve,
como quien busca y no atina,
y temeroso camina
de ser visto o tropezar,
una mujer: —en la diestra
un puñal sangriento muestra,
sus largos cabellos flotan
desgreñados, y denotan
de su ánimo el batallar.

Ella va. —Toda es oídos;
sobre salvajes dormidos
va pasando, — escucha, — mira,
se para, — apenas respira,
y vuelve de nuevo a andar.
Ella marcha, y sus miradas
vagan en torno azoradas,
cual si creyesen ilusas
en las tinieblas confusas
mil espectros divisar.

Ella va, y aun de su sombra,
como el criminal, se asombra,
alza, — inclina la cabeza;
pero en un cráneo tropieza
y queda al punto mortal.
Un cuerpo gruñe y resuella,
y se revuelve; — mas ella
cobra espíritu y coraje,
y en el pecho del salvaje
clava el agudo puñal.

El indio dormido expira:
y ella veloz se retira
de allí, y anda con más tino
arrostrando del destino
la rigurosa crueldad.
Un instinto poderoso,
un afecto generoso
la impele y guía segura,
como luz de estrella pura,
por aquella oscuridad.

Su corazón de alegría
palpita; — lo que quería,
lo que buscaba con ansia
su amorosa vigilancia
encontró gozosa al fin.
Allí, allí está su universo,
de su alma el espejo terso,
su amor, esperanza y vida;
allí contempla embebida
su terrestre serafín.

«Brian, dice, mi Brian querido,
busca durmiendo el olvido;
quizá ni soñando espera
que yo entre esta gente fiera
le venga a favorecer.
Lleno de heridas, cautivo,
no abate su ánimo altivo
la desgracia, y satisfecho

descansa, como en su lecho,
sin esperar ni temer.

»Sus verdugos, sin embargo,
para hacerle más amargo
de la muerte el pensamiento,
deleitarse en su tormento,
y más su rencor cebar
prolongando su agonía,
la vida suya, que es mía,
guardaron, cuando triunfantes
hasta los tiernos infantes
osaron despedazar,

«arrancándolos del seno
de sus madres — ¡Día lleno
de execración y amargura
en que murió mi ventura,
tu memoria me da horror!»
Así dijo, y ya no siente,
ni llora, porque la fuente
del sentimiento fecunda,
que el femenino pecho inunda,
consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza
en su corazón alianza
han hecho, y sólo una idea
tiene fija y saborea
su ardiente imaginación.
Absorta el alma, en delirio
lleno de gozo y martirio
queda, hasta que al fin estalla
como volcán, y se explaya
la lava del corazón.

Allí está su amante herido,
mirando al cielo y ceñido
el cuerpo con duros lazos,
abiertos en cruz los brazos,
ligados manos y pies.
Cautivo está, pero duerme;

inmóvil, sin fuerza, inerme
yace su brazo invencible:
de la pampa el león terrible
presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía,
esperando con el día
horrible muerte, está el hombre
cuya fama, cuyo nombre
era al bárbaro traidor
más temible que el zumbido
del hierro o plomo encendido;
más aciago y espantoso
que el valichu rencoroso
a quien ataca su error.

Allí está; — silenciosa ella,
como tímida doncella,
besa su entreabierto boca;
cual si dudara le toca
por ver si respira aún.
Entonces las ataduras,
que sus carnes roen duras,
corta, corta velozmente
con su puñal obediente,
teñido en sangre común.

Brian despierta; — su alma fuerte,
conforme ya con su suerte,
no se conturba ni azora;
poco a poco se incorpora,
mira sereno, y cree ver
un asesino: — echan fuego
sus ojos de ira; mas luego
se siente libre y se calma,
y dice: «¿Eres alguna alma
que pueda y deba querer?

»¿Eres espíritu errante,
ángel bueno, o vacilante
parto de mi fantasía?»
«Mi vulgar nombre es María,

ángel de tu guarda soy;
y mientras cobra pujanza,
ebria la feroz venganza
de los bárbaros, segura,
en aquesta noche oscura,
velando a tu lado estoy:

nada tema tu congoja.»
Y enajenada se arroja
de su querido en los brazos,
le da mil besos y abrazos,
repitiendo: «Brian, Brian».
La alma heroica del guerrero
siente el gozo lisonjero
por sus miembros doloridos
correr, y que sus sentidos
libres de ilusión están.

Y en labios de su querida
apura aliento de vida,
y la estrecha cariñoso
y en éxtasis amoroso
ambos respiran así;
mas, súbito él la separa,
como si en su alma brotara
horrible idea, y la dice:
«María, soy infelice,
ya no eres digna de mí.

»Del salvaje la torpeza
habrá ajado la pureza
de tu honor, y mancillado
tu cuerpo santificado
por mi cariño y tu amor;
ya no me es dado quererte».
Ella le responde: «Advierte
que en este acero está escrito
mi pureza y mi delito,
mi ternura y mi valor.

»Mira este puñal sangriento,
y saltará de contento

tu corazón orgulloso;
diómelo amor poderoso,
diómelo para matar
al salvaje que insolente
ultrajar mi honor intente;
para, a un tiempo, de mi padre,
de mi hijo tierno y mi madre,
la injusta muerte vengar.

»Y tu vida, más preciosa
que la luz del sol hermosa,
sacar de las fieras manos
de estos tigres inhumanos,
o contigo perecer.
Loncoy, el cacique altivo
cuya saña al atractivo
se rindió de estos mis ojos,
y quiso entre sus despojos
de Brian la querida ver,

«después de haber mutilado
a su hijo tierno, anegado
en su sangre yace impura;
sueño infernal su alma apura:
diole muerte este puñal.
Levanta, mi Brian, levanta,
sigue, sigue mi ágil planta;
huyamos de esta guarida
donde la turba se anida
más inhumana y fatal».

«¿Pero adónde, adónde iremos?
¿Por fortuna encontraremos
en la pampa algún asilo,
donde nuestro amor tranquilo
logre burlar su furor?
¿Podremos, sin ser sentidos,
escapar, y desvalidos
caminar a pie, ijadeando,
con el hambre y sed luchando,
el cansancio y el dolor?»

—«Sí, el anchuroso desierto
más de un abrigo encubierto
ofrece, y la densa niebla
que el cielo y la tierra puebla,
nuestra fuga ocultará.
Brian, cuando aparezca el día,
palpitantes de alegría,
lejos de aquí ya estaremos,
y el alimento hallaremos
que el cielo al infeliz da.»

«Tú podrás, querida amiga,
hacer rostro a la fatiga,
mas yo, llagado y herido,
débil, exangüe, abatido,
¿cómo podré resistir?
Huye tú, mujer sublime,
y del oprobio redime
tu vivir predestinado;
deja a Brian infortunado,
solo, en tormentos morir.»

—«No, no, tú vendrás conmigo,
o pereceré contigo.
De la amada patria nuestra
escudo fuerte es tu diestra,
¿y qué vale una mujer?
Huyamos, tú de la muerte,
yo de la oprobiosa suerte
de los esclavos; propicio
el cielo este beneficio
nos ha querido ofrecer;
no insensatos lo perdamos.

»Huyamos, mi Brian, huyamos;
que en el áspero camino
mi brazo, y poder divino
te servirán de sostén.»

—«Tu valor me infunde fuerza,
y de la fortuna adversa,
amor, gloria o agonía

participar con María
yo quiero; huyamos, ven, ven.»

Dice Brian y se levanta;
el dolor traba su planta,
mas devora el sufrimiento,
y ambos caminan a tiento
por aquella oscuridad.
Tristes van, — de cuando en cuando
la vista al cielo llevando,
que da esperanza al que gime,
¿qué busca su alma sublime?
La muerte o la libertad.

«Y en esta noche sombría
¿quién nos servirá de guía?»
—«Brian, ¿no ves allá una estrella
que entre dos nubes centella
cual benigno astro de amor?
Pues ésa es por Dios enviada,
como la nube encarnada
que vio Israel prodigiosa;
sigamos la senda hermosa
que nos muestra su fulgor;

»ella del triste desierto
nos llevará a feliz puerto.»
Ellos van; — solas, perdidas,
como dos almas queridas,
que amor en la tierra unió,
y en la misma forma de antes
andan por la noche errantes,
con la memoria hechicera
del bien que en su primavera
la desdicha les robó.

Ellos van. — Vasto, profundo
como el páramo del mundo
misterioso es el que pisan;
mil fantasmas se divisan,
mil formas vanas allí,
que la sangre joven hielan:

mas ellos vivir anhelan.
Brian desmaya caminando
y, al cielo otra vez mirando,
dice a su querida así:

«Mira, ¿no ves?, la luz bella
de nuestra polar estrella
de nuevo se ha oscurecido,
y el cielo más denegrido
nos anuncia algo fatal.»
—«Cuando contrario el destino
nos cierre, Brian, el camino,
antes de volver a manos
de esos indios inhumanos,
nos queda algo: — este puñal.»

CUARTA PARTE LA ALBORADA

*Già la terra è coperta d'uccisi;
tutta è sangue la vasta pianura*
[Ya de muertos la tierra está cubierta,
y la vasta llanura toda es sangre]

Manzoni

Todo estaba silencioso.
La brisa de la mañana
recién la yerba lozana
acariciaba, y la flor;
y en el oriente nubloso
la luz apenas rayando
iba el campo matizando
de claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido;
ni del pájaro se oía

la variada melodía,
música que al alba da;
y solo, al ronco bufido
de algún potro que se azora,
mezclaba su voz sonora
el agorero yajá.

En el campo de la holganza,
sola techumbre del cielo,
libre, ajena de recelo,
dormía la tribu infiel;
mas la terrible venganza
de su constante enemigo
alerta estaba, y castigo
le preparaba crüel.

Súbito, al trote asomaron
sobre la extendida loma
dos jinetes, como asoma
el astuto cazador;
y al pie de ella divisaron
la chusma quieta y dormida,
y volviendo atrás la brida
fueron a dar el clamor

de alarma al campo cristiano.
Pronto en brutos altaneros
un escuadrón de lanceros
trotando allí se acercó
con acero y lanza en mano;
y en hileras dividido
al indio no apercebido
en doble muro encerró.

Entonces, el grito «Cristiano, cristiano»
resuena en el llano,
«Cristiano» repite confuso clamor.
La turba que duerme despierta turbada,
clamando azorada:
«Cristiano nos cerca, cristiano traidor.»
Niños y mujeres, llenos de conflicto,
levantan el grito;

sus almas conturba la tribulación;
los unos pasmados al peligro horrendo,
 los otros huyendo,
corren, gritan, llevan miedo y confusión.

Quién salta al caballo que encontró primero,
 quién toma el acero,
quién corre su potro querido a buscar;
mas ya la llanura cruzan desbandadas,
 yeguas y manadas,
que el cauto enemigo las hizo espantar.

En trance tan duro los carga el cristiano,
 blandiendo en su mano
la terrible lanza, que no da cuartel.
Los indios más bravos luchando resisten,
 cual fieras embisten:
el brazo sacude la matanza cruel.

El sol aparece; — las armas agudas
 relucen desnudas,
horrible la muerte se muestra doquier.
En lomos del bruto, la fuerza y coraje,
 crece del salvaje;
sin su apoyo, inerme, se deja vencer.

Pie en tierra poniendo la fácil victoria,
 que no le da gloria,
prosigue el cristiano lleno de rencor.
Caen luego caciques, soberbios caudillos:
 los fieros cuchillos
degüellan, degüellan, sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,
 gemir del que implora,
puesto de rodillas, en vano piedad,
todo se confunde: del plomo el silbido,
 del hierro el crujido,
que ciego no acata ni sexo ni edad.

Horrible, horrible matanza
hizo el cristiano aquel día;

ni hembra, ni varón, ni cría
de aquella tribu quedó.
La inexorable venganza
siguió el paso a la perfidia,
y en no cara y breve lidia
su cerviz al hierro dio.

Viose la yerba teñida
de sangre, hediondo y sembrado
de cadáveres el prado
donde resonó el festín.
Y del sueño de la vida
al de la muerte pasaron
los que poco antes se holgaron,
sin temer aciago fin.

Las cautivas derramaban
lágrimas de regocijo;
una al esposo, otra al hijo
debió allí la libertad;
pero ellos tristes estaban,
porque ni vivo ni muerto
halló a Brian en el desierto,
su valor y su lealtad.

QUINTA PARTE EL PAJONAL^[12]

*... e lo spirito lasso
conforta e ciba di speranza buona
[... y el ánimo cansado,
de esperanza feliz nutre y conforta]*

Dante

Así, huyendo a la ventura,

ambos a pie divagaron
por la lóbrega llanura,
y al salir la luz del día,
a corto trecho se hallaron
de un inmenso pajonal.
Brian debilitado, herido,
a la fatiga rendido
la planta apenas movía;
su angustia era sin igual.

Pero un ángel, su querida,
siempre a su lado velaba,
y el espíritu y la vida
que su alma heroica anidaba,
la infundía, al parecer,
con miradas cariñosas,
voces del alma profundas,
que debieran ser eternas;
y aquellas palabras tiernas,
o armonías misteriosas
que sólo manan fecundas
del labio de la mujer.

Temerosos del salvaje,
acogiéronse al abrigo
de aquel pajonal amigo,
para de nuevo su viaje
por la noche continuar;
descansar allí un momento,
y refrigerio y sustento
a la flaqueza buscar.

Era el adusto verano:
ardiente el sol como fragua,
en cenagoso pantano
convertido había el agua
allí estancada, y los peces,
los animales inmundos
que aquel bañado habitaban
muertos, al aire infectaban,
o entre las impuras heces
aparecían a veces

boqueando moribundos,
como del cielo implorando
agua y aire: — aquí se vía
al voraz cuervo, tragando
lo más asqueroso y vil;
allí la blanca cigüeña,
el pescuezo corvo alzando,
en su largo pico enseña
el tronco de algún reptil;
más allá se ve el carancho,
que jamás presa desdeña,
con pico en forma de gancho
de la expirante alimaña
sajar la fétida entraña.
Y en aquel páramo yerto,
donde a buscar como a puerto
refrigerio, van errantes
Brian y María anhelantes;
sólo divisan sus ojos,
feos, inmundos despojos
de la muerte. — ¡Qué destino
como el suyo miserable!
Si en aquel instante vino
la memoria perdurable
de la pasada ventura
a turbar su fantasía,
¡cuán amarga les sería!,
¡cuán triste, yerma y oscura!

Pero con pecho animoso
en el lodo pegajoso
penetraron, ya cayendo,
ya levantando o subiendo
el pie flaco y dolorido;
y sobre un flotante nido
de yajá (columna bella,
que entre la paja descuella,
como edificio construido
por mano hábil), se sentaron
a descansar o morir.
Súbito allí desmayaron

los espíritus vitales
de Brian a tanto sufrir;
y en los brazos de María,
que inmóvil permanecía,
cayó muerto al parecer.
¡Cómo palabras mortales
pintar al vivo podrán
el desaliento y angustias
o las imágenes mustias
que el alma atravesarán
de aquella infeliz mujer!
Flor hermosa y delicada,
perseguida y conculcada
por cuantos males tiranos
dio en herencia a los humanos
inexorable poder.

Pero a cada golpe injusto
retoñece más robusto
de su noble alma el valor,
y otra vez, con paso fuerte,
huella el fango, do la muerte
disputa un resto de vida
a indefensos animales,
y rompiendo enfurecida
los espesos matorrales,
camina a un sordo rumor
que oye próximo, y mirando
el hondo cauce anchuroso
de un arroyo que, copioso
entre la paja corría,
se volvió atrás, exclamando
arrobada de alegría:
«¡Gracias te doy, Dios supremo!
Brian se salva, nada temo».

Pronto llega al alto nido
donde yace su querido,
sobre sus hombros le carga
y con vigor desmedido
lleva, lleva, a paso lento,

al puerto de salvamento
aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa
el inmoble cuerpo posa,
y los labios, frente y cara
en el agua fresca y clara
le embebe; — su aliento aspira;
por ver si vivo respira,
trémula su pecho toca,
y otra vez sienes y boca
le empapa: — en sus ojos vivos
y en su semblante animado,
los matices fugitivos
de la apasionada guerra
que su corazón encierra,
se muestran. — Brian recobrado
se mueve, incorpora, alienta,
y débil mirada lenta
clava en la hermosa María,
diciéndola: «Amada mía,
pensé no volver a verte,
y que este sueño sería
como el sueño de la muerte;
pero tú, siempre velando,
mi vivir sustentas, cuando
yo en nada puedo valerte,
sino doblar la amargura
de tu extraña desventura».
—«Que vivas tan sólo quiero,
porque si mueres, yo muero;
Brian mío, alienta, triunfamos,
en salvo y libres estamos.
No te aflijas; — bebe, bebe
esta agua, cuyo frescor
el extenuado vigor
volverá a tu cuerpo en breve,
y esperemos con valor
de Dios el fin que imploramos.»

Dijo así, y en la corriente

recoge agua, y diligente,
de sus miembros con esmero,
se aplica a lavar primero
las dolorosas heridas,
las hondas llagas henchidas
de negra sangre cuajada,
y a sus inflamados pies
el lodo impuro, y después
con su mano delicada
las venda. — Brian silencioso
sufre el dolor con firmeza,
pero siente a la flaqueza
rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento
corre a buscar, y un momento,
sin duda el cielo piadoso,
de aquellos finos amantes,
infortunados y errantes,
quiso aliviar el tormento.

SEXTA PARTE LA ESPERA

¡Qué largas son las horas del deseo!

Moreto

Triste, oscura, encapotada
llegó la noche esperada,
la noche que ser debiera
su grata y fiel compañera;
y en el vasto pajonal
permanecen inactivos
los amantes fugitivos.
Su astro, al parecer, declina,

como la luz vespertina
entre sombra funeral.

Brian, por el dolor vencido,
al margen yace tendido
del arroyo, —probó en vano
el paso firme y lozano
de su querida seguir—;
sus plantas desfallecieron,
y sus heridas vertieron
sangre otra vez. —Sintió entonces
como una mano de bronce
por sus miembros discurrir.

María espera a su lado
con corazón agitado,
que amanecerá otra aurora
más bella y consoladora;
el amor la inspira fe
en destino más propicio,
y la oculta el precipicio
cuya idea sólo pasma:
el descarnado fantasma
de la realidad no ve.

Pasión vivaz la domina,
ciega pasión la fascina;
mostrando a su alma el trofeo
de su impetuoso deseo
la dice: «Tú triunfarás».
Ella infunde a su flaqueza
constancia allí y fortaleza;
ella su hambre, su fatiga,
y sus angustias mitiga
para devorarla más.

Sin el amor que en sí entraña,
¿qué sería? —Frágil caña,
que el más leve impulso quiebra,
ser delicado, fina hebra,
sensible y flaca mujer.
Con él es ente divino

que pone a raya el destino,
ángel poderoso y tierno
a quien no haría el infierno
vacilar y estremecer.

De su querido no advierte
el mortal abatimiento,
ni cree se atreva la muerte
a sofocar el aliento
que hace vivir a los dos;
porque de su llama intensa
es la vida tan inmensa,
que a la muerte vencería,
y en sí eficacia tendría
para animar como Dios.

El amor es fe inspirada,
es religión arraigada
en lo íntimo de la vida.
Fuente inagotable, henchida
de esperanza, su anhelar
no halla obstáculo invencible
hasta conseguir victoria;
si se estrella en lo imposible
gozoso vuela a la gloria
su heroica palma a buscar.

María no desespera
porque su ahínco procura
para lo que ama, ventura,
y al infortunio supera
su imperiosa voluntad.
«Mañana, el grito constante
de su corazón amante
la dice, mañana el cielo
hará cesar tu desvelo;
la nueva luz esperad.»

La noche cubierta, en tanto,
camina en densa tiniebla,
y en el abismo de espanto,
que aquellos páramos puebla,

ambos perdidos se ven.
Parda, rojiza, radiosa,
una faja luminosa
forma horizonte no lejos;
sus amarillos reflejos
en lo oscuro hacen vaivén.

La llanura arder parece,
y que con el viento crece,
se encrespa, aviva y derrama
el resplandor y la llama
en el mar de lobreguez.
Aquel fuego colorado,
en tinieblas engolfado,
cuyo esplendor vaga horrendo,
era trasunto estupendo
de la inferna terriblez.

Brian, recostado en la yerba,
como ajeno de sentido,
nada ve: —ella un ruido
oye, pero sólo observa
la negra desolación,
o las sombrías visiones
que engendran las turbaciones
de su espíritu. —¡Cuán larga
aquella noche y amarga
sería a su corazón!

Miró a su amante —espantoso,
un bramido cavernoso
la hizo temblar, resonando:
era el tigre, que buscando
pasto a su saña feroz
en los densos matorrales,
nuevos presagios fatales
al infortunio traía.
En silencio, echó María
mano a su puñal, veloz.

SÉPTIMA PARTE
LA QUEMAZÓN

Voyez... Déjà la flamme en torrens se déploie
[Mirad... ya en torrente se extiende la llama]

Lamartine

El aire estaba inflamado,
turbia la región suprema,
envuelto el campo en vapor;
rojo el sol, y coronado
de parda oscura diadema,
amarillo resplandor
en la atmósfera esparcía;
el bruto, el pájaro huía,
y agua la tierra pedía
sedienta y llena de ardor.

Soplando a veces el viento
limpiaba los horizontes,
y de la tierra brotar
de humo rojo y ceniciento
se veían como montes,
y en la llanura ondear,
formando espiras doradas,
como lenguas inflamadas,
o melenas encrespadas
de ardiente, agitado mar.

Cruzándose nubes densas
por la esfera dilataban,
como cuando hay tempestad,
sus negras alas inmensas;
y más, y más aumentaban
el pavor y oscuridad.
El cielo entenebrecido,
el aire, el humo encendido,
eran, con el sordo ruido,
signo de calamidad.

El pueblo de lejos
contempla asombrado
los turbios reflejos;
del día enlutado
la ceñuda faz.

El humilde llora,
el piadoso implora;
se turba y azora
la malicia audaz.

Quién cree ser indicio
fatal, estupendo,
del día del juicio,
del día tremendo
que anunciado está.
Quién piensa que al mundo,
sumido en lo inmundo,
el cielo iracundo
pone a prueba ya.

Era la plaga que cría
la devorante sequía
para estrago y confusión:
de la chispa de una hoguera,
que llevó el viento ligera,
nació grande, cundió fiera
la terrible quemazón.

Ardiendo, sus ojos
relucen, chispean;
en rubios manojos
sus crines ondean,
flameando también:
la tierra gimiendo,
los brutos rugiendo,
los hombres huyendo,
confusos la ven.

Sutil se difunde,
camina, se mueve,

penetra, se infunde;
cuanto toca, en breve
reduce a tizón.

Ella era, —y pastales,
densos pajonales,
cardos y animales,
ceniza, humo son.

Raudal vomitando
venía de llama,
que hirviendo, silbando,
se enrosca y derrama
con velocidad.

Sentada María
con su Brian la vía:
«¡Dios mío!, decía,
de nos ten piedad».

Piedad María imploraba,
y piedad necesitaba
de potencia celestial.
Brian caminar no podía,
y la quemazón cundía
por el vasto pajonal.

Allí pábulo encontrando,
como culebra serpeando,
velozmente caminó;
y agitando, desbocada,
su crin de fuego erizada,
gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles
de animales y reptiles
quema el fuego vencedor,
que el viento iracundo atiza;
vuelan el humo y ceniza,
y el inflamado vapor,

al lugar donde, pasmados,
los cautivos desdichados,
con despavoridos ojos,

están, su hervidero oyendo,
y las llamaradas viendo
subir en penachos rojos.

No hay cómo huir, no hay efugio,
esperanza ni refugio;
¿dónde auxilio encontrarán?
Postrado Brian yace inmoble
como el orgulloso roble
que derribó el huracán.

Para ellos no existe el mundo.
Detrás, arroyo profundo
ancho se extiende, y delante,
formidable y horroroso,
alza la cresta furioso
mar de fuego devorante.

«Huye presto —Brian decía
con voz débil a María—,
déjame solo morir;
este lugar es un horno:
huye, ¿no miras en torno
vapor cárdeno subir?»

Ella calla, o le responde:
«Dios, largo tiempo no esconde
su divina protección.
¿Crees tú nos haya olvidado?
Salvar tu vida ha jurado
o morir mi corazón».

Pero del cielo era juicio
que en tan horrendo suplicio
no debían perecer,
y que otra vez de la muerte
inexorable, amor fuerte
triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora:
de la pasión que atesora
el espíritu inmortal

brotan, en su faz la belleza
estampando y fortaleza
de criatura celestial,

no sujeta a ley humana;
y como cosa liviana
carga el cuerpo amortecido
de su amante, y con él junto,
sin cejar, se arroja al punto
en el arroyo extendido.

Cruje el agua, y suavemente
surca la mansa corriente
con el tesoro de amor;
semejante a Ondina bella,
su cuerpo airoso descuella
y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,
sobre sus hombros nevados,
suelos, reluciendo van;
boga con un brazo, lenta,
y con el otro sustenta,
a flor, el cuerpo de Brian.

Aran la corriente unidos
como dos cisnes queridos
que huyen de águila cruel,
cuya garra, siempre lista,
desde la nube se alista
a separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana
en perseguirlos. —Ufana
en la orilla opuesta el pie
pone María triunfante,
y otra vez libre a su amante
de horrenda agonía ve.

¡Oh del amor maravilla!
En sus bellos ojos brota
del corazón, gota a gota,

el tesoro sin mancilla,
celeste, inefable unción;
sale en lágrimas deshecho
su heroico amor satisfecho.
Y su formidable cresta
sacude, enrosca y enhiesta
la terrible quemazón.

Calmó después el violento
soplar del airado viento:
el fuego a paso más lento
surcó por el pajonal,
sin topar ningún escollo;
y a la orilla de un arroyo
a morir al cabo vino,
dejando, en su ancho camino,
negra y profunda señal.

OCTAVA PARTE BRIAN

*Les guerriers et les coursiers eux mêmes
sont là pour attester les victoires de mon bras.
Je dois ma renommée à mon glaive...*

[Los guerreros y aun los bridones de la batalla
existen para atestiguar las victorias de mi brazo.
Debo mi renombre a mi espada.]

Antar^[13]

Pasó aquél, llegó otro día
triste, ardiente, y todavía
desamparados, como antes,
a los míseros amantes
encontró en el pajonal.
Brian, sobre pajizo lecho

inmóvil está, y en su pecho
arde fuego inextinguible;
brota en su rostro visible
abatimiento mortal.

Abrumados y rendidos
sus ojos, como adormidos,
la luz esquivan, o absortos,
en los pálidos abortos
de la conciencia (legión
que atribula al moribundo)
verán formas de otro mundo,
imágenes fugitivas,
o las claridades vivas
de fantástica región.

Triste a su lado María
revuelve en la fantasía
mil contrarios pensamientos,
y horribles presentimientos
la vienen allí a asaltar;
espectros que engendra el alma,
cuando el ciego desvarío
de las pasiones se calma,
y perdida en el vacío
se recoge a meditar.

Allí, frágil navecilla
en mar sin fondo ni orilla,
do nunca ríe bonanza,
se encuentra sin esperanza
de poder al fin surgir.
Allí ve su afán perdido
por salvar a su querido;
y cuán lejano y nubloso
el horizonte radioso
está de su porvenir.

Cuán largo, incierto camino
la desdicha le previno;
¡cuán triste peregrinaje!
Allí ve de aquel paraje

la yerta inmovilidad.
Allí ya del desaliento
sufre el pausado tormento,
y abrumada de tristeza,
al cabo a sentir empieza
su abandono y soledad.

Echa la vista delante,
y al aspecto de su amante
desfallece su heroísmo;
la vuelve, y hórrido abismo
mira atónita detrás.
Allí apura la agonía
del que vio cuando dormía
paraíso de dicha eterno,
y al despertar, un infierno
que no imaginó jamás.

En el empíreo nublado
flamea el sol colorado;
y en la llanura domina
la vaporosa calina,
el bochorno abrasador.
Brian sigue inmóvil, y María
en formar se entretenía
de junco un denso tejido
que guardase a su querido
de la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento
que al levantarse o moverse
hace animal corpulento,
crujir la paja y romperse
de un cercano matorral.
Miró, ¡oh, terror!, y acercarse
vio con movimiento tardo,
y hacia ella encaminarse,
lamiéndose, un tigre pardo,
tinto en sangre; —atroz señal.

Cobrando ánimo al instante
se alzó María arrogante,

en mano el puñal desnudo,
vivo el mirar, y un escudo
formó de su cuerpo a Brian.
Llegó la fiera inclemente,
clavó en ella vista ardiente,
y a compasión ya movida,
o fascinada y herida
por sus ojos y ademán,

recta prosiguió el camino,
y al arroyo cristalino
se echó a nadar. —¡Oh, amor tierno!,
de lo más frágil y eterno
se compaginó tu ser.
Siendo sólo afecto humano,
chispa fugaz, tu grandeza,
por impenetrable arcano,
es celestial. —¡Oh, belleza!
no se anida tu poder,

en tus lágrimas, ni enojos;
sí, en los sinceros arrojos
de tu corazón amante.
María en aquel instante
se sobrepuso al terror,
pero cayó sin sentido
a conmoción tan violenta.
Bella como ángel dormido
la infeliz estaba, exenta
de tanto afán y dolor.

Entonces, ¡ah!, parecía
que marchitado no había
la aridez de la congoja,
que a lo más bello despoja
su frescura juvenil.
¡Venturosa si más largo
hubiera sido su sueño!
Brian despierta del letargo:
brilla matiz más risueño
en su rostro varonil.

Se sienta, —extático mira,
como el que en vela delira;
lleva la mano a su frente
sudorífera y ardiente,
¿qué cosas su alma verá?
La luz, noche le parece,
tierra y cielo se oscurece,
y rueda en un torbellino
de nubes. —«Este camino
lleno de espinas está:

»y la llanura, María,
¿no ves cuán triste y sombría?
¿Dónde vamos? —A la muerte.
Triunfó la enemiga suerte»,
dice delirando Brian.

«¡Cuán caro mi amor te cuesta!
Y mi confianza funesta,
¡cuánta fatiga y ultrajes!
Pero pronto los salvajes
su deslealtad pagarán.»

Cobra María el sentido
al oír de su querido
la voz, y en gozo nadando
se incorpora, en él clavando
su cariñosa mirada.

«Pensé dormías —la dice—
y despertarte no quise;
fuera mejor que durmieras
y del bárbaro no oyeras
la estrepitosa llegada.

»¿Sabes? —Sus manos lavaron
con infernal regocijo,
en la sangre de mi hijo;
mis valientes degollaron.
Como el huracán pasó,
desolación vomitando,

su vigilante perfidia.
Obra es del inicuo bando,
¡qué dirá la torpe envidia!
Ya mi gloria se eclipsó.

»De paz con ellos estaba,
y en la villa descansaba.
Oye, no te fíes, vela,
lanza, caballo y espuela
siempre lista has de tener.
Mira dónde me han traído,
atado estoy y ceñido;
no me es dado levantarme,
ni valerte ni vengarme,
ni batallar ni vencer.

«Venga, venga mi caballo,
mi caballo por la vida;
venga mi lanza fornida,
que yo basto a ese tropel.
Rodeado de picas me hallo.
Paso, canalla traidora,
que mi lanza vengadora
castigo os dará crüel.

»¿No miráis la polvareda
que del llano se levanta?
¿No sentís lejos la planta
de los brutos retumbar?
La tribu es, huyendo leda,
como carnicero lobo,
con los despojos del robo,
no de intrépido lidiar.

«Mirad ardiendo la villa,
y degollados, dormidos,
nuestros hermanos queridos
por la mano del infiel.
¡Oh, mengua! ¡Oh, rabia! ¡Oh, mancilla!
Venga mi lanza ligero,
mi caballo parejero,
daré alcance a ese tropel.»

Se alzó Brian enajenado,
y su bigote erizado
se mueve; chispean, rojos
como centellas, sus ojos,
que hace el entusiasmo arder;
el rostro y talante fiero,
do resalta con viveza
el valor y la nobleza,
la majestad del guerrero
acostumbrado a vencer.

Pero al punto desfallece.
Ella, atónita, enmudece,
ni halla voz su sentimiento;
en tan solemne momento
flaquea su corazón.
El sol pálido declina:
en la cercana colina
triscan las gamas y ciervos,
y de caranchos y cuervos
grazna la impura legión.

De cadáveres avara,
cual si muerte presagiara,
así la caterva estulta,
vil al heroísmo insulta,
que triunfante veneró.
María tiembla. —Él, alzando
la vista al cielo y tomando
con sus manos casi heladas
las de su amiga, adoradas,
a su pecho las llevó.

Y con voz débil la dice:
«Oye, —de Dios es arcano,
que más tarde o más temprano
todos debemos morir.
Insensato el que maldice
la ley que a todos iguala:
hoy el término señala
a mi robusto vivir.

»Resígnate; —bienvenida
siempre, mi amor, fue la muerte
para el bravo, para el fuerte,
que a la patria y al honor
joven consagró su vida:
¿qué es ella? —Una chispa, nada,
con ese sol comparada,
raudal vivo de esplendor.

»La mía brilló un momento,
pero a la patria sirviera;
también mi sangre corriera
por su gloria y libertad.
Lo que me da sentimiento
es que de ti me separo,
dejándote sin amparo
aquí en esta soledad.

«Otro premio merecía
tu amor y espíritu brioso,
y galardón más precioso
te destinaba mi fe.
Pero ¡ay, Dios!, la suerte mía
de otro modo se eslabona;
hoy me arranca la corona
que insensato ambicioné.

»¡Si al menos la azul bandera
sombra a mi cabeza diese!
¡O antes por la patria fuese
aclamado vencedor!
¡Oh, destino! Quién pudiera
morir en la lid, oyendo
el alarido y estruendo,
la trompeta y el tambor.

»Tal gloria no he conseguido.
Mis enemigos triunfaron;
pero mi orgullo no ajaron
los favores del poder.
¡Qué importa! Mi brazo ha sido
terror del salvaje fiero:

los Andes vieron mi acero
con honor resplandecer.

»¡Oh, estrépito de las armas!
¡Oh, embriaguez de la victoria!
¡Oh, campos, soñada gloria!
¡Oh, lances del combatir!
Inesperadas alarmas,
patria, honor, objetos caros,
ya no volveré a gozaros,
joven yo debo morir.

»Hoy es el aniversario
de mi primera batalla,
y en torno a mí todo calla...
Guarda en tu pecho mi amor,
nadie llegue a su santuario...
Aves de presa parecen,
ya mis ojos se oscurecen;
pero allí baja un cóndor,

»y huye el enjambre insolente,
adiós, en vano te aflijo...
Vive, vive para tu hijo,
Dios te impone ese deber.
Sigue, sigue al occidente
tu trabajosa jornada;
adiós, en otra morada
nos volveremos a ver.»

Calló Brian, y en su querida
clavó mirada tan bella,
tan profunda y dolorida,
que toda el alma por ella
al parecer exhaló.
El crepúsculo esparcía
en el desierto luz mustia.
Del corazón de María,
el desaliento y angustia,
sólo el cielo penetró.

NOVENA PARTE
MARÍA

Fallece esperanza y crece tormento

Anónimo

Morte bella pareo nel suo bel viso
[La muerte parecía bella en su rostro bello]

Petrarca

¿Qué hará María? —En la tierra
ya no se arraiga su vida.
¿Dónde irá? —Su pecho encierra
tan honda y vivaz herida,
tanta congoja y pasión,
que para ella es infecundo
todo consuelo del mundo,
burla horrible su contento,
su compasión un tormento,
su sonrisa una irrisión.

¿Qué le importan sus placeres,
su bullicio y vana gloria;
si ella, entre todos los seres,
como desechada escoria,
lejos, olvidada está?
¿En qué corazón humano,
en qué límite del orbe,
el tesoro soberano,
que sus potencias absorbe,
ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,
y una fresca sepultura
encuentra; lecho postrero,
que al cadáver del guerrero
preparó el más fino amor.

Sobre ella hincada, María,
muda como estatua fría,
inclinada la cabeza,
semejaba a la tristeza
embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos
caen por los hombros tendidos,
y sombrean de su frente,
su cuello y rostro inocente,
la nevada palidez.
No suspira allí, ni llora;
pero como ángel que implora,
para miserias del suelo
una mirada del cielo,
hace esta sencilla prez:

«Ya en la tierra no existe
el poderoso brazo
donde hallaba regazo
mi enamorada sien:
Tú ¡oh, Dios! no permitiste
que mi amor lo salvase,
quisiste que volase
donde florece el bien.

Abre, Señor, a su alma
tu seno regalado,
del bienaventurado
reciba el galardón:
encuentre allí la calma,
encuentre allí la dicha,
que busca en su desdicha,
mi viudo corazón».

Dice. Un punto su sentido
queda como sumergido.
Echa la postrer mirada
sobre la tumba callada
donde toda su alma está.
Mirada llena de vida;
pero lánguida, abatida,

como la última vislumbre
de la agonizante lumbre,
falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla,
y tomando por la orilla
del arroyo hacia el ocaso,
con indiferente paso
se encamina al parecer.
Pronto sale de aquel monte
de paja, y mira adelante
ilimitado horizonte,
llanura y cielo brillante,
desierto y campo doquier.

¡Oh, noche! ¡Oh, fúlgida estrella!,
luna solitaria y bella,
¡sed benignas!; el indicio
de vuestro inf lujo propicio
siquiera una vez mostrad.
Bochornos, cálidos vientos,
inconstantes elementos,
preñados de temporales,
apiadaos; fieras fatales,
su desdicha respetad.

Y Tú ¡oh, Dios!, en cuyas manos
de los míseros humanos
está el oculto destino,
siquiera un rayo divino
haz a su esperanza ver.
Vacilar, de alma sencilla,
que resignada se humilla,
no hagas la fe acrisolada;
susténtala en su jornada,
no la dejes perecer.

Adiós, pajonal funesto,
adiós, pajonal amigo.
Se va ella sola, ¡cuán presto
de su júbilo, testigo,
y su luto fuiste vos!

El sol y la llama impía
marchitaron tu ufanía,
pero hoy tumba de un soldado
eres, y asilo sagrado:
pajonal glorioso, adiós.

Gózate, ya no se anidan
en ti las aves parleras,
ni tu agua y sombra convidan
sólo a los brutos y fieras:
soberbio debes estar.
El valor y la hermosura,
ligados por la ternura,
en ti hallaron refrigerio;
de su infortunio el misterio
tú sólo puedes contar.

Gózate, votos ni ardores
de felices amadores
tu esquividad no turbaron,
sino voces que confiaron
a tu silencio su mal.
En la noche tenebrosa,
con los ásperos graznidos
de la legión ominosa,
oirás ayes y gemidos:
adiós, triste pajonal.

De ti, María, se aleja,
y en tus soledades deja
toda su alma; agradecido,
el depósito querido
guarda y conserva; quizá
mano generosa y pía
venga a pedírtelo un día;
quizá la viva palabra
un monumento le labra
que el tiempo respetará.

Día y noche ella camina:
y la estrella matutina,
caminando solitaria,

sin articular plegaria,
sin descansar ni dormir,
la ve. —En su planta desnuda
brota la sangre y chorrea;
pero toda ella, sin duda,
va absorta en la única idea
que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.
Su garganta es viva fragua,
un volcán su pensamiento;
pero mar de hielo y agua
refrigerio inútil es
para el incendio que abriga;
insensible a la fatiga,
a cuanto ve indiferente,
como mísera demente
mueve sus heridos pies

por el desierto. —Adormida
está su orgánica vida;
pero la vida de su alma
fomenta en sí aquella calma
que sigue a la tempestad,
cuando el ánimo cansado
del afán violento y duro,
al parecer resignado,
se abisma en el fondo oscuro
de su propia soledad.

Tremebundo precipicio,
fiebre lenta y devorante,
último efugio, suplicio
del infierno, semejante
a la postrer convulsión
de la víctima en tormento:
trance que si dura un día
anonada el pensamiento,
encanece o deja fría
la sangre en el corazón.

Dos soles pasan. —¿Adónde

tu poder ¡oh, Dios! se esconde?
¿Está, por ventura, exhausto?
¿Más dolor en holocausto
pide a una flaca mujer?
No; —de la quieta llanura
ya se remonta a la altura
gritando el yajá. —Camina,
oye la voz peregrina
que te viene a socorrer.

¡Oh, ave de la pampa hermosa,
cómo te meces ufana!
Reina, sí, reina orgullosa
eres, pero no tirana
como el águila fatal;
tuyo es también el espacio,
el transparente palacio:
si ella en las rocas se anida,
tú en la esquivez escondida
de algún vasto pajonal.

De la víctima el gemido,
el huracán y el tronido
ella busca, y deleite halla
en los campos de batalla;
pero tú la tempestad,
día y noche vigilante,
anuncias al gaucho errante;
tu grito es de buen presagio
al que asechanza o naufragio
teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera
la voz del ave agorera,
oye, María infelice;
alerta, alerta, te dice;
aquí está tu salvación.
¿No la ves cómo en el aire
balancea con donaire
su cuerpo albo-ceniciento?
¿No escuchas su ronco acento?
Corre a calmar tu aflicción.

Pero nada ella divisa,
ni el feliz reclamo escucha;
y caminando va aprisa:
el demonio con que lucha
la turba, impele y amaga.
Turbios, confusos y rojos
se presentan a sus ojos
cielo, espacio, sol, verdura,
quieta, insondable llanura
donde sin brújula vaga.

Mas ¡ah!, que en vivos corceles
un grupo de hombres armados
se acerca. ¿Serán infieles,
enemigos? —No, soldados
son del desdichado Brian.
Llegan, su vista se pasma;
ya no es la mujer hermosa,
sino pálido fantasma;
mas reconocen la esposa
de su fuerte capitán.

Creíanla cautiva o muerta;
grande fue su regocijo.
Ella los mira, y despierta.
«¿No sabéis qué es de mi hijo?»,
con toda el alma exclamó.
Tristes mirando a María
todos el labio sellaron,
mas luego una voz impía:
«Los indios lo degollaron»,
roncamente articuló.

Y al oír tan crudo acento,
como quiebra el seco tallo
el menor soplo del viento,
o como herida del rayo,
cayó la infeliz allí;
viéronla caer, turbados,
los animosos soldados;
una lágrima la dieron,

y funerales la hicieron
dignos de contarse aquí.

Aquella trama formada
de la hebra más delicada,
cuyo espíritu robusto
lo más acerbo e injusto
de la adversidad probó,
un soplo débil deshizo:
Dios para amar, sin duda, hizo
un corazón tan sensible;
palpitar le fue imposible
cuando a quien amar no halló.

Murió María. ¡Oh, voz fiera!
¡Cuál entraña te abortara!
Mover al tigre pudiera
su vista sola; —y no hallara
en ti alguna compasión,
tanta miseria y conflicto,
ni aquel su materno grito;
y como flecha saliste,
y en lo más profundo heriste
su anhelante corazón.

Embates y oscilaciones
de un mar de tribulaciones
ella arrostró, y la agonía
saboreó su fantasía,
y el punzante frenesí
de la esperanza insaciable
que en pos de un deseo vuela,
no alcanza el blanco inefable;
se irrita en vano y desvela,
vuelve a devorarse a sí.

Una a una, todas bellas,
sus ilusiones volaron,
y sus deseos con ellas;
sola y triste la dejaron
sufrir hasta enloquecer.
Quedaba a su desventura

un amor, una esperanza,
un astro en la noche oscura,
un destello de bonanza,
un corazón que querer.

Una voz cuya armonía
adormecerla podría;
a su llorar un testigo,
a su miseria un abrigo,
a sus ojos qué mirar.
Quedaba a su amor desnudo
un hijo, un vástago tierno;
encontrarlo aquí no pudo,
y su alma al regazo eterno
lo fue volando a buscar.

Murió; por siempre cerrados
están sus ojos cansados
de errar por llanura y cielo,
de sufrir tanto desvelo,
de afanar sin conseguir.
El atractivo está yerto
de su mirar; ya el desierto,
su último asilo, los rastros
de tan hechiceros astros
no verá otra vez lucir.

Pero de ella aún hay vestigio.
¿No veis el raro prodigio?
Sobre su cándida frente
aparece nuevamente
un prestigio encantador.
Su boca y tersa mejilla
rosada, entre nieve brilla,
y revive en su semblante
la frescura rozagante
que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,
y estampó en su rostro hermoso
aquel inefable hechizo,
inalterable reposo,

y sonrisa angelical,
que destellan las facciones
de una virgen en su lecho
cuando las tristes pasiones
no han ajado de su pecho
la pura flor virginal.

Entonces el que la viera,
dormida ¡oh, Dios! la creyera;
deleitándose en el sueño
con memorias de su dueño,
llenas de felicidad:
soñando en la alba lucida
del banquete de la vida
que sonrío a su amor puro;
más ¡ay!, que en el seno oscuro
duerme de la eternidad.

EPÍLOGO

Douce lumière, es-tu leur âme?
[¿Eres, plácida luz, el alma de ellos?]

Lamartine

¡Oh, María! Tu heroísmo,
tu varonil fortaleza,
tu juventud y belleza
merecieran fin mejor.
Ciegos de amor, el abismo
fatal tus ojos no vieron,
y sin vacilar se hundieron
en él ardiendo en amor.

De la más cruda agonía
salvar quisiste a tu amante,
y lo viste delirante

en el desierto morir.
¡Cuál tu congoja sería!
¡Cuál tu dolor y amargura!
Y no hubo humana criatura
que te ayudase a sentir.

Se malogró tu esperanza;
y cuando sola te viste
también mísera caíste
como árbol cuya raíz
en la tierra ya no afianza
su pompa y florido ornato:
nada supo el mundo ingrato
de tu constancia infeliz.

Naciste humilde, y oculta
como diamante en la mina,
la belleza peregrina
de tu noble alma quedó.
El desierto la sepulta,
tumba sublime y grandiosa,
do el héroe también reposa
que la gozó y admiró.

El destino de tu vida
fue amar, amor tu delirio,
amor causó tu martirio,
te dio sobrehumano ser;
y amor, en edad florida,
sofocó la pasión tierna
que, omnipotencia de eterna,
trajo consigo al nacer.

Pero, no triunfa el olvido,
de amor, ¡oh, bella María!,
que la virgen poesía
corona te forma ya
de ciprés entretejido
con flores que nunca mueren;
y que admiren y veneren
tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,
inhospitable morada,
que no siempre sosegada
mira el astro de la luz;
descollando en una altura,
entre agreste flor y yerba,
hoy el caminante observa
una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre
la copa extensa y tupida
de un ombú donde se anida
la altiva águila real;
y la varia muchedumbre
de aves que cría el desierto,
se pone en ella a cubierto
del frío y sol estival.

Nadie sabe cuya mano
plantó aquel árbol benigno,
ni quién a su sombra, el signo
puso de la redención.
Cuando el cautivo cristiano
se acerca a aquellos lugares,
recordando sus hogares,
se postra a hacer oración.

Fama es que la tribu errante,
si hasta allí llega embebida
en la caza apetecida
de la gama y avestruz,
al ver del ombú gigante
la verdosa cabellera,
suelta al potro la carrera
gritando: «Allí está la cruz».

Y revuelve atrás la vista
como quien huye aterrado,
creyendo, se alza el airado,
terrible espectro de Brian.
Pálido, el indio exorcista

el fatídico árbol nombra;
ni a hollar se atreven su sombra
los que de camino van.

También el vulgo asombrado
cuenta que en la noche oscura
suelen en aquella altura
dos *luces* aparecer;
que salen, y habiendo errado
por el desierto tranquilo,
juntas a su triste asilo
vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes
serán del páramo aéreo,
quizá espíritus, —¡misterio!,
visiones del alma son.
Quizá los sueños brillantes
de la inquieta fantasía,
forman coro en la armonía
de la invisible creación.

El matadero

ADVERTENCIA^[1]

El artista contribuye al estudio de la sociedad cuando estampa en el lienzo una escena característica que, transportándonos al lugar y a la época en que pasó, nos hace creer que asistimos a ella y que vivimos con la vida de sus actores. Esta clase de páginas son escasas, y las pocas que existen se conservan como joyas, no sólo para estudio del arte sino también de las costumbres cuyo verdadero conocimiento es el alma de la historia.

Nosotros, a medida que crecemos en edad como pueblo y adelantamos en cultura como sociedad, nos interesamos con mayor anhelo en conocer lo pasado y deseamos hallar testimonios a este respecto que guien nuestro juicio. Pero este deseo no es fácil de satisfacer, tanto en la época antigua como en la reciente, porque no habiendo tenido arte ni literatura nacional, han desaparecido los tipos sociales tan fugazmente como huye el tiempo, sin que manos de observadores los hayan fijado ni con la escritura ni con los medios que proporcionan las bellas artes.

La rica imaginación de Walter Scott habría sido impotente para interesar a sus contemporáneos con escenas de la pintoresca Edad Media, si escritas en las crónicas, si pintadas en los museos, si talladas en piedra, no hubiera hallado las costumbres anglosajonas que proporcionan asunto, movimiento y color a sus célebres novelas. Así como es imposible la restauración de un monumento derruido cuando sólo se conoce el lugar donde existía, es igualmente obra superior a la inteligencia humana comprender los tiempos sin examinar sus vestigios. De manera que cuando, con relación a una época cualquiera de nuestra vida, tengamos la fortuna de encontrar un testigo que vio o sintió por sí mismo, debemos apresurarnos a consignar el precioso testimonio que nos suministra para ilustrar con él las páginas hasta ahora pálidas de nuestra historia.

Estas páginas no fueron escritas para darse a la prensa tal cual salieron de la pluma que las trazó, como lo prueban la precipitación y el desnudo realismo con que están redactadas. Fueron trazadas con tal prisa que no debieron exigirle al autor más tiempo que el que emplea un taquígrafo para estampar la palabra que escucha: nos parece verle en una situación semejante a la del pintor que abre su álbum para consignar en él, con rasgos rápidos y generales, las escenas que le presenta una calle pública para componer más tarde un cuadro de costumbres en el reposo del taller.

Esos croquis, bosquejos, o como quiera llamárseles, tienen gran precio para los conocedores en las artes, por cuanto son como improvisaciones extemporáneas que permiten traslucir sin engaño la manera, el genio y hasta el alma de quien les produjo. Por imperfectos que sean los lineamientos con que se revelan de este modo una personalidad o un ingenio, los estima en mucho el amigo de la originalidad y de lo verdadero, y les prefiere a todo otro antecedente para fundar su juicio sobre las

cualidades del artista.

Aparte, pues, del valor histórico que tiene el presente trabajo, como lo notaremos más adelante, la circunstancia que acabamos de recomendar le da, en nuestro concepto, un mérito especial, en cuanto nos proporciona una oportunidad nueva para comprender mejor al autor de «La cautiva» y del «Ángel caído», y para sorprenderle en los secretos de la manera de componer o de «artizar», como él diría. Los iniciados en este secreto del poeta, que él mismo no hubiera acertado a comunicar si lo hubiera intentado de propósito, saben que sus obras son el resultado de serias reflexiones, de ensayos comenzados y abandonados, de experimentaciones sobre la sociedad, sobre el individuo, de exámenes prolijos de su propia conciencia, de indagaciones pacientes acerca de los hechos que él mismo no había presenciado. Cuando rebosaba su paleta de colores apropiados a su idea y ésta se le presentaba clara y luminosa en su mente, entonces se entregaba a la labor con el ardimiento de un inspirado y en corto espacio de tiempo arrojaba de sí algunos de esos fragmentos que son partes aisladas de la vasta idea que había concebido su genio.

Como amigos del ilustre poeta y directores de la edición de sus *Obras completas*, hemos tenido ocasión de examinar los papeles y borradores que dejó en gran cantidad y en sumo desorden, y podemos justificar lo que decíamos un momento antes con documentos fehacientes. El tipo de don Juan fue varias veces modelado por su autor bajo diversos nombres, y la disposición definitiva del poema en donde hace papel principal este personaje es resultado de muchos ensayos y pruebas que arrojaba al fondo de su cartera cuando no respondían al relieve y a la perfección que aspiraba dar a su obra.

Hemos encontrado una interesante serie de estudios en forma de correspondencia epistolar sobre la naturaleza del terreno, el paisaje y los habitantes de nuestras llanuras, que vemos utilizados más tarde en el poema «La cautiva», en el cual si el lector se siente impresionado por la solemne melancolía del conjunto, es a causa de la exquisita exactitud con que fueron observados los pormenores que sirven de fondo a los desventurados personajes de aquel drama del desierto.

Para fines que pueden comprenderse leyendo el poema «Avellaneda», daguerrotipó su autor el cuadro que exponemos hoy al público. La casualidad y la desgracia pusieron ante los ojos de Echeverría aquel lugar sui generis de nuestros suburbios donde se mataban las reses para consumo del mercado, y a manera del anatómico que domina su sensibilidad delante del cadáver, se detuvo a contemplar las escenas que allí se representaban, teniendo el coraje de consignarlas por escrito para ofrecerlas alguna vez con toda su fealdad ante aquellos que están llamados a influir en la mejora de las costumbres. Conociendo de cerca los instintos y educación de aquella clase especial de hombres, entre quienes fue a buscar el tirano los instrumentos de su sistema de gobierno, pudo pintar con mano maestra los siniestros caracteres que tejen la traición en que cae la noble víctima de su citado poema.

Aquella cuadrilla famosa que se llamó la Mazorca es hasta hoy mismo un curioso

estudio, y aún hay quien pregunta: ¿quiénes la compusieron? ¿De dónde salió armada del terror y la muerte? Después de la lectura del presente escrito quedarán absueltas estas dudas. El matadero fue el campo de ensayo, la cuna y la escuela de aquellos gendarmes de cuchillo que sembraban de miedo y de luto todos los lugares hasta donde llegaba la influencia del mandatario irresponsable.

El poeta no estaba sereno cuando realizaba la buena obra de escribir esta elocuente página del proceso contra la tiranía. Si esta página hubiese caído en manos de Rosas, su autor habría desaparecido instantáneamente. Él conocía bien el riesgo que corría; pero el temblor de la mano que se advierte en la imperfección de la escritura, que casi no es visible en el manuscrito original, pudo ser más de ira que de miedo. Su indignación se manifiesta bajo la forma de la ironía. En una mirada rápida descubre las afinidades que tienen entre sí todas las idolatrías y todos los fanatismos, y comienza por las escenas a que dan lugar los ritos cuaresmales, para descender por una pendiente natural que los mismos hechos establecen, hasta los asesinatos oficiales que son la consecuencia del fanatismo político inoculado en conciencias supersticiosas.

Los colores de este cuadro son altos y rojizos; pero no exagerados, porque sólo ellos remedan con propiedad la sangre, la lucha con el toro bravío, la pendencia cuerpo a cuerpo y al arma blanca, las jaurías de perros hambrientos, las bandadas de aves carnívoras, los grupos gárrulos de negras andrajosas, y el tumulto y la vocería de los carniceros insolentes. El tono subido de este cuadro ni siquiera se atenúa con la presencia del joven que aparece en él como víctima de su dignidad personal y de su cultura; porque lejos de amedrentarse y palidecer delante de sus verdugos, despliega toda la energía, toda la entereza moral, todo el valor físico que inspira en el hombre de corazón el sentimiento del honor ofendido.

La escena del «salvaje unitario» en poder del «juez del matadero» y de sus satélites, no es una invención sino una realidad que más de una vez se repitió en aquella época aciaga: lo único que en este cuadro pudiera haber de la inventiva del autor, sería la apreciación moral de la circunstancia, el lenguaje y la conducta de la víctima, la cual se produce y obra como lo habría hecho el noble poeta en situación análoga.

Este precioso boceto aparecería descolorido si, llevados de un respeto exagerado por la delicadeza del lector, suprimiéramos frases y palabras verdaderamente soeces proferidas por los actores en esta tragedia. Estas expresiones no son de aquellas cuyo ejemplo pudiera tentar a la imitación; por el contrario, hermanadas por arte del autor con el carácter de quienes las emplean, quedan más que nunca desterradas del comercio culto y honesto, y anatematizadas para siempre.

No sabemos por qué ha habido cierta especie de repugnancia a confirmar de una manera permanente e histórica los rasgos populares de la dictadura. Hemos pasado por una verdadera época de terrorismo que infundió admiración y escándalo en América y Europa. Pero si se nos pidieran testimonios y justificativos escritos para

dar autenticidad a los hechos que caracterizan aquella época, no podríamos presentarlos, ni siquiera narraciones metódicas y anecdóticas, a pesar de oírlas referir diariamente de boca de los testigos presenciales. Cuando éstos dejen de existir estamos expuestos a que se crea que no hemos sido víctimas de un bárbaro exquisitamente cruel, sino de una pesadilla durante el sopor de una siesta de verano.

Los pueblos que por cualquiera consideración se manifiestan indiferentes por su historia y dejan pasar los elementos de que ella se compone, como pasan las hojas de otoño, sin que mano alguna los recoja, están condenados a carecer de fisonomía propia y a presentarse ante el mundo insulsos y descoloridos. Y si este olvido del cumplimiento de una obligación es resultado intencional de un falso amor patrio que silencia los errores o los crímenes, entonces es más de deplorarse, porque semejante manera de servir a la honra del país, más que una virtud es un delito que se paga caro porque inhabilita para el ejemplo y para la corrección.

Echeverría no pensaba así, y creía que si la mano de un hombre no puede eclipsar al sol sino para sí mismo, el silencio de los contemporáneos no puede hacer que enmudezca la historia, y ya que forzosamente ha de hablar, que diga la verdad. Su escrito, como va a verse, es una página histórica, un cuadro de costumbres y una protesta que nos honra.

[*Juan María Gutiérrez*]

EL MATADERO^[1]

A pesar de que la mía es historia, no la empezaré por el arca de Noé y la genealogía de sus ascendientes, como acostumbraban hacerlo los antiguos historiadores españoles de América, que deben ser nuestros prototipos. Tengo muchas razones para no seguir ese ejemplo, las que callo por no ser difuso. Diré solamente que los sucesos de mi narración pasaban por los años de Cristo de 183... Estábamos, a más, en cuaresma, época en que escasea la carne en Buenos Aires, porque la Iglesia, adoptando el precepto de Epicteto, *sustine et abstine* («sufre y abstente»), ordena vigilia y abstinencia a los estómagos de los fieles, a causa de que la carne es pecaminosa y, como dice el proverbio, busca a la carne. Y como la Iglesia tiene *ab initio* y por delegación directa de Dios el imperio inmaterial sobre las conciencias y estómagos, que en manera alguna pertenecen al individuo, nada más justo y racional que vede lo malo.

Los abastecedores, por otra parte, buenos federales, y por lo mismo buenos católicos, sabiendo que el pueblo de Buenos Aires atesora una docilidad singular para someterse a toda especie de mandamiento, sólo traen en días cuaresmales al matadero los novillos necesarios para el sustento de los niños y de los enfermos dispensados de la abstinencia por la bula, y no con el ánimo de que se harten algunos herejotes, que no faltan, dispuestos siempre a violar los mandamientos carnificinos de la Iglesia, y a contaminar la sociedad con el mal ejemplo.

Sucedió, pues, en aquel tiempo, una lluvia muy copiosa. Los caminos se anegaron, los pantanos se pusieron a nado y las calles de entrada y salida a la ciudad rebosaban en acuoso barro. Una tremenda avenida se precipitó de repente por el riachuelo de Barracas y extendió majestuosamente sus turbias aguas hasta el pie de las barrancas del Alto. El Plata creciendo embravecido empujó esas aguas que venían buscando su cauce y las hizo correr hinchadas por sobre campos, terraplenes, arboledas, caseríos, y extenderse como un lago inmenso por todas las bajas tierras. La ciudad circunvalada del norte al este por una cintura de agua y barro, y al sur por un piélago blanquecino en cuya superficie flotaban a la ventura algunos barquichuelos y negreaban las chimeneas y las copas de los árboles, echaba desde sus torres y barrancas atónitas miradas al horizonte como implorando misericordia al Altísimo. Parecía el amago de un nuevo diluvio. Los beatos y beatas gimoteaban haciendo novenarios y continuas plegarias. Los predicadores atronaban el templo y hacían crujir el púlpito a puñetazos. Es el día del Juicio, decían, el fin del mundo está por venir. La cólera divina rebosando se derrama en inundación. ¡Ay de vosotros, pecadores! ¡Ay de vosotros, unitarios impíos que os mofáis de la Iglesia, de los santos, y no escucháis con veneración la palabra de los ungidos del Señor! ¡Ay de vosotros si no imploráis misericordia al pie de los altares! Llegará la hora tremenda

del vano crujir de dientes y de las frenéticas imprecaciones. Vuestra impiedad, vuestras herejías, vuestras blasfemias, vuestros crímenes horrendos, han traído sobre nuestra tierra las plagas del Señor. La justicia del Dios de la Federación os declarará malditos.

Las pobres mujeres salían sin aliento, anonadadas del templo, echando, como era natural, la culpa de aquella calamidad a los unitarios.

Continuaba, sin embargo, lloviendo a cántaros, y la inundación crecía acreditando el pronóstico de los predicadores. Las campanas comenzaron a tocar rogativas por orden del muy católico Restaurador, quien parece no las tenía todas consigo. Los libertinos, los incrédulos, es decir, los unitarios, empezaron a amedrentarse al ver tanta cara compungida, oír tanta batahola de imprecaciones. Se hablaba ya como de cosa resuelta de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando al Altísimo, llevado bajo palio por el obispo, hasta la barranca de Balcarce, donde millares de voces conjurando al demonio unitario de la inundación debían implorar la misericordia divina.

Feliz, o mejor, desgraciadamente, pues la cosa habría sido de verse, no tuvo efecto la ceremonia, porque bajando el Plata la inundación se fue poco a poco escurriendo en su inmenso lecho sin necesidad de conjuro ni plegarias.

Lo que hace principalmente a mi historia es que por causa de la inundación estuvo quince días el matadero de la Convalecencia sin ver una sola cabeza vacuna, y que en uno o dos, todos los bueyes de quinteros y *aguateros* se consumieron en el abasto de la ciudad. Los pobres niños y enfermos se alimentaban con huevos y gallinas, y los gringos y herejotes bramaban por el *beef-steak* y el asado. La abstinencia de carne era general en el pueblo, que nunca se hizo más digno de la bendición de la Iglesia, y así fue que llovieron sobre él millones y millones de indulgencias plenarias. Las gallinas se pusieron a seis pesos y los huevos a cuatro reales y el pescado, carísimo. No hubo en aquellos días cuaresmales promiscuaciones ni excesos de gula, pero en cambio se fueron derechito al cielo innumerables ánimas y acontecieron cosas que parecen soñadas.

No quedó en el matadero ni un solo ratón vivo de muchos millares que allí tenían albergue. Todos murieron de hambre o ahogados en sus cuevas por la incesante lluvia. Multitud de negras rebusconas de *achuras*, como los caranchos de presa, se desbandaron por la ciudad como otras tantas harpías prontas a devorar cuanto hallaran comible. Las gaviotas y los perros, inseparables rivales suyos en el matadero, emigraron en busca de alimento animal. Porción de viejos achacosos cayeron en consunción por falta de nutritivo caldo; pero lo más notable que sucedió fue el fallecimiento casi repentino de unos cuantos gringos herejes que cometieron el desacato de darse un hartazgo de chorizos de Extremadura, jamón y bacalao y se fueron al otro mundo a pagar el pecado cometido por tan abominable promiscuación.

Algunos médicos opinaron que si la carencia de carne continuaba, medio pueblo caería en síncope por estar los estómagos acostumbrados a su corroborante jugo; y

era de notar el contraste entre estos tristes pronósticos de la ciencia y los anatemas lanzados desde el púlpito por los reverendos padres contra toda clase de nutrición animal y de promiscuación en aquellos días destinados por la Iglesia al ayuno y la penitencia. Se originó de aquí una especie de guerra intestina entre los estómagos y las conciencias, atizada por el inexorable apetito y las no menos inexorables vociferaciones de los ministros de la Iglesia, quienes, como es su deber, no transigen con vicio alguno que tienda a relajar las costumbres católicas, a lo que se agregaba el estado de flatulencia intestinal de los habitantes, producido por el pescado y los porotos y otros alimentos algo indigestos.

Esta guerra se manifestaba por sollozos y gritos descompasados en la peroración de los sermones, y por rumores y estruendos subitáneos en las casas y calles de la ciudad o dondequiera concurrían gentes. Alarmose un tanto el gobierno, tan paternal como previsor, del Restaurador, creyendo aquellos tumultos de origen revolucionario y atribuyéndolos a los mismos salvajes unitarios, cuyas impiedades, según los predicadores federales, habían traído sobre el país la inundación de la cólera divina; tomó activas providencias, desparramó sus esbirros por la población y por último, bien informado, promulgó un decreto tranquilizador de las conciencias y de los estómagos, encabezado por un considerando muy sabio y piadoso para que a todo trance y arremetiendo por agua y todo se trajese ganado a los corrales.

En efecto, el decimosexto día de la carestía, víspera del día de Dolores, entró a nado por el paso de Burgos al matadero del Alto una tropa de cincuenta novillos gordos, cosa poca por cierto para una población acostumbrada a consumir diariamente de doscientos cincuenta a trescientos, y cuya tercera parte al menos gozaría del fuero eclesiástico de alimentarse con carne. ¡Cosa extraña que haya estómagos privilegiados y estómagos sujetos a leyes inviolables y que la Iglesia tenga la llave de los estómagos!

Pero no es extraño, supuesto que el diablo con la carne suele meterse en el cuerpo y que la Iglesia tiene el poder de conjurarlo: el caso es reducir al hombre a una máquina cuyo móvil principal no sea su voluntad sino la de la Iglesia y el gobierno. Quizá llegue el día en que sea prohibido respirar aire libre, pasearse y hasta conversar con un amigo, sin permiso de autoridad competente. Así era, poco más o menos, en los felices tiempos de nuestros beatos abuelos que por desgracia vino a turbar la revolución de Mayo.

Sea como fuera, a la noticia de la providencia gubernativa, los corrales del Alto se llenaron, a pesar del barro, de carniceros, achuradores y curiosos, quienes recibieron con grandes vociferaciones y palmoteos los cincuenta novillos destinados al matadero.

—Chica, pero gorda —exclamaban.

—¡Viva la Federación! ¡Viva el Restaurador!

Porque han de saber los lectores que en aquel tiempo la Federación estaba en todas partes, hasta entre las inmundicias del matadero, y no había fiesta sin

Restaurador como no hay sermón sin san Agustín. Cuentan que al oír tan desaforados gritos las últimas ratas que agonizaban de hambre en sus cuevas, se reanimaron y echaron a correr desatentadas conociendo que volvían a aquellos lugares la acostumbrada alegría y la algazara precursora de abundancia.

El primer novillo que se mató fue todo entero de regalo al Restaurador, hombre muy amigo del asado. Una comisión de carniceros marchó a ofrecérselo a nombre de los federales del matadero, manifestándole *in voce* su agradecimiento por la acertada providencia del gobierno, su adhesión ilimitada al Restaurador y su odio entrañable a los salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres. El Restaurador contestó a la arenga *rinforzando* sobre el mismo tema y concluyó la ceremonia con los correspondientes vivas y vociferaciones de los espectadores y actores. Es de creer que el Restaurador tuviese permiso especial de Su Ilustrísima para no abstenerse de carne, porque siendo tan buen observador de las leyes, tan buen católico y tan acérrimo protector de la religión, no hubiera dado mal ejemplo aceptando semejante regalo en día santo.

Siguió la matanza y en un cuarto de hora cuarenta y nueve novillos se hallaban tendidos en la playa del matadero, desollados unos, los otros por desollar. El espectáculo que ofrecía entonces era animado y pintoresco, aunque reunía todo lo horriblemente feo, inmundo y deforme de una pequeña clase proletaria peculiar del Río de la Plata. Pero para que el lector pueda percibirlo a un golpe de ojo preciso es hacer un croquis de la localidad.

El matadero de la Convalecencia o del Alto, sito en las quintas al sur de la ciudad, es una gran playa en forma rectangular colocada al extremo de dos calles, una de las cuales allí se termina y la otra se prolonga hacia el este. Esta playa con declive al sur está cortada por un zanjón labrado por la corriente de las aguas pluviales, en cuyos bordes laterales se muestran innumerables cuevas de ratones y cuyo cauce recoge en tiempo de lluvia toda la sangraza seca o reciente del matadero. En la junción del ángulo recto hacia el oeste está lo que llaman la casilla, edificio bajo, de tres piezas de media agua con corredor al frente que da a la calle y palenque para atar caballos, a cuya espalda se notan varios corrales de palo a pique de ñandubay con sus fornidas puertas para encerrar el ganado.

Estos corrales son en tiempo de invierno un verdadero lodazal, en el cual los animales apeñuscados se hunden hasta el encuentro y quedan como pegados y casi sin movimiento. En la casilla se hace la recaudación del impuesto de corrales, se cobran las multas por violación de reglamentos y se sienta el juez del matadero, personaje importante, caudillo de los carniceros y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república por delegación del Restaurador. Fácil es calcular qué clase de hombre se requiere para el desempeño de semejante cargo. La casilla, por otra parte, es un edificio tan ruin y pequeño que nadie lo notaría en los corrales a no estar asociado su nombre al del terrible juez, y a no resaltar sobre su blanca cintura los siguientes letreros rojos: «Viva la Federación», «Viva el Restaurador y la heroína

doña Encarnación Ezcurra», «Mueran los salvajes unitarios». Letreros muy significativos, símbolo de la fe política y religiosa de la gente del matadero. Pero algunos lectores no sabrán que la tal heroína es la difunta esposa del Restaurador, patrona muy querida de los carniceros, quienes, ya muerta, la veneraban como viva por sus virtudes cristianas y su federal heroísmo en la revolución contra Balcarce. Es el caso que en un aniversario de aquella memorable hazaña de la Mazorca^[2] los carniceros festejaron con un espléndido banquete en la casilla a la heroína, banquete a que concurrió con su hija y otras señoras federales, y que allí en presencia de un gran concurso ofreció a los señores carniceros en un solemne brindis su federal patrocinio, por cuyo motivo ellos la proclamaron entusiasmados patrona del matadero, estampando su nombre en las paredes de la casilla donde se estará hasta que lo borre la mano del tiempo.

La perspectiva del matadero a la distancia era grotesca, llena de animación. Cuarenta y nueve reses estaban tendidas sobre sus cueros y cerca de doscientas personas hollaban aquel suelo de lodo regado con la sangre de sus arterias. En torno de cada res resaltaba un grupo de figuras humanas de tez y raza distintas. La figura más prominente de cada grupo era el carnicero con el cuchillo en mano, brazo y pecho desnudos, cabello largo y revuelto, camisa y chiripá y rostro embadurnado de sangre. A sus espaldas se rebullían caracoleando y siguiendo los movimientos una comparsa de muchachos, de negras y mulatas achuradoras, cuya fealdad trasuntaba las harpías de la fábula, y entremezclados con ella algunos enormes mastines olfateaban, gruñían o se daban de tarascones por la presa. Cuarenta y tantas carretas toldadas con negruzco y pelado cuero se escalonaban irregularmente a lo largo de la playa y algunos jinetes con el poncho calado y el lazo prendido al tiento cruzaban por entre ellas al tranco o reclinados sobre el pescuezo de los caballos echaban ojo indolente sobre uno de aquellos animados grupos, al paso que más arriba, en el aire, un enjambre de gaviotas blanquiazules que habían vuelto de la emigración al olor de carne, revoloteaban cubriendo con su disonante graznido todos los ruidos y voces del matadero, y proyectando una sombra clara sobre aquel campo de horrible carnicería. Esto se notaba al principio de la matanza.

Pero a medida que adelantaba, la perspectiva variaba; los grupos se deshacían, venían a formarse tomando diversas aptitudes y se desparramaban corriendo como si en el medio de ellos cayese alguna bala perdida o asomase la quijada de algún encolerizado mastín. Esto era que ínter el carnicero en un grupo descuartizaba a golpe de hacha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos a su carreta, despellejaba en éste, sacaba el sebo en aquél; de entre la chusma que ojeaba y aguardaba la presa de achura salía de cuando en cuando una mugrienta mano a dar un tarascón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, lo que originaba gritos y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervidero de los grupos —dichos y gritería descompasada de los muchachos.

—Ahí se mete el sebo en las tetas, la tía —gritaba uno.

—Aquél lo escondió en el alzapón —replicaba la negra.

—¡Che!, negra bruja, salí de aquí antes que te pegue un tajo —exclamaba el carnicero.

—¿Qué le hago, ño Juan? ¡No sea malo! Yo no quiero sino la panza y las tripas.

—Son para esa bruja: a la m...

—¡A la bruja!, ¡a la bruja! —repitieron los muchachos—: ¡Se lleva la riñonada y el tongorí! —y cayeron sobre su cabeza sendos cuajos de sangre y tremendas pelotas de barro.

Hacia otra parte, entretanto, dos africanas llevaban arrastrando las entrañas de un animal; allá una mulata se alejaba con un ovillo de tripas y resbalando de repente sobre un charco de sangre caía a plomo, cubriendo con su cuerpo la codiciada presa. Acullá se veían acurrucadas en hilera cuatrocientas negras destejando sobre las faldas el ovillo y arrancando uno a uno los sebitos que el avaro cuchillo del carnicero había dejado en la tripa como rezagados, al paso que otras vaciaban panzas y vejigas y las henchían de aire de sus pulmones para depositar en ellas, luego de secas, la achura.

Varios muchachos gambeteando a pie y a caballo se daban de vejigazos o se tiraban bolas de carne, desparramando con ellas y su algazara la nube de gaviotas que columpiándose en el aire celebraban chillando la matanza. Oíanse a menudo, a pesar del veto del Restaurador y de la santidad del día, palabras inmundas y obscenas, vociferaciones preñadas de todo el cinismo bestial que caracteriza a la chusma de nuestros mataderos, con las cuales no quiero regalar a los lectores.

De repente caía un bofe sangriento sobre la cabeza de alguno, que de allí pasaba a la de otro, hasta que algún deforme mastín lo hacía buena presa, y una cuadrilla de otros, por si estrujo o no estrujo, armaba una tremenda de gruñidos y mordiscones. Alguna tía vieja salía furiosa en persecución de un muchacho que le había embadurnado el rostro con sangre, y acudiendo a sus gritos y puteadas los compañeros del rapaz la rodeaban y azuzaban como los perros al toro y llovían sobre ella zoquetes de carne, bolas de estiércol, con groseras carcajadas y gritos frecuentes, hasta que el juez mandaba restablecer el orden y despejar el campo.

Por un lado dos muchachos se adiestraban en el manejo del cuchillo tirándose horribles tajos y reveses; por otro, cuatro ya adolescentes ventilaban a cuchilladas el derecho a una tripa gorda y un mondongo que habían robado a un carnicero; y no de ellos distante, porción de perros flacos ya de la forzosa abstinencia empleaban el mismo medio para saber quién se llevaría un hígado envuelto en barro. Simulacro en pequeño era éste del modo bárbaro con que se ventilan en nuestro país las cuestiones y los derechos individuales y sociales. En fin, la escena que se representaba en el matadero era para vista, no para escrita.

Un animal había quedado en los corrales de corta y ancha cerviz, de mirar fiero, sobre cuyos órganos genitales no estaban conformes los pareceres porque tenía apariencias de toro y de novillo. Llegole su hora. Dos enlazadores a caballo

penetraron al corral en cuyo contorno hervía la chusma a pie, a caballo y horquetada sobre sus nudosos palos. Formaban en la puerta el más grotesco y sobresaliente grupo varios pialadores y enlazadores de a pie con el brazo desnudo y armados del certero lazo, la cabeza cubierta con un pañuelo punzó y chaleco y chiripá colorado, teniendo a sus espaldas varios jinetes y espectadores de ojo escrutador y anhelante.

El animal prendido ya al lazo por las astas bramaba echando espuma furibundo, y no había demonio que lo hiciera salir del pegajoso barro donde estaba como clavado y era imposible pialarlo. Gritábanlo, lo azuzaban en vano con las mantas y pañuelos los muchachos prendidos sobre las horquetas del corral, y era de oír la disonante batahola de silbidos, palmadas y voces tiples y roncadas que se desprendía de aquella singular orquesta.

Los dicharachos, las exclamaciones chistosas y obscenas rodaban de boca en boca y cada cual hacía alarde espontáneamente de su ingenio y de su agudeza, excitado por el espectáculo o picado por el aguijón de alguna lengua locuaz.

—Hi de p..., en el toro.

—Al diablo los torunos del Azul.

—Mal haya el tropero que nos da gato por liebre.

—Si es novillo.

—¿No está viendo que es toro viejo?

—Como toro le ha de quedar. ¡Muéstreme los c..., si le parece, c... o!

—Ahí los tiene entre las piernas. ¿No los ve, amigo, más grandes que la cabeza de su castaño?; ¿o se ha quedado ciego en el camino?

—Su madre sería la ciega, pues que tal hijo ha parido. ¿No ve que todo ese bulto es barro?

—Es emperrado y arisco como un unitario.

Y al oír esta mágica palabra todos a una voz exclamaron:

—¡Mueran los salvajes unitarios!

—Para el tuerto los h...

—Sí, para el tuerto, que es hombre de c... para pelear con los unitarios.

—El matambre a Matasiete, degollador de unitarios. ¡Viva Matasiete!

—¡A Matasiete el matambre!

—Allá va —gritó una voz ronca interrumpiendo aquellos desahogos de la cobardía feroz—. ¡Allá va el toro!

—¡Alerta! Guarda los de la puerta. ¡Allá va furioso como un demonio!

Y en efecto, el animal, acosado por los gritos y sobre todo por dos picanas agudas que le espoleaban la cola, sintiendo flojo el lazo, arremetió bufando a la puerta, lanzando a entrambos lados una rojiza y fosfórica mirada. Diole el tirón el enlazador sentando su caballo, desprendió el lazo de la asta, crujió por el aire un áspero zumbido y al mismo tiempo se vio rodar desde lo alto de una horqueta del corral, como si un golpe de hacha la hubiese dividido a cercén, una cabeza de niño cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo, lanzando por cada arteria un

largo chorro de sangre.

—Se cortó el lazo —gritaron unos—: allá va el toro —pero otros deslumbrados y atónitos guardaron silencio porque todo fue como un relámpago.

Desparramose un tanto el grupo de la puerta. Una parte se agolpó sobre la cabeza y el cadáver palpitante del muchacho degollado por el lazo, manifestando horror en su atónito semblante, y la otra parte compuesta de jinetes que no vieron la catástrofe se escurrió en distintas direcciones en pos del toro, vociferando y gritando:

—¡Allá va el toro! ¡Atajen! ¡Guarda!

—Enlaza, Sietepelos.

—¡Que te agarra, Botija!

—Va furioso; no se le pongan delante.

—¡Ataja, ataja morado!

—Dele espuela al mancarrón.

—Ya se metió en la calle sola.

—¡Que lo ataje el diablo!

El tropel y vocería era infernal. Unas cuantas negras achuradoras sentadas en hilera al borde del zanjón oyendo el tumulto se acogieron y agazaparon entre las panzas y tripas que desenredaban y devanaban con la paciencia de Penélope, lo que sin duda las salvó porque el animal lanzó al mirarlas un bufido aterrador, dio un brinco sesgado y siguió adelante perseguido por los jinetes. Cuentan que una de ellas se fue de cámaras, otra rezó diez salves en dos minutos y dos prometieron a san Benito no volver jamás a aquellos malditos corrales y abandonar el oficio de achuradoras. No se sabe si cumplieron la promesa.

El toro entretanto tomó hacia la ciudad por una larga y angosta calle que parte de la punta más aguda del rectángulo anteriormente descrito, calle encerrada por una zanja y un cerco de tunas, que llaman *sola* por no tener más de dos casas laterales y en cuyo aposado centro había un profundo pantano que tomaba de zanja a zanja. Cierta inglés, de vuelta de su saladero, vadeaba este pantano a la sazón, paso a paso, en un caballo algo arisco, y sin duda iba tan absorto en sus cálculos que no oyó el tropel de jinetes ni la gritería sino cuando el toro arremetía al pantano. Azorose de repente su caballo dando un brinco al sesgo y echó a correr dejando al pobre hombre hundido media vara en el fango. Este accidente, sin embargo, no detuvo ni refrenó la carrera de los perseguidores del loro, antes al contrario, soltando carcajadas sarcásticas:

—Se amoló el gringo; levántate, gringo —exclamaron.

Y cruzando el pantano, amasando con barro bajo las patas de sus caballos su miserable cuerpo, salió el gringo como pudo, después, a la orilla, mas con la apariencia de un demonio tostado por las llamas del infierno que de un hombre blanco pelirrubio. Más adelante al grito de «¡Al toro!, ¡al toro!» cuatro negras achuradoras que se retiraban con su presa se zambulleron en la zanja llena de agua, único refugio que les quedaba.

El animal, entretanto, después de haber corrido unas veinte cuadras en distintas direcciones azorando con su presencia a todo viviente se metió por la tranquera de una quinta donde halló su perdición. Aunque cansado, manifestaba bríos y colérico ceño, pero rodeábalo una zanja profunda y un tupido cerco de pitas, y no había escape. Juntáronse luego sus perseguidores que se hallaban desbandados y resolvieron llevarlo en un señuelo de bueyes para que expiase su atentado en el lugar mismo donde lo había cometido.

Una hora después de su fuga el toro estaba otra vez en el matadero donde la poca chusma que había quedado no hablaba sino de sus fechorías. La aventura del gringo en el pantano excitaba principalmente la risa y el sarcasmo. Del niño degollado por el lazo no quedaba sino un charco de sangre: su cadáver estaba en el cementerio.

Enlazaron muy luego por las astas al animal, que brincaba haciendo hincapié y lanzando roncós bramidos. Echáronle uno, dos, tres piales, pero infructuosos: al cuarto quedó prendido de una pata: su brío y su furia redoblaron; su lengua estirándose convulsiva arrojaba espuma, su nariz humo, sus ojos miradas encendidas. «¡Desjarreten ese animal!», exclamó una voz imperiosa. Matasiete se tiró al punto del caballo, cortole el garrón de una cuchillada y gambeteando en torno de él con su enorme daga en mano, se la hundió al cabo hasta el puño en la garganta, mostrándola en seguida humeante y roja a los espectadores. Brotó un torrente de la herida, exhaló algunos bramidos roncós, vaciló y cayó el soberbio animal entre los gritos de la chusma que proclamaba a Matasiete vencedor y le adjudicaba en premio el matambre. Matasiete extendió, como orgulloso, por segunda vez, el brazo y el cuchillo ensangrentado y se agachó a desollarle con otros compañeros.

Faltaba que resolver la duda sobre los órganos genitales del muerto clasificado provisoriamente de toro por su indomable fiereza; pero estaban todos tan fatigados de la larga tarea que la echaron por lo pronto en olvido. Mas de repente una voz ruda exclamó: «Aquí están los huevos», sacando de la barriga del animal y mostrando a los espectadores dos enormes testículos, signo inequívoco de su dignidad de toro. La risa y la charla fue grande; todos los incidentes desgraciados pudieron fácilmente explicarse. Un toro en el matadero era cosa muy rara, y aun vedada. Aquél, según reglas de buena policía, debió arrojarse a los perros, pero había tanta escasez de carne y tantos hambrientos en la población, que el señor juez tuvo a bien hacer ojo lerdo.

En dos por tres estuvo desollado, descuartizado y colgado en la carreta el maldito toro. Matasiete colocó el matambre bajo el pellón de su recado y se preparaba a partir. La matanza estaba concluida a las doce, y la poca chusma que había presenciado hasta el fin se retiraba en grupos de a pie y de a caballo, o tirando a la cincha algunas carretas cargadas de carne.

Mas de repente la ronca voz de un carnicero gritó: «¡Allí viene un unitario!», y al oír tan significativa palabra toda aquella chusma se detuvo como herida de una impresión subitánea.

—¿No le ven la patilla en forma de U? No trae divisa en el fraque ni luto en el

sombrero.

—Perro unitario.

—Es un cajetilla.

—Monta en silla como los gringos.

—La mazorca con él.

—¡La tijera!

—Es preciso sobarlo.

—Trae pistoleras por pintar.

—Todos estos cajetillas unitarios son pintores como el diablo.

—¿A que no te le animas, Matasiete?

—¿A que no?

—A que sí.

Matasiete era hombre de pocas palabras y de mucha acción. Tratándose de violencia, de agilidad, de destreza en el hacha, el cuchillo o el caballo, no hablaba y obraba. Lo habían picado: prendió la espuela a su caballo y se lanzó a brida suelta al encuentro del unitario.

Era éste un joven como de veinticinco años de gallarda y bien apuesta persona que mientras salían en borbotón de aquellas desaforadas bocas las anteriores exclamaciones trotaba hacia Barracas, muy ajeno de temer peligro alguno. Notando, empero, las significativas miradas de aquel grupo de dogos de matadero, echa maquinalmente la diestra sobre las pistoleras de su silla inglesa cuando una pechada al sesgo del caballo de Matasiete lo arroja de los lomos del suyo tendiéndolo a la distancia boca arriba y sin movimiento alguno.

—¡Viva Matasiete! —exclamó toda aquella chusma cayendo en tropel sobre la víctima como los caranchos rapaces sobre la osamenta de un buey devorado por el tigre.

Atolondrado todavía el joven fue lanzando una mirada de fuego sobre aquellos hombres feroces, hacia su caballo que permanecía inmóvil no muy distante a buscar en sus pistolas el desagravio y la venganza. Matasiete, dando un salto, le salió al encuentro y con fornido brazo, asiéndolo de la corbata, lo tendió en el suelo tirando al mismo tiempo la daga de la cintura y llevándola a su garganta.

Una tremenda carcajada y un nuevo viva estentóreo volvió a vitorearlo.

¡Qué nobleza de alma! ¡Qué bravura en los federales!, siempre en pandilla cayendo como buitres sobre la víctima inerte.

—Degüéllalo, Matasiete, quiso sacar las pistolas. Degüéllalo como al toro.

—Pícaro unitario. Es preciso tuserlo.

—Tiene buen pescuezo para el violín.

—Tócale el violín.

—Mejor es la resbalosa.

—Probemos —dijo Matasiete y empezó sonriendo a pasar el filo de su daga por la garganta del caído, mientras con la rodilla izquierda le comprimía el pecho y con la

siniestra mano le sujetaba por los cabellos.

—No, no le degüellen —exclamó de lejos la voz imponente del juez del matadero que se acercaba a caballo.

—A la casilla con él, a la casilla. Preparen la mazorca y las tijeras. ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Viva el Restaurador de las leyes!

—Viva Matasiete.

«¡Mueran! ¡Vivan!», repitieron en coro los espectadores y atándole codo con codo, entre moquetes y tirones, entre vociferaciones e injurias, arrastraron al infeliz joven al banco del tormento como los sayones al Cristo.

La sala de la casilla tenía en su centro una grande y fornida mesa de la cual no salían los vasos de bebida y los naipes sino para dar lugar a las ejecuciones y torturas de los sayones federales del matadero. Notábase además en un rincón otra mesa chica con recado de escribir y un cuaderno de apuntes y porción de sillas entre las que resaltaba un sillón de brazos destinado para el juez. Un hombre, soldado en apariencia, sentado en una de ellas cantaba al son de la guitarra «La resbalosa», tonada de inmensa popularidad entre los federales, cuando la chusma llegando en tropel al corredor de la casilla lanzó a empellones al joven unitario hacia el centro de la sala.

—A ti te toca la resbalosa —gritó uno.

—Encomienda tu alma al diablo.

—Está furioso como toro montaraz.

—Ya le amansará el palo.

—Es preciso sobarlo.

—Por ahora verga y tijera.

—Si no, la vela.

—Mejor será la mazorca.

—Silencio y sentarse —exclamó el juez dejándose caer sobre su sillón. Todos obedecieron, mientras el joven de pie encarando al juez exclamó con voz preñada de indignación:

—Infames sayones, ¿qué intentan hacer de mí?

—¡Calma! —dijo sonriendo el juez—; no hay que encolerizarse. Ya lo verás.

El joven, en efecto, estaba fuera de sí de cólera. Todo su cuerpo parecía estar en convulsión: su pálido y amoratado rostro, su voz, su labio trémulo, mostraban el movimiento convulsivo de su corazón, la agitación de sus nervios. Sus ojos de fuego parecían salirse de la órbita, su negro y lacio cabello se levantaba erizado. Su cuello desnudo y la pechera de su camisa dejaban entrever el latido violento de sus arterias y la respiración anhelante de sus pulmones.

—¿Tiemblas? —le dijo el juez.

—De rabia, porque no puedo sofocarte entre mis brazos.

—¿Tendrías fuerza y valor para eso?

—Tengo de sobra voluntad y coraje para ti, infame.

—A ver las tijeras de tusar mi caballo; túsenlo a la federala.

Dos hombres le asieron, uno de la ligadura del brazo, otro de la cabeza y en un minuto cortáronle la patilla que poblaba toda su barba por bajo, con risa estrepitosa de sus espectadores.

—A ver —dijo el juez—, un vaso de agua para que se refresque.

—Uno de hiel te haría yo beber, infame.

Un negro petiso púsosele al punto delante con un vaso de agua en la mano. Dióle el joven un puntapié en el brazo y el vaso fue a estrellarse en el techo salpicando el asombrado rostro de los espectadores.

—Éste es incorregible.

—Ya lo domaremos.

—Silencio —dijo el juez—, ya estás afeitado a la federala, sólo te falta el bigote. Cuidado con olvidarlo. Ahora vamos a cuentas.

—¿Por qué no traes divisa?

—Porque no quiero.

—No sabes que lo manda el Restaurador.

—La librea es para vosotros, esclavos, no para los hombres libres.

—A los libres se les hace llevar a la fuerza.

—Sí, la fuerza y la violencia bestial. Ésas son vuestras armas, infames. El lobo, el tigre, la pantera también son fuertes como vosotros. Deberíais andar como ellas en cuatro patas.

—¿No temes que el tigre te despedace?

—Lo prefiero a que maniatado me arranquen como el cuervo, una a una las entrañas.

—¿Por qué no llevas luto en el sombrero por la heroína?

—Porque lo llevo en el corazón por la patria, por la patria que vosotros habéis asesinado, ¡infames!

—No sabes que así lo dispuso el Restaurador.

—Lo dispusisteis vosotros, esclavos, para lisonjear el orgullo de vuestro señor y tributarle vasallaje infame.

—¡Insolente! Te has embravecido mucho. Te haré cortar la lengua si chistas.

—Abajo los calzones a ese mentecato cajetilla y a nalga pelada denle verga, bien atado sobre la mesa.

Apenas articuló esto el juez, cuatro sayones salpicados de sangre suspendieron al joven y lo tendieron largo a largo sobre la mesa comprimiéndole todos sus miembros.

—Primero degollarme que desnudarme, infame canalla.

Atáronle un pañuelo por la boca y empezaron a tironear sus vestidos. Encogíase el joven, pateaba, hacía rechinar los dientes. Tomaban ora sus miembros la flexibilidad del junco, ora la dureza del fierro y su espina dorsal era el eje de un movimiento parecido al de la serpiente. Gotas de sudor fluían por su rostro, grandes como perlas; echaban fuego sus pupilas, su boca espuma, y las venas de su cuello y

frente negreaban en relieve sobre su blanco cutis como si estuvieran repletas de sangre.

—Átenlo primero —exclamó el juez.

—Está rugiendo de rabia —articuló un sayón.

En un momento liaron sus piernas en ángulo a los cuatro pies de la mesa volcando su cuerpo boca abajo. Era preciso hacer igual operación con las manos, para lo cual soltaron las ataduras que las comprimían en la espalda. Sintiéndolas libres el joven, por un movimiento brusco en el cual pareció agotarse toda su fuerza y vitalidad, se incorporó primero sobre sus brazos, después sobre sus rodillas y se desplomó al momento murmurando:

—Primero degollarme que desnudarme, infame canalla.

Sus fuerzas se habían agotado; inmediatamente quedó atado en cruz y empezaron la obra de desnudarlo. Entonces un torrente de sangre brotó borbolloneando de la boca y las narices del joven y extendiéndose empezó a caer a chorros por entrambos lados de la mesa. Los sayones quedaron inmóviles y los espectadores estupefactos.

—Reventó de rabia el salvaje unitario —dijo uno.

—Tenía un río de sangre en las venas —articuló otro.

—Pobre diablo; queríamos únicamente divertirnos con él y tomó la cosa demasiado a lo serio —exclamó el juez frunciendo el ceño de tigre—. Es preciso dar parte, desátenlo y vamos.

Verificaron la orden, echaron llave a la puerta y en un momento se escurrió la chusma en pos del caballo del juez cabizbajo y taciturno.

Los federales habían dado fin a una de sus innumerables proezas.

En aquel tiempo los carniceros degolladores del matadero eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la Federación rosina, y no es difícil imaginarse qué federación saldría de sus cabezas y cuchillas. Llamaban ellos salvaje unitario, conforme a la jerga inventada por el Restaurador, patrón de la cofradía, a todo el que no era degollador, carnicero, ni salvaje, ni ladrón; a todo hombre decente y de corazón bien puesto, a todo patriota ilustrado amigo de las luces y de la libertad; y por el suceso anterior puede verse a las claras que el foco de la Federación estaba en el matadero.

Fondo y forma en las obras de imaginación

NOTA ACLARATORIA^[1]

Los siguientes fragmentos están tomados directamente de los primeros borradores del autor, especie de bosquejos de ensayo, en los cuales, con la velocidad de un pensamiento caudaloso, se derramaban las ideas para ajustarse más tarde al hecho trazado con mayor detenimiento y estudio.

Estos ensayos^[2] no son la exposición únicamente de una nueva estética, ni tampoco las lecciones especiales de un preceptista dentro la limitada esfera del arte: son, en realidad, el desarrollo de uno de los medios con que el autor se proponía producir un sacudimiento y una transformación en el pueblo aletargado por la tiranía. Y como para semejante obra necesitaba colaboradores y la fuerza de una opinión activa, que no podía buscar ni hallar sino en la juventud, se propuso poner en manos de ésta los instrumentos con que se remueven los escombros de un edificio derruido para edificar otro nuevo. Y así como trató de iniciarla en los resortes del organismo de la libertad política con el «Dogma de Mayo», intentó igualmente desasiría de los lazos que entumecían su inspiración y la inhabilitaban para aplicar el sentimiento y la fantasía, como fuerzas sociales, al renacimiento de las ideas de Mayo, que encontró casi extinguidas en la patria a su vuelta de Europa.

Como todos saben, y lo prueban sus trabajos, Echeverría acompañó el ejemplo a la doctrina en la parte que le fue dado realizar de su pensamiento reaccionario. No era, por fortuna, bastante entendida la política gubernativa de aquel tiempo para comprender que el libre ejercicio del pensamiento, en cualesquiera de sus numerosas esferas, conduce a sublevarle contra todo género de sumisiones, y que emanciparse en literatura es un ejercicio saludable del espíritu que le habilita para sacudir todo yugo que pugne con los consejos de la razón. Así pudieron nacer y cundir entre los lectores jóvenes los *Consuelos* y las *Rimas*, producciones que encarnaban bajo sus formas inocentes las intenciones profundas del reformador. Ellas ahuyentan el sensualismo de los corazones; daban a la pasión del amor direcciones serias y profundas; abrían a la imaginación los horizontes patrios, hermoseedos con galas propias; enseñaban a quejarse y dolerse de una situación con que sólo las almas muertas a la esperanza podían avenirse. Aquellos libros de versos armoniosos contenían en la personalidad de un individuo la sensibilidad atormentada y herida de un pueblo entero, y fueron por lo tanto eminentemente sociales.

El autor no vociferó, naturalmente, su secreto; pero en los estudios que hoy publicamos por primera vez, así como en las notas y advertencias lacónicas con que ilustró sus mencionadas producciones, nos dejó la clave con que pudiéramos penetrar fácilmente en los disimulos de su nobilísima y profunda intención. En ellos se ve cuán grande y vasta era para él la misión del arte, y cuán en armonía debe encontrarse el verdadero con las condiciones nuevas de los tiempos presentes. Él pone a la mente

en el rumbo de aquellas literaturas originales y viriles, hermanas del pensamiento que nos ha legado la formula del mejor gobierno en las instituciones libres y el hábito de ejercitar el juicio con independencia y equidad en la apreciación filosófica de los hechos históricos. Así se adelantaba, preparándolos tal vez, a los progresos que sin disputa ha hecho nuestra razón en el periodo que nos separa de aquellos lamentables días sombríos en que su corazón se consolaba quejándose con la arrogancia desesperada de Prometeo, como él mismo lo ha dicho en versos inmortales.

[Juan María Gutiérrez]

FONDO Y FORMA EN LAS OBRAS DE IMAGINACIÓN^[1]

El fondo es el alma; la forma, el organismo de la poesía: aquél comprende los pensamientos; ésta, la armazón o estructura orgánica, el método expositivo de las ideas, el estilo, la elocuencia y el ritmo. En toda obra verdaderamente artística el fondo y la forma se identifican y completan, y de su íntima unión brota el ser, la vida y hermosura que admiramos en los partos del ingenio. El estatuario, como el poeta, concibe una idea, y para hacerla palpable a los sentidos, el uno le da traza en bronce o mármol, el otro la representa con las formas de la palabra: la forma nace con el pensamiento y es su expresión animada.

Resulta de aquí, pues, que cada concepción poética tiene en sí su propia y adecuada forma; cada artista original, sus ideas y modo de expresarlas; cada pueblo o civilización, su poesía, y por consiguiente sus formas poéticas características. Las formas de la poesía indostánica son colosales, monstruosas como sus ídolos y pagodas; las de la poesía árabe, aéreas y maravillosas como los arcos y columnas de sus mezquitas; las de la griega, regulares y sencillas como sus templos; las de la moderna, pintorescas, multiformes y confusas como las catedrales góticas, pero profundamente simbólicas.

La esencia de la humana naturaleza, dice W. Schlegel, es sin duda simple; pero un examen más profundo nos revela que no hay en el universo fuerza alguna primitiva que en sí no abrigue virtud suficiente para dividirse y obrar en opuestas direcciones; y así como en el mundo físico se notan a cada paso consonancias y disonancias, contraste y armonía, ¿por qué no se reproduciría también este fenómeno en el mundo moral o en el alma del hombre? Quizá esta idea nos daría la verdadera solución del problema que buscamos; quizá ella nos revelaría la causa [de] por qué la poesía y las bellas artes han seguido entre los antiguos y los modernos tan distinto camino.

Desde que el sabio dijo: no hay nada nuevo bajo el sol; «lo que es fue y lo que fue será», unas son las facultades morales de la humanidad; pero el clima, la religión, las leyes, las costumbres, modificando, excitando su energía, deben necesariamente dar impulso distinto a la imaginación poética de los pueblos y formas singulares a su arte, pues sujetos están a todos los sucesos y accidentes, tanto externos como internos, que su vida o su historia constituyen. La misma ley de desarrollo moral que en los pueblos, obsérvase en los individuos, y hasta en las plantas y animales, variar la forma externa conforme a la eficacia de las influencias locales.

Unas son las ideas morales del hombre, unas sus pasiones, uno su destino; su rango, el mismo en la cadena de los seres del universo; pero el clima, la religión, las leyes, las costumbres, reprimiendo, exaltando, modificando la energía de sus facultades, deben dar a la imaginación poética de los pueblos dirección distinta; y de aquí nace que el espíritu inmortal de la poesía entre las diversas naciones aparece

revestido de formas peculiares, y que éstas se alteran y varían en cada siglo con las ideas, leyes y costumbres.

El mundo físico y el moral existen, es decir, la naturaleza y la humanidad: nada puede quitar ni poner el hombre a lo que existe; pero su inteligencia observa, examina, compara y se forma ideas erróneas o ciertas: estas ideas son su tesoro, su ciencia; son hoy el resultado de su modo de ser y de sentir; un día pasa, un siglo, y vuelve a observar y ya no ve del mismo modo: mil influencias opuestas, tanto externas como internas, los sucesos de su vida que constituyen la historia, han contribuido a modificar sus opiniones; la perspectiva de los objetos ha cambiado a sus ojos. No piensa ya ahora como pensaba hace un siglo acerca de Dios, el alma, la moral, la política, la filosofía; y al paso que lo que existe está perenne, su modo de verlo, sentirlo y juzgarlo sólo cambia, y esas ideas, sentimientos y sucesos afectan diversa fisonomía, aparecen bajo diferente *forma* en la sucesión de los tiempos.

La poesía sigue la marcha de los demás elementos de la civilización, y nutriéndose, como principalmente se nutre, de principios filosóficos, de ideas morales y religiosas, debe ceder al impulso que le dan las doctrinas dominantes en la época sobre aquellos tres puntos centrales del mundo de la humana inteligencia.

La filosofía sensualista del siglo XVIII, reconociendo la necesidad de una religión, y confesando la excelencia de la cristiana, tendía sin embargo a la impiedad y al ateísmo; la espiritualista del XIX ensalza y glorifica al cristianismo.

A la poesía de aquella era convenían bien formas imitadas, puesto que no hallando en el hombre y el universo sino materia, ni entusiasmo, ni pasión, ni fe, nada íntimo ni sublime podía expresar: agotada estaba para ella la viva fuente de la inspiración, así que sólo tuvo un poeta.

A la nuestra llena de entusiasmo y vigor que cree y espera, que ceba su espíritu en el manantial de la vida, ninguna forma antigua le cuadra, y henchida de savia y sustancia como la vegetación de los trópicos, debe brotar y crecer vigorosa y multiforme, manifestando en la variedad, contraste y armonía de su externa apariencia todo el vigor y fecundidad que en sí entraña.

Byron al leer algunas páginas de Walter Scott exclamaba: «¡Sublime, maravilloso!, ¡pero todo se ha dicho ya!» Y, en efecto, el ingenio ha sondeado todos los abismos; ha interrogado a la providencia, al universo; ha desentrañado del corazón las pasiones vivas, sacando a luz sus llagas y miserias y pintando la intestina lucha de la conciencia, y siempre activo e insaciable camina sin cesar en busca de nuevas maravillas.

¿Qué hallaba el lord en las novelas del escocés que tanto le hechizaba? La forma, es decir, el estilo, el lenguaje, la estructura, la exposición esencialmente dramática y animada de sus ideas, la poesía y la erudición exhumando y animando el polvo cadavérico de hombres y siglos que fueron.

Nosotros también al leer a Byron hemos exclamado desalentados muchas veces ¡sublime!, ¡extraordinario!, ¡pero todo se ha dicho ya! Son las formas poéticas las que

varían principalmente en cada siglo, en el espíritu de cada pueblo y en las renovaciones y faces del arte, y el espíritu esencial que la fecunda y anima pasa inalterable de generación en generación, siguiendo en su marcha todas las vicisitudes, retrocesos y adelantos del saber humano y de la civilización.

Pero la diferencia entre el arte antiguo y el moderno no sólo estriba en las formas sino en el fondo. El primero bebió sus inspiraciones en la cultura moral de los griegos y adoptó las formas que le convenían; el segundo las animó con el espíritu de su creencia y de su civilización. El uno vacía cada género de poesía en un molde peculiar; el otro no reconoce forma típica ninguna absoluta: en aquél los géneros no se mezclan, en éste la imaginación libre campea, sin ceñirse a la limitada esfera de las clasificaciones. En suma, en el arte antiguo la elegía se lamenta, la oda canta heroicas virtudes, el idilio, pastores; la anacreóntica, vino, rosas y amores; la epopeya ensalza el heroísmo y solemniza la historia; la tragedia representa la lucha del hombre con el destino en una acción funesta.

La forma de toda obra de arte comprende la armazón o estructura orgánica, el método expositivo, el estilo o la fisonomía del pensamiento, el lenguaje o el colorido, el ritmo o la consonancia silábica y onomatopéyica de los sonidos, y el fondo son los pensamientos o la idea generatriz que bajo esa forma se trasluce y da a ella completo y característico ser. Así es que puede decirse que el fondo es el alma, y la forma el cuerpo u organismo de las creaciones artísticas. Una obra sin fondo es un esqueleto sin alma, hojarasca brillante, sombra chinesca para los ojos; una obra toda fondo es hermosura descarnada y sin atavío que en vez de hechizar espanta. Así es que la forma y el fondo deben identificarse y completarse en toda obra verdaderamente artística. El estatuario, como el poeta, conciben una idea, pero esa idea está en germen en su cerebro mientras no la representan al sentido; el uno revistiéndola de mármol, el otro con las formas de la palabra. Todo pensamiento, pues, tiene su propia y adecuada forma; cada artista original, una idea y expresión característica, y cada siglo, una poesía, y cada pueblo o civilización, sus formas artísticas. Y debe ser así, porque la civilización de cada pueblo sigue una marcha, si bien progresista, sujeta a mil influencias opuestas, tanto físicas como morales, y a todos los accidentes y sucesos tanto internos como exteriores, que constituyen su vida y su historia. En los individuos se observa la misma ley de desarrollo moral que en los pueblos, y hasta en los seres orgánicos de un mismo género varían las formas externas, según los lugares y latitudes y modo de vivir y cultura. Vienen después las revoluciones milenarias como las invasiones de los bárbaros y el cristianismo, la conquista de América, la aparición de los hombres fáusticos como Alejandro, César y Napoleón, los cuales, trastornando el orden regular de las sociedades, las impelen y regeneran y depositan alguna nueva verdad moral, filosófica o política en el fondo común de la inmensa inteligencia.

Son las formas pues las que varían: toda la cuestión sobre la excelencia del arte antiguo y el moderno estriba en la forma. La forma clásica es restricta y limitada;

cada género se forma, se vacía en molde dispuesto en particular. La elegía llora, la oda canta heroicidades, el idilio pastores. El romanticismo no reconoce forma ninguna absoluta; todas son buenas con tal que representen viva y característicamente la concepción del artista. En la lírica canta y dramatiza; es heroico, elegiaco, satírico, filosófico, fantástico a la vez; en el drama ríe y llora, se arrastra y se sublima, idealiza y copia la realidad en las profundidades de la conciencia; toca todas las cuerdas del corazón y saca de ellas mil disonancias y armonías maravillosas: da cuerpo y salientes sobrenaturales; es lírico, épico, cómico y trágico a un tiempo, y multiforme, en fin, como un Proteo. Representa todo lo terrestre y lo divino, la vida y la muerte, todos los misterios del destino humano, los accidentes de la vida en sus inmensos cuadros. Si quiere y le conviene adopta la forma griega o francesa, se ajusta a las proporciones de Calderón o Shakespeare; pero no de propósito, porque a nadie imita sino cuando el natural desarrollo de sus creaciones lo requiere; escribe en fin *Otelo*, *Fausto*, *Atalía*. En la poesía épica ni obra según los códigos de Aristóteles, Bateux o Vida, ni sigue a Homero ni a Virgilio, sino traza en el frontis de sus gigantescas creaciones: *Divina comedia*, *El paraíso perdido*, *La mesiada*, *Las peregrinaciones de Childe Harold*.

Así pues, el romanticismo, fiel al principio inconcuso de que la forma es el organismo de la poesía, deja al ingenio obrar con libertad en la esfera del mundo que ha de animar con *su fiat*. Ni le corta las alas, ni lo mutila, ni le pone mordaza, y se guarda muy bien de decirle: esto harás y no aquello, pues lo considera legislador y soberano y reconoce su absoluta independencia; sólo le pide obras *poéticas* para admirarlas, obras escritas con la pluma de bronce de la inspiración romántica y cristiana.

Atendiendo sin embargo a la esencia misma de la inspiración poética, se pueden determinar tres formas distintas en la expresión del verbo. Forma lírica, forma épica y forma dramática. En la primera el poeta canta, con la segunda narra, con la tercera pone en acción los personajes históricos o fantásticos con que forma sus cuadros. En la primera las emociones del alma se exhalan en cantos, cuya entonación varía según la mayor o menor intensidad de los afectos; en la segunda la narración poética, más o menos extensa, remplace al canto; en la tercera la acción, la narración y el canto se reúnen y combinan para representar en un cuadro la vida con todos los accidentes, peripecias y contrastes. Bajo estas tres formas distintas en sí, pero idénticas en naturaleza, aparece en las diversas épocas de la historia de cada pueblo y en cada latitud el verbo eterno de la poesía...

ESENCIA DE LA POESÍA

Desde que la bondad de Dios creador y la inmortalidad del alma dejaron de ser un vago presentimiento de la humana conciencia, o una noción confusa inspirada por el genio de Platón; desde que las leyes morales tuvieron por base la revelación divina y echaron honda raíz en las entrañas de la humanidad, las fuerzas intelectuales tomaron distinto rumbo, ensancharon el poder del hombre y cambió a sus ojos la perspectiva del universo. Todo fue grave y severo para él, ningún pensamiento frívolo concibe; ningún acto indiferente pudo ejecutar; sus acciones tuvieron por pauta la justicia, sus reflexiones por blanco la verdad, y su vida toda fue consagrada al ejercicio de imperiosos deberes. Pero flaco de espíritu y de cuerpo, henchido de pasiones, en vez de lo justo obró lo inicuo, y en lugar de oír la imperiosa voz de su conciencia siguió el instinto e impulso de los animales apetitos. En vez de encontrar la verdad vagó sin tino por las tortuosas sendas del error. Así marchó el hombre por el camino de la vida y toda su existencia no fue más que el batallar perpetuo de sus deberes y apetitos, de su inteligencia y sus extravíos. La ciencia pretendió encaminarlo, pero su antorcha fue a menudo falaz. Por certidumbre dióle muchas veces quimeras que lo alucinaron y ensoberbecieron, inspirole el deseo de penetrar la esencia oculta de las cosas y descifrar el enigma de su existencia y de la creación sin el auxilio de la revelación. Entonces rodeáronlo las tinieblas; perdió su razón el punto de apoyo, y se abismó en el caos de la incertidumbre.

Dudó de todo —del alma, de Dios, de la justicia y el deber, de sí mismo y del universo— y los sistemas nacieron y las opiniones humanas se chocaron y agitaron como las olas del mar cuando la tempestad rompe el equilibrio que en balanza las sostiene.

¿Dios crió al universo e infundió al hombre, imagen suya, espíritu inmortal? ¿Su providencia lo sustenta y vive por leyes invariables o no? ¿El mal es simplemente la negación del bien o ley forzosa de la criatura? ¿La moral es ley divina y por consiguiente invariable, innata o revelada, o ley humana y variable según los climas y siglos? ¿La justicia tiene por base el interés o los preceptos morales? ¿Es libre el hombre y responsable de sus actos, o no?...

La poesía debió seguir el rumbo y las excitaciones del espíritu humano...

Hemos llegado al punto de arranque de la civilización moderna; el tiempo nos muestra la primera página de otra historia; pisamos en los umbrales de un nuevo mundo compuesto de tres naciones cuya religión, leyes y costumbres son diferentes.

Echemos una mirada sobre él.

Roma decrepita está gangrenada por los vicios y abrumada bajo el peso de su propia grandeza; pero su renombre la escuda y deja atónitos los pueblos al oír el nombre de la ciudad eterna. El mal interno que la roe extiende y dilata entretanto su veneno por sus enervados miembros; ella ríe, y se deleita, y ebria de regocijo mira desde las gradas del circo palpar en las garras de las fieras miembros humanos, mientras sus dioses de oro y mármol nada dicen a su corazón depravado. Harta de sangre y apeteciendo emociones nuevas, se convierte en concubina de los tiranos,

prostituye sus hijares a la torpe lascivia y a los más inmundos y bestiales apetitos, y sumida en el ciénago de las torpezas tiene coraje aún para deificar a los mismos que la ultrajan y envilecen.

Aletargada vive así Roma, y de repente oye gritos y una voz de los cielos que le dice: «¡Oh, Roma, Roma obcecada, escucha las palabras del Salvador, del hijo de Dios vivo!»

No matarás, no fornicarás, vuestros dioses son vanos, mentirosos; amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos; no hay más que un solo Dios. Es la voz de los profetas que predicán el cristianismo. Roma ciega escarneció sus palabras y lavó sus manos en la sangre de los mártires, y adornada con nuevos atavíos corrió frenética del circo al teatro, de los banquetes a los inmundos lupanares o a servir de pasto a las fieras y de escabel a los más imbéciles tiranos.

Entonces un ruido grande como el del océano tormentoso resonó en la redondez de la tierra. De oriente y occidente, del septentrión al mediodía, levantáronse voces desconocidas y viéronse caminar velozmente enjambres sobre enjambres de hombres nunca vistos, los cuales se movían por fuerza irresistible, se impelían los unos a los otros como las oleadas que impelen los huracanes. Suevos, vándalos, germanos, godos, tártaros habíanse, por concierto misterioso, emplazado al Capitolio, y se prepararon a repartirse los despojos del Imperio romano.

Roma al tronar de sus gigantescos alaridos salió de su letargo y se preparó a la lucha y aunque por el prestigio de su nombre tuvo a raya algún tiempo al torrente azotador, su hora había llegado, y las plagas de Dios debían vengar los ultrajes que su ambición había inferido al universo. Lenta fue su agonía para ser más ruidosa y espectable. Vencida cayó al fin cuando ya el cristianismo vestía la púrpura en Constantinopla y la tiara se ostentaba en el Capitolio.

Consumose la regeneración del mundo, y el cuerpo de la sociedad antigua sintió correr en sus venas la sangre pura y ardiente de las naciones bárbaras, animado por el espíritu del cristianismo.

Los vencedores adoptaron la ley de los vencidos; pero en cambio les dieron costumbres más puras, el respeto a las mujeres y la energía de la independencia individual que habían heredado de su vida semisalvaje. El cristianismo fue poco a poco domando la ferocidad natural de los bárbaros, extirpando los vicios y supersticiones que fomentaba el paganismo en las entrañas de la sociedad romana y amalgamando la sangre, el genio, el espíritu y las costumbres de los conquistadores y conquistados, y reuniendo por medio del vínculo indisoluble de una nueva religión esencialmente fraternal, para compaginar la sociedad moderna, aquellas tan diversas como enemigas razas. La humanidad entonces rejuvenecida echó una mirada, vio ante sí un nuevo y maravilloso porvenir y llena de entusiasmo y fe emprendió una marcha progresiva al través del espacio y los siglos.

Roma vencida dominó por su literatura, sus leyes, su lengua, que atesoraban las tradiciones de la antigua sabiduría, y las dio en herencia a las naciones que se

repartieron los despojos de su imperio, y éstas, cuando salieron de las tinieblas de la infancia, se encaminaron con su luz en busca de nuevas teorías.

Roma fue, pues, el eslabón que ligó al mundo antiguo con el mundo moderno. La providencia quiso sin duda que dos fuerzas, una física y otra moral, se armasen para la destrucción simultánea de su gigantesco poderío. Sin la aparición del cristianismo antes de la invasión de los pueblos del norte, quizá la lengua latina desaparece, la tradición se borra y la barbarie sumerge la ilustración del mundo romano y la humanidad hubiera quedado otra vez envuelta en la noche primitiva.

Durante la Edad Media, época tenebrosa en la cual, como en el caos, luchan los complejos y heterogéneos elementos de la civilización moderna, la ciencia solitaria cavilaba en los claustros, mientras la fuerza heroica daba rienda en los campos a su feroz energía. Sólo la religión reprimía sus ímpetus y daba a su pujanza una dirección más noble, moral y justa. Ante la cruz o el sacerdote doblaban la rodilla aquellos turbulentos y altivos barones que cifraban la ley en el arrebató de sus pasiones y el derecho de su espada. El feudalismo, resultado necesario de la conquista, convirtió la esclavitud personal antigua en servidumbre y vasallaje. El siervo de terrazgo, el feudatario, prestaban su brazo al señor para la guerra, que era entonces la condición forzosa de la sociedad, a causa de la coexistencia de tantos poderes y soberanías de origen homogéneo, pero opuestos entre sí en intereses y ambiciones.

La flaqueza era oprimida, la inocencia ultrajada, porque era tiempo de lucha y turbulencias y la justicia no era cimiento, ni la ley vínculo de la sociedad. Pero el hombre llevaba ya estampado en su conciencia el sello de una realidad esencialmente moral, equitativa y justa, y las fuerzas de su inteligencia, fecundizadas por el espiritualismo cristiano, debían necesariamente manifestar una índole particular, revestir su forma propia y desenvolver en tiempo toda su enérgica naturaleza.

Los afectos y pasiones tomaron un carácter más ideal y sublime, y uniéndose al heroísmo grosero de los conquistadores del norte, produjeron la institución de la caballería cuyos sagrados votos encaminaban a reprimir los desafueros del espíritu militar, o de la violencia, a convertir el amor en una especie de culto y divinizar a la mujer, a esa frágil criatura cuyas perfecciones simbolizan la belleza y candor que la imaginación se deleita en reconocer en los ángeles.

Como en la infancia del hombre, antes que las otras facultades, brotó lozana la imaginación y el arte empezó a sembrar sus creaciones en el seno de la sociedad moderna. Los arcos diagonales, las pilastras en haz de espigas y las bóvedas aéreas de los templos góticos simbolizaron el pensamiento que libre de las ataduras terrestres, ambicionando lo infinito, se levanta al cielo; y la gaya ciencia al paso que celebraba las proezas de los caballeros traducía en versos armoniosos las leyendas, consejas y fábulas populares, daba cuerpo a los entes de la nueva mitología y transformaba la caballería, el amor, el honor y los más generosos y sublimes afectos en musas del nuevo Parnaso.

Los trovadores ejercían además una especie de magistratura moral, y así como el

papa era, en aquellos tiempos de tinieblas, el brazo visible de la justicia de Dios, la voz de los trovadores era la justicia del pueblo que clamaba en favor de la inocencia y estigmatizaba a reyes, barones, eclesiásticos y papas, cuya orgullosa prepotencia ambicionaba dominar todas las jerarquías y cimentar su omnipotencia con el sudor de los humildes.

Los idiomas vulgares formados de la mezcla del latín con los dialectos septentrionales bárbaros, fueron la lengua natural de esa poesía guerrera, heroica, vagabunda, que no desdeñaban cultivar los reyes, y cuyos acentos resonaban al pie de los castillos, en los consistorios o justas poéticas, en los campos, y bajo las bóvedas sombrías de los castillos góticos, y hasta en las tiendas de los cruzados en la Palestina. Distinta de la antigua, en origen, esencia y formas, esta poesía floreció en Francia, en Alemania, Italia y España, reflejando los rasgos característicos y nacionales de la fisonomía de cada pueblo, y el espíritu caballeresco y cristiano que animaba entonces a la sociedad europea.

Después que hubo cantado el amor y el honor, ensalzado al heroísmo, satirizado a los poderosos, esta poesía aventurera, joven, entusiasta, se fue en pos de las enseñas cruzadas a exhalar su fuego contra los infieles, y de allí volvió revestida de pompa y majestad, reflejando los colores de la aurora, exhalando incienso y aromas, adornada de nuevas y vistosas galas, embebida de las ficciones maravillosas de Oriente para arrojar sus últimos cantos por boca de Ausias March, morir con la lengua provenzal, y como el Fénix renacer más enérgica, grandiosa y sublime.

El cristianismo dio nuevas creencias, nuevas leyes, nuevas costumbres y ejercicio distinto a la vida, al mundo civilizado de los romanos y a la Europa moderna, y por esta causa, más tarde, un arte y un saber enteramente separados y distintos del arte y saber antiguos, porque el arte y la ciencia deben necesariamente resultar del modo de vivir y pensar y ligarse de ambos.

Rayó el decimotercio siglo y apareció el Dante. La poesía moderna o cristiana tuvo su Homero y acabó de emanciparse de la antigua.

El espacio y el tiempo eran suyos; su vuelo infatigable, como el de los serafines: ella debía recorrer el mundo de la inteligencia y fijar sus proféticas miradas en el porvenir del género humano.

Brillante fue la aurora de la poesía moderna, pero antes de llegar al cenit desapareció con la lengua provenzal o lemosina exhalando en las melancólicas trovas de Ausias March sus últimos y más penetrantes acentos.

La *Divina comedia* en nada se parece a las obras del arte antiguo. Estilo, exposición, forma, estructura orgánica, no se amoldan a ninguno de los tipos anteriores.

CLASICISMO Y ROMANTICISMO

Fueron los críticos alemanes los que primero dieron el nombre de *romántica* a la literatura indígena de las naciones europeas cuyo idioma vulgar, formado del latín y dialectos septentrionales, se llamó *romance*. Pero la palabra *romántica* no dice sólo a la lengua, sino al espíritu de esa literatura, por cuanto fue la expresión natural o el espontáneo resultado de la creencia, costumbres, pasiones y modo de ser y cultura de las naciones que la produjeron sin reconocerse deudora a la antigua. Por eso es que con fundamento la aplicaron también a la literatura posterior que fiel a las primitivas tradiciones europeas, envanecida de su origen y religión, enriquecida con la herencia de sus mayores y la ilustración adquirida por el trabajo de los siglos, floreció lozana y pomposa en Italia, España, Francia, Inglaterra y Alemania, y opuso a la Antigüedad una serie de obras y de ingenios tan ilustres y grandes como los de Grecia y Roma.

La civilización antigua y la moderna, o el genio clásico y el romántico, dividiéronse pues el mundo de la literatura y del arte. Aquél trazó en el frontis de sus sencillos y elegantes monumentos: paganismo; éste en la fachada de sus templos majestuosos: cristianismo. El uno ostenta aún las formas regulares y armónicas de su sencilla y uniforme civilización; la otra los símbolos confusos, terribles, enigmáticos de su civilización compleja y turbulenta. El uno, los partos de imaginación tranquila y risueña, satisfecha de si porque nada espera; el otro, los de imaginación sombría como su destino, que insaciable y no satisfecha, busca siempre perfecciones ideales y aspira a ver realizadas las esperanzas que su creencia le infunde.

El uno divinizó las fuerzas de la naturaleza y la vida terrestre y pobló el universo de dioses, sujetos a las pasiones y flaquezas terrestres; el otro se elevó a la concepción abstracta, sublime de un solo Dios; el uno sensual, absorto en la contemplación de la materia, se deleita en la armónica simetría de las formas y en la sencillez de sus obras; el otro, ambicionando lo infinito, busca en las profundidades de la conciencia el enigma de la vida y del universo.

El uno encontró el tipo primitivo y original de sus creaciones en Homero y la mitología, el otro en la Biblia y las leyendas cristianas.

El uno puso en contraste la voluntad del hombre, el libre albedrío, luchando contra un *hado* irrevocable, inexorable, y en esa fuente bebió las terribles peripecias de sus tragedias; el otro no reconoció más fatalismo que el de las pasiones y la muerte, más destino que la providencia, más lucha que la del alma y del cuerpo, o el espíritu y la carne, moviendo los resortes del corazón y la inteligencia y representando todos los misterios, accidentes, convulsiones y paroxismos de la vida en sus terribles dramas...

Mientras la musa romántica pobló el aire de silfos, el fuego de salamandras, el agua de ondinas, la tierra de gnomos y el cielo y el espacio de jerarquías de entes incorpóreos, de genios, espíritus, ángeles, anillos invisibles que ligan la tierra al cielo, o el hombre a Dios; la musa clásica dio forma corpórea, visible y carnal a las fuerzas

de la naturaleza y materializó hasta los afectos más íntimos, y conforme al materialismo de su esencia pobló con ellos el mundo fabuloso de su mitología.

En fin, el genio clásico se goza en la contemplación de la materia y de lo presente; el romántico, reflexivo y melancólico, se mece entre la memoria de lo pasado y los presentimientos del porvenir, va melancólico en busca, como el peregrino, de una tierra desconocida, de su país natal, del cual según su creencia fue proscrito y a él, peregrinando por la tierra, llegará un día.

El romanticismo, pues, es la poesía moderna que fiel a las leyes esenciales del arte no imita ni copia, sino que busca sus tipos y colores, sus pensamientos y formas en sí mismo, en su religión, en el mundo que lo rodea y produce con ellos obras bellas, originales. En este sentido todos los poetas verdaderamente románticos son originales y se confunden con los clásicos antiguos, pues recibieron este nombre por cuanto se consideraron como modelos de perfección o tipos originales dignos de ser imitados. El pedantismo de los preceptistas afirmó después que no hay nada bueno que esperar fuera de la imitación de los antiguos y echó anatema contra toda la poesía romántica moderna, sin advertir que condenaba lo mismo que defendía, pues, reprobando el romanticismo, reprobaba la originalidad clásica y por consiguiente el principio vital de todo arte.

El pedantismo de las reglas logró formar sectas en Francia y dictar sus fallos desde los sillones de la Academia, y después de haber *roué vif Pierre Corneille, baillonné Jean Racine*,^[2] se encarnó en Boileau, escritor agudo y correcto a quien debe mucho la lengua francesa; pero mal poeta y peor crítico, y han sido necesarios dos siglos y una larga y encarnizada lucha para dar por tierra con ese ídolo que esterilizó los mejores ingenios franceses, *et qui n'a noblement réhabilité John Milton qu'en vertu du code poétique du P. Le Bossu*.^[3] Madame de Staël que importó el romanticismo de Alemania fue la primera que lo atacó cara a cara; y el famoso Victor Hugo le dio el último golpe cuando en el prefacio del *Cromwell* dijo: «La reforma literaria está consumada en Francia y aniquilado totalmente el clasicismo».

Pero las doctrinas clásicas de Boileau, que se derramaron por toda Europa, merced al brillo y fama de la literatura francesa en tiempo de Luis XIV, en ninguna parte de ella consiguieron aclimatarse. En Inglaterra donde el romanticismo era indígena mal podía medrar a la sombra de Shakespeare, y el *Catón* de Addison fue su mejor fruto. Wieland lo adoptó en Alemania; pero Lessing como crítico y poeta proclamó la independencia de la Nueva Germania, e hizo pasar el Rin a las doctrinas clásicas. Alfieri en Italia se sujetó a sus leyes y a pesar de eso fue gran poeta. Con la dinastía borbónica entraron en España, y Luzán se encargó de propagarlas, pero sólo a fines del siglo pasado los titulados reformadores de la poesía castellana, desconociendo la riqueza y la originalidad de su literatura, las siguieron fielmente en sus obras. Lástima da ver a Quintana, ingenio independiente y robusto, amoldando la colosal figura de don Pelayo a las mezquinas proporciones del teatro francés, cuando por otra parte en sus poesías habla con tanta energía al espíritu nacional y se muestra

tan español. Pero es manifiesto que aquel suelo repele al clasicismo como a planta exótica, pues no han conseguido popularidad sus obras, y el romanticismo así como el liberalismo han invadido los Pirineos, y ambos pretenden regenerar la España y volverla

... su cetro de oro y su blasón divino.

El espíritu del siglo lleva hoy a todas las naciones a emanciparse, a gozar la independencia, no sólo política sino filosófica y literaria; a vincular su gloria no sólo en libertad, en riqueza y en poder, sino en el libre y espontáneo ejercicio de sus facultades morales y de consiguiente en la originalidad de sus artistas.

Nosotros tenemos derecho para ambicionar lo mismo y nos hallamos en la mejor condición para hacerlo. Nuestra cultura empieza: hemos sentido sólo de rechazo el influjo del clasicismo; quizá algunos lo profesan, pero sin séquito, porque no puede existir opinión pública racional sobre materia de gusto en donde la literatura está en embrión y no es ella una potencia social. Sin embargo debemos antes de poner mano a la obra, saber a qué atenemos en materia de doctrinas literarias y profesar aquellas que sean más conformes a nuestra condición y estén a la altura de la ilustración del siglo y nos trillen el camino de una literatura fecunda y original, pues, en suma, como dice Hugo, «el romanticismo no es más que el liberalismo en literatura...»

En suma, la poesía griega o clásica es original porque fue la expresión espontánea del ingenio de sus poetas y presentó en sus distintas épocas el desenvolvimiento de la civilización griega, pero fundada en costumbres, moral y religión que no son nuestras, y sobre todo en fábulas mitológicas que consideramos quiméricas y debemos, como dice Schlegel, considerarlas como juegos brillantes de la imaginación, que entretienen y regocijan, mientras que la poesía romántica, que está arraigada a lo más íntimo de nuestro corazón y de nuestra conciencia, que se liga a nuestros recuerdos y esperanzas, debe necesariamente excitar nuestro entusiasmo y hablar con irresistible y eficaz elocuencia a todos nuestros afectos y pasiones.

Los poetas modernos que se han arrogado el título de clásicos, porque, según dicen, siguen los preceptos de Aristóteles, Horacio y Boileau y embuten en sus obras centones griegos, latinos y franceses, no han advertido que en el mero hecho de declararse imitadores dejan de ser clásicos porque esta voz indica lo acabado y perfecto y por consiguiente lo inimitable.

Creo, sin embargo, que imitando se puede hasta cierto punto salvar la originalidad; pero jamás se igualará al modelo, como lo demuestran ensayos de ingenios eminentes. Pero este género de emulación no consiste, como en los bastardos clásicos, en la adopción mecánica de las formas, ni en la traducción servil de los pensamientos, ni en el uso trivial de los nombres, que nada dicen, de la mitología pagana, que a fuerza de repetidos empalagan, sino en embeberse en todo el espíritu de la Antigüedad, en transportarse por medio de la erudición y del profundo

conocimiento de la lengua y costumbres antiguas al seno de la civilización griega o romana, respirar el aire de aquellos remotos siglos y vivir en ellos, en la ágora como un griego o en el foro como un romano, y poetizar entonces como un Píndaro o un Sófocles. Pero la empresa sobrepuja al ingenio humano y es de todo punto irrealizable. Racine, Goethe, Alfieri la han acometido con éxito en la tragedia, y en este siglo Chénier ha imitado a Teócrito, pero sin dejar de ser poeta cristiano.

Toda obra de imitación es de suyo estéril y más que todas la de los clásicos bastardos y la que recomiendan los preceptistas modernos, pues tiende al suicidio del talento y a sujetar al despotismo de reglas arbitrarias y a la autoridad de los nombres al ingenio soberano del poeta. Como creador es llamado no a recibirlas sino a dictarlas, pues es incontestable que el ingenio para no esterilizar sus fuerzas debe obrar según las leyes de su propia naturaleza o de su organización.

La cuestión del romanticismo no ya, pues, entre la excelencia de la forma griega o de la forma moderna, entre Sófocles o Shakespeare, entre Aristóteles, que redujo a teoría el arte griego, y el romanticismo, sino entre los pedantes que se han arrogado el título de legisladores del Parnaso fundándose en la autoridad infalible del Estagirita y de Horacio, y el arte moderno; es decir entre Boileau, Bateux, Bossuet, Dacier, La Harpe, Vida, y el Dante, Shakespeare, Calderón, Goethe, Milton, Byron... Los griegos han alcanzado la suprema perfección y son los modelos que es preciso imitar so pena de no escribir nada bueno. ¿Pero el reflejo remplazará la luz? ¿El satélite que gira sin cesar en la misma esfera podría compararse al astro central y generador? Virgilio con toda su poesía no es más que la luna de Homero.

¿La imitación igualará al modelo? ¿Y dado que lo iguale, tendrá la copia el mérito del original? No. —Luego es mejor producir que imitar. —Bueno, pero observadas las reglas. —¿Qué reglas? —Las de Aristóteles, que nosotros profesamos. Probado está ya que el arte moderno, distinto del antiguo, no las reconoce porque tiene las suyas, que no son otras que las eternas de la naturaleza, fuente viva e inagotable de la poesía.

Vosotros y vuestros sectarios, habéis observado las reglas, habéis imitado los modelos, ¿y qué habéis hecho? Veamos. Ni la musa antigua, ni la moderna adoptan vuestras obras. Ambas las consideran espurias y bastardas. ¿Queréis acaso que os imiten? *Ah!, imiter des imitations! Grâce!*^[4] Ahora bien, llegados a este punto, ¿qué hacer? Abrevarse en la viva e inagotable fuente de toda poesía: la verdad y la naturaleza.

La mitología es el asunto principal de la tragedia griega: el coro representa la parte ideal y el libre albedrío del hombre, luchando contra el destino inexorable, divinidad misteriosa e inaccesible a cuya ley irrevocable obedecían aun los mismos dioses.

Los clásicos franceses no han tomado de la tragedia antigua sino lo peor, y vanagloriándose de imitar a los griegos, que consideraban tipos del arte, escudaban su sistema con la infalible autoridad de Aristóteles para darle más importancia y

autoridad. Pero en el fondo su sistema es distinto, puesto que desecharon, considerándolo sin duda como accesorio, lo que constituye la esencia de la tragedia. La excelencia pues del teatro francés no puede ser absoluta ni servir de regla universal, pues ni, como pretenden, se apoya en los sublimes modelos griegos, ni tiene por sí el asentimiento de tres grandes naciones, ni puede ofrecer a la admiración de los hombres mayor número de obras extraordinarias, ni genios tan colosales como los de Calderón, Lope de Vega, Shakespeare, Goethe y Schiller. Verdad es ésta, reconocida hoy por los mismos franceses, quienes a par de los extraños, confiesan ser debida la inferioridad de su teatro a las mezquinas y arbitrarias leyes con que el pedantismo ignorante cortó el vuelo de sus dos grandes ingenios, Corneille y Racine, y sofocó posteriormente el desarrollo del teatro —*Qu'auraient-ils donc fait, ces admirables hommes, si on les eût laissés faire?*, exclama Victor Hugo. *Il n'ont pas du moins accepté vos fers sans combat (...) Que de beautés pourtant nous coûtent les gens de goût depuis Scudéry jusqu'à La Harpe! On composerait une bien belle oeuvre de tout ce que leur souffle aride à séché dans son germe...*^[5]

La mitología es la base o el asunto; Homero la fuente; el coro, personaje ideal y moral, el centro o eje de la acción; los resortes, el libre albedrío del hombre luchando con el hado inexorable, divinidad espantable, terrible, misteriosa o inaccesible, a cuyos irrevocables fallos obedecían aun los mismos dioses, como queda dicho.

Esos trágicos, cuando han tratado asuntos mitológicos y la ruda e ingenua sencillez de las costumbres antiguas, adulteraron la historia poniendo en boca de personajes heroicos, griegos y romanos, pasiones y los afectos caballerescos y hasta la galantería de los tiempos de Luis XIV...

La poesía romántica no es el fruto sencillo y espontáneo del corazón, o la expresión armoniosa de los caprichos de la fantasía, sino la voz íntima de la conciencia, sustancia viva de las pasiones, el profético mirar de la fantasía, el espíritu meditabundo de la filosofía, penetrando y animando con la magia de la imaginación los misterios del hombre, de la creación y la providencia; es un maravilloso instrumento, cuyas cuerdas sólo tañe la mano del genio que reúne la inspiración a la reflexión, y cuyas sublimes e inagotables armonías expresan lo humano y lo divino.

En cuanto a las unidades de tiempo y lugar en el drama, el arte moderno piensa que todo lo humano, sea histórico o fingido, debe realizarse en tiempo dado, en tal lugar, y que por consiguiente las condiciones necesarias de su existencia son el espacio y el tiempo. Penetrado de esta idea, el poeta romántico finge un suceso dramático o lo forma de la historia, concibe en su cerebro la traza ideal de su fábrica, la arregla y coloca según la perspectiva escénica, y después la echa a luz, completa, como Minerva de la frente de Júpiter. No procede como los clásicos, que ajustan a una forma dada los partos que ni aun concibió su cerebro, resueltos como Procusto a recortar y desmembrar lo que pasa de la medida. Ni mutila la historia, ni descoyunta por ajustar su obra a reglas absurdas y arbitrarias; sólo las deja desarrollarse y extenderse según las leyes de su naturaleza y organización. Si el suceso que

dramatiza pasó en tres, ocho o veinticuatro horas, santo y bueno, habrá observado la receta clásica; si en diez o veinte, aquende o allende, no corrige a la providencia que así dispuso sucediese, y cuanto más si le conviene lo circunscribe y concentra para dar realce y cuerpo a las partes de que se compone y representarlas a los ojos con más viveza y colorido, con más realce, naturalidad y grandeza. Así el arte moderno crea a Wallenstein, Otelo y Fígaro.

No pone, como Moratín, al frente de sus prosaicas miniaturas: «La escena es en una sala de la tía Mónica. La acción empieza a las cinco de la tarde y acaba a las diez de la noche».

La única regla legítima que adopta y reconoce el romanticismo, no como precepto aristotélico, sino como ley esencial del arte, porque el ojo como la inteligencia no puede abarcar a un tiempo dos perspectivas, es la unidad de acción o desinterés, pues considera que toda obra concebida por la reflexión y ejecutada por el talento debe necesariamente desenvolverse conforme a las leyes de proporción y simetría y orden, inherentes a los actos de la inteligencia y las cuales, aun cuando no quiera, debe observar el *genio*.

En toda obra verdaderamente artística, pues, la curiosidad encontrará alimento, el interés será sostenido, y todas las partes accesorias, todas las acciones secundarias, gravitarán en torno de la acción central y generadora que se ha propuesto dramatizar el poeta, la cual es el alma y la vida de su concepción primitiva.

REFLEXIONES SOBRE EL ARTE

La sociedad es un hecho estampado en las eternas páginas de los siglos, y la condición visible que impuso a la humanidad la providencia para el libre ejercicio y completo desarrollo de sus facultades, al darle por patrimonio el universo. En la esfera social, pues, se mueve el hombre, y es el teatro donde su poder se dilata, su inteligencia se nutre y sucesivamente aparecen los partos de su incansable actividad.

Los primeros pasos del hombre en el mundo social son como los del niño, mal seguros e inciertos: la materia lo absorbe, domínalo los apetitos, su tosco sentido sólo confusamente percibe las maravillas de la creación, mientras su alma dormita incubando los gérmenes de su futuro engrandecimiento. Pero marcha el hombre y se robustece, adquieren sazón sus potencias con el ejercicio y poco a poco va realizando las leyes de su ser. En vano la fuerza, la superstición, el error y otras mil calamidades quieren poner a raya y sofocar el instintivo impulso que lo lleva; ceja el hombre un momento; mas se recobra luego, lucha, arrolla los obstáculos, triunfa y sigue adelante.

Así, obrando incesantemente la humanidad progresa y convierte en hechos

visibles todas las ideas que la contemplación del externo mundo le inspira, todas las nociones que al abrir en su infancia los ojos de la razón vio como grabadas en el fondo de su conciencia.

Su activa inteligencia, aplicándose con ahínco al conocimiento de los fenómenos, propiedades y leyes de la naturaleza inorgánica y animal, da ser a las ciencias matemáticas y naturales; su imperiosa voluntad, modificando las cosas que le estorban, las atiza de modo que puedan contribuir a su provecho y crear los prodigios de la industria.

La contemplación del universo lo lleva a reconocer una causa, un artífice supremo, un Dios; y de ahí la religión, cuya simbólica forma es el culto.

La noción de lo justo, confusa e incierta en la noche de las sociedades primitivas, pasa del hombre a las leyes, estrecha el vínculo, y acrisolándose y tomando sólido asiento en los espíritus, llega a ser con el tiempo el incontrastable cimiento del Estado, salvaguardia del orden y de todos los derechos.

Y la noción de lo bello, purificada y fecundada por el entusiasmo y la reflexión, produce al fin las maravillas del arte.

Es, pues, el arte el resultado, la visible manifestación de una necesidad especial de la humana inteligencia y tiene, como las obras que acabo de enumerar, raíz en ella profunda.

La historia de todos los pueblos le consagra su página más brillante, y atestigua que dondequiera que han existido sociedades que alcanzaron cierto grado de cultura, hubo también espíritus creadores y pueblos capaces de sentir y venerar las obras del arte. El Egipto ostenta aún sus gigantescas pirámides, toscos simulacros de la infancia del arte. La Grecia debe mayor lustre a algunos de sus poetas y escultores que a la sabiduría de sus filósofos y legisladores. Roma, cansada de batallar y vencer, adorna sus trofeos con las galas del arte griego y pretendiendo ser émula no es sino imitadora.

Los incas y mexicanos mismos, pueblos semisalvajes, cultivaban las artes; y hasta los pampas y demás tribus nómades tienen sus cantos guerreros con que celebran las hazañas heroicas, perpetúan su memoria y se infunden espíritu en los combates.

Poderosa, sin duda, debe ser esa facultad del espíritu humano para concebir la idea de lo bello y representarla al sentido, pues que, como dice Schlegel, a los pueblos que llamamos bárbaros y salvajes la ha otorgado también el cielo.

Pero no tiene el arte por blanco exclusivo, como las ciencias y la industria, lo útil; como la religión, interpretar la fe que nos liga al Creador; como el Estado, hacer reinar la justicia. Es del arte discernir, tanto en el interno como en el externo mundo; tanto en lo físico como en lo moral; tanto en la criatura como en sus actos; tanto en lo finito como en lo infinito, lo más bello, heroico y sublime, lo más noble y generoso, y aplicarse a representarlo en forma visible con animados colores haciendo uso de los instrumentos adecuados. Es del arte glorificar la justicia, dar pábulo a los elevados y generosos afectos, hacer el apoteosis de las virtudes heroicas, fecundar con el soplo

de la inspiración los sentimientos morales; los principios políticos, las verdades filosóficas y, poniendo en contraste el dualismo del hombre, la perpetua lucha del espíritu y la carne, de los apetitos sensuales y los deseos infinitos, hacer resaltar su dignidad moral y su grandeza.

Divina por cierto es la misión del arte, y si bien no aparece a primera vista tan palpable su objeto y tan manifiesta su importancia a las sociedades poco ilustradas o embebidas aún en el arduo empeño de mejorar su condición civil y política, su bienestar e interés, él, sin embargo, a par de los elementos de la civilización, ejerce secretamente una poderosa influencia, y va recobrándola con el progreso de la cultura y el tiempo.

Comprende el arte la música, las artes del dibujo y plásticas, o las conocidas con el nombre de bellas artes o artes libres. Yo me ceñiré sólo a hablar de la primera de todas ellas, según Schlegel: de la poesía, y procuraré determinar su objeto, su carácter y formas en nuestro siglo, y me aventuraré a señalar el camino que, a mi ver, debe seguir, a hacer algunas conjeturas sobre su porvenir en nuestro país.

En nuestra alma, como sabéis, hay dos partes, dice Fray Luis de León. Una divina, que mira al cielo, y apetece, cuanto de suyo es (si no la estorban y oscurecen), lo que es razón y justicia inmortal de su naturaleza muy hábil para estar sin cuidarse en la contemplación y en el amor de las cosas eternas. Otra, de menos quilates, que mira a la tierra y que se comunica con el cuerpo, con quien tiene deuda y amistad: sujeta a las pasiones y mudanzas de él, que la turban y alteran con diversas olas de afectos; que teme, que se congoja, que codicia, que llora, que se engríe y ufana, y que, finalmente, por el parentesco que con la carne tiene, no puede hacer sin su compañía estas obras. Estas dos partes son como hermanas nacidas de un vientre en una naturaleza misma, y son de ordinario entre sí contrarias y riñen y se hacen guerra. Y siendo la ley que esta segunda se gobierne siempre por la primera, a las veces, como rebelde y furiosa, toma las riendas ella del gobierno y hace fuerza a la mejor, lo cual le es vicioso, así como le es natural el deleite y el alegrarse y el sentir en sí los demás afectos que la mayor parte le ordenare. Y son propiamente la una como el cielo y la otra como la tierra, y como un Jacob y un Esaú concebidos juntos en un vientre y que entre sí pelean.

Estas palabras encierran la fuente de la poesía moderna o cristiana y le dan traza y forma distinta de la antigua o pagana.

El amor cristiano, es decir, tal cual nuestra religión y costumbres lo han engendrado, no es la idolatría exclusiva de la belleza; no Cupido, el ligero y ciego rapaz, disparando flechas ígneas de su inagotable carcaj; es la misteriosa unión de dos almas, la armonía de dos afectos, el inefable concierto de dos voluntades, consagrando, glorificando con su música los indecibles arrobamientos del deleite. Si despreciado, es la rabia, los celos, el frenesí, el despecho, la melancolía, el infierno; si correspondido, la gloria íntima y la angélica deleitación anegando el alma, el sentido, la carne.

Claro está que un amor semejante debe transfigurarse y tomar infinitos y diversos caracteres en el corazón humano, y de ahí nace que esta pasión es la más fecunda, variada e inagotable fuente de poesía.

El amor pagano era puramente sensual, se fijaba sólo en la forma, no nacía del corazón; iba, sí, a él, en una flecha encendida que el travieso niño le asestaba y derramaba en la sangre volcanes cuyo incendio sólo apagaban las olas del Leucate. El cristiano tiene raíz en lo más íntimo del humano ser; se identifica con todas las potencias, es físico y moral a la vez; apetito y deseo, esencia y forma; pasión humana en suma, divina en cuanto aspira a deleites inmortales, terrestre en cuanto carnal y perecedera, y como tal manifestando la doble naturaleza del hombre...

Si el arte abarca y domina la esfera toda del pensamiento; si además se pule y perfecciona con el progreso de las luces; si en su fuente bebe los tesoros con que anima y fecunda sus inspiraciones; si las ideas que adquiriendo va la humanidad en su incesante labor son los elementos que emplea para compaginar sus creaciones, claro está que él debe ser el vivo reflejo de la civilización, revestir en las diversas épocas de su desarrollo forma distinta y aparecer con caracteres especiales en cada sociedad, en cada pueblo, en las diferentes edades que constituyen la vida de la humanidad; y así como cada nación tiene su religión, sus ciencias, sus costumbres, su civilización, en fin, debe tener su arte.

Tres grandes civilizaciones, cuyos elementos son distintos, reconoce la historia: civilización asiática; civilización griega, romana, antigua; civilización europea o moderna.

La primera, foco primitivo de luz, sola y aislada, desarrolló espontáneamente la energía de sus fuerzas y permanece siglos ha estacionaria, habiendo en distintas épocas reflejado su luz sobre las otras dos. La segunda recorrió la esfera del progreso, y subió al apogeo de su esplendor, y cayó y se abrumó con el imperio de Oriente. Formose la última de la mezcla heterogénea en su origen entre los pueblos del norte y las naciones depositarias de los preciosos restos de la Antigüedad y el cristianismo.

Los griegos han sido y serán siempre nuestros modelos en las artes y ciencias, mientras que los romanos forman el punto de tránsito entre la Antigüedad y los tiempos modernos.

En los primeros siglos de la Edad Media estos tres elementos luchan y poco a poco se combinan, sembrando en la sociedad europea las semillas de la civilización moderna, y abriendo hondo y nuevo camino al arte...

ESTILO, LENGUAJE, RITMO, MÉTODO EXPOSITIVO

El estilo es la fisonomía del pensamiento, a cuyos contornos y rasgos dan realce y

colorido el lenguaje, los periodos y las imágenes; así es que las obras del ingenio reflejan siempre formas de estilo originales y características. Los escritores mediocres no tienen estilo propio porque carecen de fondo, y ora imitan el de este o aquel autor que consideran clásico, ora hacen pepitoria de estilos, pero sus obras correctas y castizas a veces ni salen del linaje común, ni hieren, ni arrebatan.

Cada pensamiento, pues, cada asunto requiere expresión conforme, y de aquí nace la diversidad de estilos, cuya clasificación menuda podrá verse en los retóricos.

El estilo de Bossuet es grandioso como sus pensamientos; el de Cervantes, en su *Quijote*, festivo, agudo y verboso como la andariega y lujuriente fantasía de su héroe.

Quevedo es el escritor español más rico en formas de estilo (salvo los conceptos y agudezas que de puro acicalados se pierden de vista), salpicado de chistes y travesuras, ora lleno de nervio y robustez, ora sentencioso y florido, casi siempre original y a menudo elocuente.

Imitar estilos es como hablar sin pensar, y zurcir frases para componer centones.
[6]

Hombres hay que expresan lo alto y bajo del mismo modo, y otros que con solimán y oropel procuran encubrir la vulgaridad o la tenue e invisible trama de sus conceptos: unos y otros, privados de germen productivo, creen que el estilo consiste en las palabras o en la mecánica combinación de los periodos y frases.^[7]

En las lenguas no aplicadas aún a todo género de conocimientos, difícil es alcanzar formas de estilo convenientes para expresar nuevas ideas, pues con tosco e imperfecto instrumento, por hábil que sea el artista, mal puede modelar las concepciones de su inteligencia. Dante, Boccaccio, Petrarca en Italia, Shakespeare en Inglaterra, no sólo fueron grandes porque crearon la poesía de sus respectivas naciones, sino también porque extendieron el señorío del idioma que hablaban y le dieron un empuje maravilloso.

Mina rica es la lengua española en cuanto a la expresión de rasgos espontáneos de la imaginación y a la pintura de los objetos materiales, y estoy seguro, sin haber leído ninguna, que las novelas caballerescas españolas de la Edad Media se aventajan a las de las otras naciones europeas en brillo y pompa de colorido. Pero es inculta en punto a filosofía y materias concernientes a la reflexión y a los afectos íntimos, y esto se explica por la carencia de fecundos y originales autores en aquellos ramos del saber humano.

Antes del decimosexto siglo el escolasticismo, el misticismo y la poesía nacional, que representa las costumbres y la existencia individual de los pueblos, preocuparon y absorbieron casi exclusivamente a los ingenios españoles, y en el Siglo de Oro de la hispana literatura lo fue más por la copia de escritores que ensancharon y enriquecieron aquel primitivo espíritu de la civilización y fijaron en sus escritos el habla culta y pulida, trivial entonces, por el desarrollo y abundancia de nuevas ideas y conocimientos; mientras que los siglos igualmente denominados de Oro, de Pericles, Augusto y Luis XIV, el saber y la lengua de frente marcharon y extendieron

maravillosamente su jurisdicción.

La España, sin embargo, puede vanagloriarse de haber producido entonces, y antes que otras naciones, sus émulas, a Granada, Lope, Luis de León, Herrera, Rioja, y de ofrecer a la admiración del mundo en el decimoséptimo siglo los nombres de Quevedo y Calderón; a pesar que desde aquella época, cercada y embestida constantemente por las olas de la civilización europea, permanece estacionaria, desdeñando indiferente u orgullosa sus tesoros, y sin que aparezca en su seno ningún escritor de genio regenerando su lengua y su cultura intelectual.

La América, que nada debe a la España en punto a verdadera ilustración, debe apresurarse a aplicar la hermosa lengua que le dio en herencia al cultivo de todo linaje de conocimientos; a trabajarla y enriquecerla con su propio fondo, pero sin adular con postizas y exóticas formas su índole y esencia, ni despojarla de los atavíos que le son característicos.

Es el lenguaje como las tintas con que da colorido y relieve el pintor a las figuras. Las ideas hieren, los objetos se clavan en la fantasía si el poeta por medio de la propiedad de las voces no los dibuja solamente sino los pinta con viveza y energía, de modo que aparezcan como materiales, visibles y palpables al sentido, aun cuando sean incorpóreos.

Si el lenguaje pinta al vivo las cosas, la armazón orgánica traba y anuda entre sí con simetría y orden las partes de un todo y forma de ellas un cuerpo organizado, una obra maestra de arte, y la exposición coloca en perspectiva las ideas y los objetos, los agrupa, combina o separa según el efecto que intenta producir.

Distínguese principalmente por el ritmo el estilo poético del prosaico.

El ritmo es la música por medio de la cual la poesía cautiva los sentidos y habla con más eficacia al alma. Ya vago y pausado, él remeda el reposo y las cavilaciones de la melancolía; ya sonoro, precipitado y veloz, la tormenta de los afectos.

El diestro tañedor con él modula en todos los tonos del sentimiento y se eleva al sublime concierto del entusiasmo y de la pasión; con una disonancia hiere, con una armonía hechiza, y por medio de la consonancia silábica y onomatopéyica de los sonidos da voz a la naturaleza inanimada, y hace fluctuar el alma entre el recuerdo y la esperanza pareando y alternando sus rimas.

Sin ritmo, pues, no hay poesía completa. Instrumento del arte, debe en manos del poeta armonizar con la inspiración, y ajustar sus compases a la variada ondulación de los afectos: de aquí la necesidad a veces de variar de metro para expresar con más energía, para precipitar o retener la voz, para dar, por decirlo así, al canto las entonaciones conformes al efecto que se intente producir.

En la lírica es donde el ritmo campea con más soltura, porque entonces puede propiamente decirse que el poeta canta. Causa por lo mismo extrañeza que teniendo los españoles sentido músico y hablando la lengua meridional más sonora y variada en inflexiones silábicas, no hayan conseguido con él efectos maravillosos.^[8] Herrera es el único que en esta parte se muestra hábil artista. El lenguaje de Coleridge en la

balada «Ancient Mariner» es impetuoso y rápido como la tempestad que impele al bajel, y cuando la calma se acerca se muestra solemne y majestuoso. Hasta las faltas de medida en la versificación parecen calculadas, y sus versos son como una música en la cual las reglas de la composición se han violado, pero para hablar con más eficacia al corazón, al sentido y [a] la fantasía. Las brujas de *Macbeth* cantan palabras misteriosas cuyos extraños y discordes sonidos auguran maleficio. En el «Feu du ciel» Hugo pinta igualmente por medio del ritmo y los sonidos la silenciosa majestad del desierto, y el ruido, confusión y lamentos del incendio de Sodoma y Gomorra.

Sobre el arte de la poesía

NOTA PRELIMINAR

Parece que el autor se propuso alguna vez escribir una *introducción* detenida a sus obras poéticas, y echó en algunas hojas sueltas los siguientes apuntes, a manera de índice, de los puntos que intentaba tratar en esa introducción. Después consideró que sería mejor hacer una exposición de su doctrina literaria, aplicada a la poesía, bajo la forma de un opúsculo suelto. De esta intención nacieron, probablemente, los presentes apuntes que reproducimos en el mismo orden en que le encontramos en el borrador autógrafo.

[*Juan María Gutiérrez*]

SOBRE EL ARTE DE LA POESÍA^[1]

Siempre he creído que en materias controvertibles importa más un hecho que muchas páginas de buenas teorías y esto me ha retraído hasta aquí de... Pero después me he convencido que en países donde los principios del gusto, en materia de bellas artes, no son comunes y no existe una opinión pública que sea capaz de formar juicio racional sobre los partos de la imaginación, es conveniente y necesario que los autores hagan marchar de frente la teoría y la práctica, la doctrina y los ejemplos, para no dar cabe a los pedantes y tapar la boca a los resabidos, los cuales en los desahogos de su impotencia se creen autorizados, por el silencio de los autores, a desacreditar las obras del ingenio.

Además, bien puede permitírseme a mí teorizar sobre una materia en la cual he dado pruebas de que soy capaz de producir algo, ya que otros, sin más títulos que el de su fatua vanidad, se creen autorizados para hacerlo con todo el magisterio de los primeros genios del arte.

No pretendo hacer prosélitos: doy mis opiniones por lo que son, y nada más, como resultado de mis lecturas y reflexiones sobre un arte que ha inmortalizado a los primeros ingenios con que puede vanagloriarse la humanidad, que he cultivado por inclinación, y al cual, si me fuere dado, consagraría todas mis fuerzas.

Me he resuelto a publicar aparte este opúsculo porque al lado de mis versos tendría visos de comentario o apología, y porque estoy convencido, sobre todo, que lo que importa en nuestro país es arrancar de cuajo la preocupación, limpiar de maciega el campo, señalar a la juventud el camino para que marche a recoger los lauros que la posteridad le reserva, y para que no se crea que aspiro a conquistar por caminos tortuosos una fama que ya no me es dado conseguir.

Como entre nosotros no pasan por sabios los que no acuñan su doctrina con opiniones ajenas, los que se atienen a los consejos de su entendimiento, los que no quieren suicidar su razón ni atenerse en materias controvertibles a autoridad alguna, los que no reconocen jurisdicción, ni poderío ante el cual humillarse, los que han preferido siempre «armas a corazas», se ven obligados, y yo entre ellos, a robustecer sus ideas y autorizarlas con la opinión de los más esclarecidos literatos que reconoce nuestro siglo como tales. Así procederé.

... La renovación de la literatura estriba principalmente en la perspectiva de los

objetos y de las ideas. El aspecto de una montaña varía según el punto de donde se la observa, y la humanidad con el curso de las edades cambia de posición al contemplar el universo y examinar los sucesos y las cosas.

La poesía es lo más íntimo que abriga el corazón humano, lo más extraordinario y sublime que puede concebir la inteligencia.

La poesía filosófica debe ser cosmopolita, colocarse en el centro del universo, patria común del género humano, e interpretar esas instintivas creencias que forman el patrimonio común de la humanidad...

La poesía nacional es la expresión animada, el vivo reflejo de los hechos heroicos, de las costumbres, del espíritu, de lo que constituye la vida moral, misteriosa, interior y exterior de un pueblo.

La poesía romántica vive de recuerdos y esperanzas; es lo pasado y el porvenir. Lo presente no le interesa sino en cuanto se encadena con las dos regiones del mundo que habita.

La poesía moderna es melancólica y reflexiva.

La poesía religiosa o mística, comunicación, como dice León, del aliento celestial y divino, es un himno que en las alas etéreas de la fe, como el más puro incienso de la tierra, se eleva hasta el trono del Hacedor.

... De ahí resulta que se ha dado el nombre de poesía a las formas, y se ha llegado a clasificar lo más íntimo, lo más bello y sublime que hay en la inteligencia, como la materia inorgánica por su forma o apariencia externa y se han inventado para distinguir lo que se ha llamado géneros de poesía, multitud de nombres bárbaros que nada dicen a la razón, como odas, letrillas, romances, églogas, idilios y sonetos.

El soneto, forma mezquina y trivial de poesía, ha estado y está en boga entre los versificadores españoles, y no hay casi poeta, tanto de los del Siglo de Oro como de los modernos titulados restauradores de la poesía, que no haya soneteado hasta más no poder, llenando volúmenes de letrillas, anacreónticas, églogas, malgastando su ingenio en trivialidades que empalagan al fin, y no dejan rastro alguno en el corazón ni el entendimiento.

Los que se han arrogado el título de *clásicos*, ni lo son, ni pueden serlo en el mero hecho de confesarse ellos mismos imitadores, pues los griegos se denominan clásicos, justamente, porque no imitaron y fueron originales en sus obras.

Yo, por mi parte, confieso que nada entiendo de esas clasificaciones con que han obstruido los pedantes la espaciosa y florida senda del arte. ¿No es ridículo que los señores preceptistas, que jamás han producido nada, digan al poeta: «Irás por aquí y no por allí; escribirás sonetos, églogas, anacreónticas, elegías; no mezclarás lo que nosotros llamamos géneros so pena de lesa poesía»? ¿No irrita ver que pretendan dictar reglas de gusto al ingenio y trazarle el camino que haya de seguir?

Tómanse ellos licencias semejantes, y no quieren que el poeta, es decir, el Creador, el verbo, campee libre por las esferas del mundo, ¡que debe animar con el fecundo soplo de su pensamiento! ¡Descabellada pretensión!

Por mi parte yo no reconozco más que dos formas: forma lírica y forma dramática...

La comedia de carácter y costumbres es irrealizable entre nosotros; cuando más la satírica y de circunstancias. Con medias tintas sólo, no se puede pintar un cuadro.

Uno de los más manifiestos síntomas de progreso en la civilización es el refinamiento de las costumbres, o esa tendencia del público a pulir, acendrar, idealizar los afectos, a darles un origen más puro, a separarles del aliaje impuro de los afectos carnales.

Platón, astro que culminaba en el cenit de la civilización griega, filósofo y poeta a la vez, Platón, digo, aunque pagano, concibió el amor como la emanación más pura del alma, como un arrobamiento celestial que se deleita en la contemplación de la imagen querida, y de aquí el dicho vulgar de «amor platónico».

El idealismo del arte consiste en buscar el tipo de la belleza en esas concepciones abstractas que concibe el alma y son la imagen sublime de lo más bello, perfecto, heroico, divinal, o el conjunto maravilloso de todas las perfecciones imaginarias y posibles.

Sabido es que las concepciones del hombre primitivo son espontáneas; que la humanidad en su cuna es inspirada y no reflexiva; de ahí resulta que toda la poesía primitiva sea parto del entusiasmo, de la fe, y por consiguiente eminentemente lírica. Las pasiones entonces son un verdadero canto.

Un rasgo de pincel en un cuadro, invisible para el vulgo, hechiza al conocedor y da barruntos del ingenio que lo produjo. Dos cosas hay que buscar en todo cuadro. La idea representada por el dibujo y la forma que la envuelve y la sirve de vestimenta, la cual se encarga de determinar los tintes o más bien el claroscuro.

Ese colorido, a mi ver, es el que armoniza las figuras o partes que componen el cuadro, las hace un todo animado, y da completo ser a la primitiva concepción del artista.

Lo mismo sucede en poesía: primero es el pensamiento, después la expresión o forma, que comprenden el estilo y el colorido. Es buena, es primera en su género, la poesía que satisface las dos condiciones del arte: condición intrínseca y extrínseca; idea y forma; dibujo y tintas armoniosas: y entiéndase que considero indispensable la rima al efecto armonioso.

No hay a mi ver poesía completa sin ritmo; y no de sonidos sólo, sino de afectos, de situación, de sentido. Él es lo que en la pintura los colores, lo que en la música la armonía...

La que se ha denominado descriptiva no es ni puede ser un género especial de poesía; porque la descripción pura y simple de la naturaleza o de la realidad no es por sí nada, sino en cuanto tiene relación con la inteligencia humana, con el hombre...

La creación por sí sola ¿qué es? —Nada. Pero el hombre la contempla; su pensamiento la abarca, y entonces es la obra maravillosa del increado, de Dios. —Es algo hecho con un fin.

Apología del matambre

Cuadro de costumbres argentinas

APOLOGÍA DEL MATAMBRE^[1]

Un extranjero que ignorando absolutamente el castellano oyese por primera vez pronunciar, con el énfasis que inspira el hambre, a un gaucho que va ayuno y de camino, la palabra *matambre*, diría para sí muy satisfecho de haber acertado: éste será el nombre de alguna persona ilustre, o cuando menos el de algún rico hacendado. Otro que presumiese saberlo, pero no atinase con la exacta significación que unidos tienen los vocablos *mata* y *hambre* al oírlos salir rotundos de un gajate hambriento, creería sin duda que tan sonoro y expresivo nombre era de algún ladrón o asesino famoso. Pero nosotros acostumbrados desde niños a verlo andar de boca en boca, a chuparlo cuando de teta, a saborearlo cuando más grandes, a desmenuzarlo y tragarlo cuando adultos, sabemos quién es, cuáles son sus nutritivas virtudes y el brillante papel que en nuestras mesas representa.

No es por cierto el matambre ni asesino ni ladrón; lejos de eso, jamás que yo sepa, a nadie ha hecho el más mínimo daño: su nombradía es grande, pero no tan ruidosa como la de aquellos que haciendo gemir la humanidad se extiende con el estrépito de las armas o se propaga por medio de la prensa o de las mil bocas de la opinión. Nada de eso; son los estómagos anchos y fuertes el teatro de sus proezas, y cada diente, sincero apologista de su blandura y generoso carácter. Incapaz por temperamento y genio de más ardua y grave tarea, ocioso por otra parte y aburrido, quiero ser el órgano de modestas apologías, y así como otros escriben las vidas de los varones ilustres, transmitir, si es posible a la más remota posteridad, los histórico-verídicos encomios que sin cesar hace cada quijada masticando, cada diente crujiendo, cada paladar saboreando el jugoso e ilustrísimo matambre.

Varón es él como el que más; y si bien su fama no es de aquellas que al oro y al poder prodiga la rastrera adulación, sino recatada y silenciosa como la que al mérito y la virtud tributa a veces la justicia, no por eso a mi entender debe dejarse arrinconada en la región epigástrica de las innumerables criaturas a quienes da gusto y robustece, puede decirse, con la *sangre de sus propias venas*. Además, porteño en todo, ante todo y por todo, quisiera ver conocidas y mentadas nuestras cosas allende los mares, y que no nos vengan los de *extranjis* echando en cara nuestro poco gusto en el arte culinario y ensalzando a vista y paciencia nuestra los indigestos y empalagosos manjares que brinda sin cesar la gastronomía a su estragado apetito: y esta ráfaga también de espíritu nacional me mueve a ocurrir a la comadrona intelectual, a la prensa, para que me ayude a parir, si es posible sin el auxilio del *forceps*, este más que discurso apologético.

Griten en buenhora cuanto quieran los taciturnos ingleses, *roast-beef*, *plum pudding*; chillen los italianos, *maccheroni*, y váyanse quedando tan delgados como una I o la aguja de una torre gótica. Vocean los franceses *omelette soufflée*, *omelette*

au sucré, omelette au diable; digan los españoles, con sorna, *chorizos, olla podrida*, y más podrida y rancia que su ilustración secular. Griten en buena hora todos juntos, que nosotros apretándonos los flancos soltaremos zumbando el palabrón, matambre, y taparemos de cabo a cabo su descomedida boca.

Antonio Pérez decía y yo digo: «Sólo los grandes estómagos digieren matambre». No es esto dar a entender que todos los porteños los tengan tales, sino que sólo el matambre alimenta y cría los estómagos robustos, que en las entendederas de Pérez eran los corazones magnánimos.

Con matambre se nutren los pechos varoniles avezados a batallar y vencer, y con matambre los vientres que los engendraron; con matambre se alimentan los que en su infancia, de un salto, escalaron los Andes, y allá en sus nevadas cumbres, entre el ruido de los torrentes y el rugido de las tempestades, con hierro ensangrentado escribieron: *independencia, libertad*; y matambre comen los que a la edad de veinticinco años llevan todavía babador, se mueven con andaderas y gritan, balbucientes, «papá... papá». Pero a juventudes tardías, largas y robustas vejeces, dice otro apotegma que puede servir de cola al de Pérez.

Siguiendo, pues, en mi propósito, entraré a averiguar quién es este tan ponderado señor y por qué sendas viene a parar a los estómagos de los carnívoros porteños.

El matambre nace pegado a ambos costillares del ganado vacuno y al cuero que le sirve de vestimenta; así es que hembras, machos y aun capones tienen sus sendos matambres, cuyas calidades comibles varían según la edad y el sexo del animal: macho por consiguiente es todo matambre cualquiera que sea su origen, y en los costados del toro, vaca o novillo adquiere jugo y robustez. Las recónditas transformaciones nutritivas y digestivas que experimenta el matambre hasta llegar a su pleno crecimiento y sazón, no están a mi alcance: naturaleza, en esto como en todo lo demás de su jurisdicción, obra por sí tan misteriosa y cumplidamente que sólo nos es dado tributarle silenciosas alabanzas.

Sábase sólo que la dureza del matambre de toro rechaza al más bien engastado y fornido diente, mientras que el de un joven novillo, y sobre todo el de vaca, se deja mascar y comer por dientecitos de poca monta y aun por encías octogenarias.

Parecer común es que a todas las cosas humanas, por más bellas que sean, se le puede aplicar, pero por la misma razón que la perspectiva de un valle o de una montaña varía según la distancia o el lugar de donde se mira y la potencia visual del que la observa. El más hermoso rostro mujeril suele tener una mancha que amortigua la eficacia de sus hechizos; la más casta resbala, la más virtuosa cojea: Adán y Eva, las dos criaturas más perfectas que vio jamás la tierra, como que fueron la primera obra en su género del artífice supremo, pecaron; Lilí por flaqueza y vanidad, el otro porque fue de carne y no de piedra a los incentivos de la hermosura. Pues de la misma mismísima enfermedad de todo lo que entra en la esfera de nuestro poder, adolece también el matambre. Debe haberlos, y los hay, buenos y malos, grandes y chicos, flacos y gordos, duros y blandos; pero queda al arbitrio de cada cual escoger

el que mejor apetece a su paladar, estómago o dentadura, dejando siempre a salvo el buen nombre de la especie matambruna, pues no es de recta ley que paguen justos por pecadores, ni que por una que otra indigestión que hayan causado los gordos, uno que otro sinsabor debido a los flacos, uno que otro aflojamiento de dientes ocasionado por los duros, se lance anatema sobre todos ellos.

Cosida o asada tiene toda carne vacuna un dejo particular o sui generis debido según los químicos a cierta materia roja poco conocida y a la cual han dado el raro nombre de *osmazomo* (olor de caldo). Esta sustancia pues, que nosotros los profanos llamamos jugo exquisito, sabor delicado, es la misma que con delicia paladeamos cuando cae por fortuna en nuestros dientes un pedazo de tierno y gordiflaco matambre: digo gordiflaco porque considero esencial este requisito para que sea más apetitoso; y no estará de más referir una anecdotilla, cuyo recuerdo saboreo yo con tanto gusto como una tajada de matambre que chorree.

Era yo niño mimado, y una hermosa mañana de primavera llevome mi madre acompañada de varias amigas suyas a un paseo de campo. Hízose el tránsito a pie, porque entonces eran tan raros los coches como hoy el metálico; y yo, como era natural, corrí, salté, brinqué con otros que iban de mi edad, hasta más no poder. Llegamos a la quinta: la mesa tendida para almorzar nos esperaba. A poco rato cubriéronla de manjares y en medio de todos ellos descollaba un hermosísimo matambre.

Repuntaron los muchachos que andaban desbandados y despacháronlos a almorzar a la pieza inmediata, mientras yo, en un rincón del comedor, haciéndome el zorrocloco, devoraba con los ojos aquel prodigioso parto vacuno. «Vete, niño, con los otros» me dijo mi madre, y yo agachando la cabeza sonreía y me acercaba: «Vete, te digo» repitió, y una hermosa mujer, un ángel, contestó: «No, no, déjelo usted almorzar aquí», y al lado suyo me plantó de pie en una silla. Allí estaba yo en mis glorias: el primero que destrizaron fue el matambre; dieron a cada cual su parte, y mi linda protectora con hechicera amabilidad me preguntó: «¿Quieres, Pepito, gordo o flaco?» «Yo quiero —contesté en voz alta— gordo, flaco y pegado», y gordo, flaco y pegado repitió con gran ruido y risotadas toda la femenina concurrencia, y diome un beso tan fuerte y cariñoso aquella preciosa criatura, que sus labios me hicieron un moretón en la mejilla y dejaron rastros indelebles en mi memoria.

Ahora bien, considerando que este discurso es ya demasiado largo y pudiera dar hartazgo de matambre a los estómagos delicados, considerando también que como tal debe acabar con su correspondiente peroración o golpe maestro oratorio, para que con razón palmeen los indigestos lectores, ingenuamente confieso que no es poco el aprieto en que me ha puesto la maldita humorada de hacer apologías de gente que no puede favorecerme con su patrocinio. Agotado se ha mi caudal encomiástico y mi paciencia y me siento abrumado por el enorme peso que inconsideradamente eché sobre mis débiles hombros.

Sin embargo, allá va, y obre Dios que todo lo puede, porque sería reventar de otro

modo. Diré sólo en descargo mío, que como no hablo *ex cathedra*, ni *ex tribuna*, sino que escribo sentado en mi poltrona, saldré como pueda del paso, dejando que los retóricos apliquen a mansalva a este mi discurso su infalible fallo literario.

Incubando estaba mi cerebro una hermosa peroración y ya iba a escribirla, cuando el interrogante «¿Qué haces?» de un amigo que entró de repente, cortó el revesino a mi pluma. «¿Qué haces?» repitió. «Escribo una apología.» «¿De quién?» «Del matambre.» «¿De qué matambre, hombre?» «De uno que comerás si te quedas, dentro de una hora.» «¿Has perdido la chaveta?» «No, no, la he recobrado, y en adelante sólo escribiré de cosas tales, contestando a los impertinentes con: fue humorada, humorada, humorada.» Por tal puedes tomar, lector, este largo artículo; si te place por peroración el fin; y todo ello, si te desplace por nada.

Entretanto te aconsejo que si cuando lo estuvieses leyendo alguno te preguntase: «¿Qué lee usted?» le respondas como Hamlet a Polonio: «*Words, words, words*», palabras, palabras, pues son ellas la moneda común y de ley con que llenamos los bolsillos de nuestra avara inteligencia.

Pensamientos

*Ideas, opiniones, rasgos autobiográficos, párrafos de correspondencia epistolar,
etcétera*

PENSAMIENTOS^[1]

El resorte de la inteligencia es omnipotente. En vano las pasiones rastreras y mezquinas se arman, se adunan y vociferan su triunfo; en vano la materia, revelándose contra la materia que le dio ser, quiere, obcecada, que domine el caos: la inteligencia rompe, desquicia y anonada las fábricas monstruosas de la ignorancia y la estupidez. La razón triunfa: *mens agit molem*.^[2]

¿Sabe usted lo que es la reputación? Eche una mirada sobre la sociedad. El que quiere consigue a esa impúdica ramera, que ofrece sonriendo sus hijares a la torpe lascivia y a los más inmundos y bestiales apetitos. Reputado es el que la casualidad puso en el *albo*; reputado el pedante; reputado el sabio; reputado el loco, el imbécil, el ladrón, el asesino; reputados, en suma, todos los que ambicionan el vaho impuro de la estúpida opinión. Entretanto, el tiempo da un paso y avienta como polvo todas esas reputaciones efímeras. Reniego de la reputación. Gloria querría, sí, si me fuese dado conseguirla, o al menos si a la eficacia de mis deseos correspondiesen mis fuerzas...

Nunca se me ha ocurrido que entre nosotros podría ganarse nada escribiendo versos. Sólo la deplorable situación de nuestro país ha podido compelerme a malgastar en rimas estériles la sustancia del cráneo. (*Abril 8, 1850.*)

Trabaje, amigo mío, prepárese para el porvenir, porque el reino del mal no puede ser eterno. Sus temas favoritos, emigración, cristianismo, son también los míos; pero agregando escuelas primarias, educación popular. (*Párrafo de carta a don Félix Frías, 1850.*)

En mi concepto, no debe escribirse la biografía de los autores que no han concluido su carrera y están todavía en edad de producir algo.

Si yo hubiera podido realizar lo que proyecté hace tiempo, y sin cuyas miras jamás me hubiera ocupado de poesía, mi ambición se hallaría satisfecha, mis tareas recompensadas y sería feliz. Pero lo que el genio concibe o imagina, la tenacidad sólo puede animarlo, y la tenacidad es hija de la fuerza física.

La mano férrea que pesa sobre mí hace cuatro años, y contra la cual batallo vanamente, ha sofocado poco a poco mis fuerzas vitales, casi agotado mi sensibilidad, fuente fecunda de toda inspiración, y dado en tierra con todas mis

esperanzas. Ya para mí no hay porvenir; para usted sí, y para otros jóvenes, que, como usted, se sienten animados de fuego divino por lo bello y lo grande, y de noble amor a la patria... (*Párrafo de carta, enero 21 de 1834.*)

Condenado estoy a hablar siempre de mí, y por consiguiente, a lo que más he detestado y detesto. (*Julio 5, 1836.*)

Se ha dicho que mis versos heroicos carecían de fuego, y aun se ha pretendido tachar de prosaica a mi musa; y en lugar de ser para mí esta opinión una crítica, es un elogio, pues estoy convencido que el poeta lírico moderno, cualquiera que sea el género en que escriba, debe parecer más filósofo que profeta, más pensador que oráculo o pitonisa. Nada de arrebatos frenéticos, nada de entonación robusta, nada de entusiasmo ficticio admite la poesía lírica moderna. Su sublimidad estriba en las ideas, en su movimiento o giro desordenado, en la variedad de éstos y de las imágenes; su interés en la exposición dramática...

Digo esto únicamente, no con el ánimo de defender mis versos, cosa que considero indigna, sino porque a menudo suelen hacer fortuna entre los ignorantes opiniones cuyo único y exclusivo mérito es el atrevimiento con que se enuncian, y porque no es nuevo en los países poco versados en las letras ver a un zoilo ignorante y atrevido desacreditar las obras de un escritor de mérito y querer juzgar con magisterio escritos que no entiende y que no sería capaz ni aun de imaginar. (*Hoja de papel suelta.*)

Los favoritos de la fortuna son generalmente los más ineptos y despreciables, porque el saber y la virtud desdeñan humillarse ante su impuro simulacro. (1825.)

EMIGRAR POR FUERZA

No hay cosa más triste que emigrar. Salir de su país por satisfacer un deseo, por realizar una esperanza, para estudiar la naturaleza y el hombre en una tierra distante de aquella en que nacimos, es sentir una conmoción indefinible de dulce melancolía en ese viaje voluntario. Dejamos atrás nuestros hogares, nuestra familia, nuestros amigos; pero en cambio vemos una perspectiva lejana, una esperanza que nos alienta y estimula, mil cosas nuevas que ocuparán aunque momentáneamente el vacío que ha dejado la ausencia de nuestras afecciones queridas.

Pero salir de su país violentamente, sin quererlo, sin haberlo pensado, sin más objeto que salvarse de las garras de la tiranía, dejando a su familia, a sus amigos bajo el poder de ella, y lo que es más, la patria despedazada y ensangrentada por una gavilla de asesinos, es un verdadero suplicio, un tormento que nadie puede sentir, sin haberlo por sí mismo experimentado.

¿Y a dónde vamos cuando emigramos? No lo sabemos. A golpear la puerta al extranjero; a pedirle hospitalidad, buscar una patria en corazones que no pueden comprender la situación del nuestro, ni tampoco interesarse por un infortunio que desconocen y que miran tan remoto para ellos como la muerte.

La emigración es la muerte: morimos para nuestros allegados, morimos para la patria, puesto que nada podemos hacer por ellos. (*Hoja suelta.*)

La eternidad devora al tiempo, el tiempo devora a la vida y la vida se devora a sí misma.

La vida no es más que una larga serie de pesares y un corto sueño de ilusiones y esperanzas.

La moral de Helvecio se funda en el interés; la de Epicuro, en el deleite; la de Platón en lo justo; la del cristianismo en estos sencillos preceptos: no hagas mal al prójimo; da a cada uno lo suyo; no hagas a otro lo que no quieras que hagan contigo...

Las teorías son todo; los hechos por sí solos poco importan. ¿Qué es un hecho político funesto? El resultado de una idea errónea. ¿Qué es otro, fecundo en bienes? El de ideas maduras y ciertas. Las teorías ilustran, regeneran a los pueblos. Ellas son las verdaderas fuerzas impulsivas de la sociedad, porque los seres de que ésta se componen son inteligentes y racionales. No se trata, naturalmente, de teorías fantásticas ni de falsos sistemas.

Consolémonos. No han sido estériles todos nuestros sacrificios. El espíritu de la revolución vive y fermenta aún robusto en el seno de nuestra sociedad: él penetra, anima, fecunda todos los gérmenes progresivos que aquélla sembró. Raudal de luces cunde y se propaga. Mayor número de hombres estudiosos y pensadores se cuenta; la riqueza y el bienestar se van generalizando; las costumbres se pulen; la moralidad se acrisola; la tolerancia, minando las preocupaciones, fraterniza los ánimos; una juventud llena de entusiasmo y ardor ha visto ya en sueños la hermosa perspectiva de

un glorioso porvenir; y, en suma, poco a poco, todas estas fuerzas generatrices van dando vida a los elementos de nuestra renovación social. (*Hoja suelta.*)

La inteligencia humana tiene su órbita y su punto culminante.

A falta de ingenio los hombres se revisten de un título para medrar y van a mendigar a las universidades librea de ciencia para adquirir un vano e inmerecido prestigio. (*Hoja suelta.*)

Si oscuro es el que no tiene dinero, títulos doctorales, ni dignidades, yo lo soy, y me vanaglorio de serlo, pues no he puesto mi mano en las iniquidades, torpezas y locuras que he presenciado desde que volví a mi país, ni menos he concurrido a prestar mi voto a mil actos degradantes para un pueblo que obró en otro tiempo con tanto decoro y dignidad y se jactó de su libertad por sus propios esfuerzos. (*Hoja suelta.*)

Para nosotros debe ser una verdad reconocida que la imitación en poesía es un elemento infecundo; que sólo la originalidad es bella, grande y digna de ser admirada, y que sólo ella importa progreso en el desarrollo de nuestra literatura nacional.

... Es necesario desengañarse, no hay que contar con elemento alguno extranjero para derribar a Rosas. La revolución debe salir del país mismo, deben encabezarla los caudillos que se han levantado a su sombra. De otro modo no tendremos patria. Veremos lo que hacen Urquiza y Madariaga. (*Párrafo de carta. Noviembre 10 de 1846.*)

El hombre filósofo, contemplativo, solitario, es un enigma en nuestra sociedad. Nuestra vida es exclusivamente externa; las cosas materiales la absorben —y así debe ser. No tenemos industrias, artes, ciencias. Empieza nuestra lucha con la materia bruta. Cada cual debe ganar con el sudor de su frente lo necesario a la vida y dar su tiempo a intereses materiales. Nos falta aún ocio para pensar en otra cosa que en hacer carrera y conquistar una posición distinguida en la sociedad: nada, por consiguiente, podemos saber del mundo ideal, del mundo interno intuitivo, que sólo descubre la inteligencia independiente y robusta que bebe su inspiración en el fondo de la conciencia y en la contemplación de la naturaleza animada.

Años hace que la República Argentina se esfuerza por engendrar y constituir una sociabilidad. Puede decirse que en el año 29 comenzó la guerra social, es decir, la guerra entre dos principios opuestos —entre el principio de progreso, asociación y libertad, y el principio antisocial y anárquico de *statu quo*, ignorancia y tiranía. Ambos aspiraban al poder y a la iniciativa social, y de ahí nació la lucha que aún hoy nos despedaza. (*Hoja suelta.*)

Examinar todas nuestras instituciones del punto de vista democrático; ver todo lo que se ha hecho en el transcurso de la revolución para organizar el poder social, y deducir de ese examen crítico vistas dogmáticas y completas para el porvenir, es la obra más grande que pueda emprenderse por ahora. (*Carta a sus amigos Alberdi y Gutiérrez en Chile. Montevideo, octubre 1, 1846.*)

Esta maldita cabeza anda maleando hace año y medio y ahora me hace más falta que nunca, porque como creo que me voy a despedir del mundo, me ha dado la manía de dejarle recuerdos. Estoy flaco como un esqueleto, o más bien, espiritado; pero ando como viviente entre los vivientes. Dicen por ahí que tengo talento y escribo como nadie y lo que nadie por acá: ¡zonzería! Yo tengo para mí que soy el más infeliz de los vivientes porque no tengo salud, ni esperanza, ni porvenir y converso cien veces al día con la muerte hace cerca de dos años. (*Idem.*)

LA FUERZA

La fuerza es también tan legítima como el derecho. ¿Creéis acaso que Dios dotó en vano a algunos hombres de más valor, robustez y energía que a otros? No. Ningún derecho primitivo, ninguna autoridad racional, ningún gobierno nuevo tuvo otro fundamento que la fuerza. Si la fuerza entroniza el despotismo, la fuerza lo abate. Si ella rompe constituciones, también proclama a la faz del mundo los derechos del hombre. Sin la fuerza las sociedades permanecerían inertes y jamás llegaría el tiempo del triunfo de la razón.

El derecho de la fuerza da, como dice un sabio, el imperio del mundo a los mejores. Corren los tiempos; la razón se hermana con la fuerza y el derecho de la razón impera. Cada cosa tiene su tiempo.

No creáis que al hacer la apología de la fuerza, hablo de la fuerza bruta, sirviendo de instrumento a la iniquidad para hollar los principios y derechos más sagrados. Hablo de la fuerza inteligente defendiendo la causa del género humano, de la justicia y de la razón. Cuando la tiranía avasalla, el derecho de la fuerza es tan legítimo como el de la razón, porque el imperio de éste sólo puede cimentarse con la pujanza de aquélla.

La poesía es lo más sublime que hay en la esfera de la inteligencia humana. El universo entero es su dominio. Ella se ampara de lo más íntimo y noble que hay en el corazón humano, de lo más grande y elevado, y lo expresa revestido de su mágico y brillante colorido. Su poder maravilloso da forma y vida a las cosas inanimadas, les presta un lenguaje y las pone en acción con un golpe de su vara mágica. Ella refleja a la creación, y de un vuelo recorre los ámbitos del universo, vaga por la región fantástica de los prodigios, habla con las esencias divinas y llega hasta contemplar de frente el trono y las glorias de Jehová.

Ella realza el nombre de los pueblos y anima las ruinas de lo pasado, profetiza lo futuro, engrandece lo presente, y revestida de tan pomposo y magnífico aparato, se presenta a la admiración de la posteridad perpetuando en la trompa de la fama, de siglo en siglo, su maravilloso poder.

AFECTOS ÍNTIMOS

Septiembre 2 de 1835

Nací en septiembre de 1805 y hoy debo cumplir... ¿Y dónde están? ¿En qué los he empleado?

Hasta la edad de dieciocho años fue mi vida casi toda externa: absorbiéronla sensaciones, amoríos, devaneos, pasiones de la sangre, y alguna vez la reflexión; pero triste como lámpara entre sepulcros. Entonces como caballo desbocado, pasaba yo sobre las horas, ignorando a dónde iba, quién era, cómo vivía. Devorábame la saciedad y yo devoraba al tiempo.

Desde los dieciocho hasta los veintiséis años, hiciéronse gigantes mis afectos y pasiones, y su impetuosidad, salvando límites, se estrelló y pulverizó contra lo imposible.

Sed insaciable de ciencia, ambición, gloria, colosales visiones de porvenir... todo he sentido.

Mi orgullo ha roto y hollado todos los ídolos que se gozó en fabricar mi vanidad.

Cuando llamaba a mi puerta la fortuna yo le decía: vete, nada quiero contigo; yo

me basto a mí mismo. Hacíase ella a menudo contradicha, y con el dedo me señalaba un blanco, una senda distinta de la que yo llevaba: airado le daba las espaldas, y seguía adelante.

Entonces el tiempo me devoraba, cada minuto era un siglo y cada minuto me echaba estas palabras en rostro: ¿qué has hecho, qué has aprendido?

La inefable visión de mi fantasía era la gloria, y dábame la ambición brazos de gigante. ¿Sabía yo entonces quién era, cómo vivía y a dónde iba?

Desde los veintiséis años hasta hoy, no existe el tiempo para mí. Noche y dolor es todo lo que veo; dolor y noche, despierto o durmiendo; noche y dolor, aquí y allí, y en todas partes. El universo y yo y las criaturas son para mi espíritu un abismo de noche y de dolor.

Pero hoy, hoy, sé que vivo aún. Sé que he peregrinado treinta años en la tierra, porque quiero desde hoy poner en este papel mi corazón a pedazos. Mi corazón dolorido, ulcerado, gangrenado; mi corazón soberbio e indomable...

Oh, tú, Dios mío... ¡Blasfemia! Cerradas están las puertas del cielo para el... réprobo...

Septiembre 26

Hoy he visto a D. Cada vez más me conmueve su presencia. No es bella, no es hermosa; pero tiene quince años y un no sé qué de más precio que la hermosura... ¡Oh!, si ella supiere que la quiero; pero ni aun es capaz de sospecharlo. Quizá otro la posea... ¡Horrible pensamiento!...

El corazón me domina y tiene a raya todos mis afectos. Ni me permite amar ni aborrecer, ni agitarme ni moverme; ni hablar recio para desahogar mi cólera, mi entusiasmo o mi indignación; ni correr a caballo, ni entregarme a esos arrebatos frenéticos, a ese vértigo de los sentidos, que en otro tiempo por medio de la laxitud quebrantaban el ímpetu de mis pasiones, refrigeraban el ardor de mi sangre y adormían en tanto la actividad devorante de mí pensamiento. Mazzepa al desnudo lomo de fiero e indomable potro que me lleva al través de los desiertos de la vida: no me es dado obrar, ni moverme, ni soltar la rienda a la actividad que me roe; ni vengarme, ni derramar una lágrima: sólo sí desear, luchar con mis sentimientos y sofocarlos; pensar, devorarme a mí mismo, consumirme, dudar, maldecir, blasfemar, padecer y sufrir en silencio.

¡Qué martirio y qué galardón!

«Mi cuerpo es mi tormento, y mi imaginación el crudo verdugo de mi alma.»
(León.)

Septiembre 27

Va para cinco años que no me sonrío un día sereno; que sólo el dolor me da testimonio de la vida; que no tengo un rato de descanso, ya que no de alegría; que

asida a mi conciencia, como gusano roedor, está una idea, la imagen viva de la felicidad que tuve en mi mano, que menosprecié, hollé y perdí para siempre.

Lo mejor de mi vida; la edad en que recoge el hombre el fruto de sus vigiliyas y tareas —el dolor lo ha devorado; y la gloria debía ser su galardón—: yo lo esperaba, lo quería, lo quería con ahínco. Cinco años de estudio y reflexión habían nutrido mi ingenio; pero cortáronle por el tronco cuando estaba más ufano y frondoso...

En junio de 1830 volví a mi patria. ¡Cuántas esperanzas traía! Todas estériles: la patria ya no existía.

Sí yo hubiere podido escribir todo lo que he sentido, pensado, sufrido, en estos cinco años mi nombre quizá sería famoso. Pero aun este desahogo me ha vedado el dolor y la flaqueza. Meses enteros he pasado sin poder leer una página, sin poder trazar una línea, devorando yo mismo los pensamientos que me devoraban: tal era el estado de mi salud.

Ahora, aunque más fuerte, no estoy mejor: sólo a ratos y cuando se aduerme un tanto el dolor, tomo la pluma: una hora seguida de trabajo y contracción me abruma y me inutiliza para todo el día.

Trabado el vuelo de mi espíritu por muy continuos dolores, incapaz ya de la intensa aplicación que requieren las obras de ingenio, escribo para mí solo estos incorrectos renglones que serán el diario de los intensos afectos de mi corazón y el itinerario de mi larga y convulsiva agonía.

Qué más puedo hacer si todo lo que me resta es: «Espanto, asombro, temblores, voces de amargura, representaciones de muerte y tormento perpetuo que desmenuzan el corazón y sumen en el abismo el sentido». (León.)

Septiembre 29

Mi corazón es el foco de todos mis padecimientos: allí chupa mi sangre y se ceba el dolor; allí está asida la congoja que echa una fúnebre mortaja sobre el universo; allí el fastidio, la saciedad, la hiel de la amargura que envenena todo cuanto toca; allí los deseos impetuosos; allí las insaciables y turbulentas pasiones; allí, en fin, el punto céntrico sobre que gravitan todos mis afectos, ideas y sensaciones.

Todo cuanto pienso, siento, sufro, nace y muere en mi corazón. Mi corazón está enfermo, y él solo absorbe casi toda la vitalidad de mis órganos.

Va para doce años que se manifestó por violentas palpitations un afecto nervioso en mi corazón. Embarqueme, y a poco de estar en Francia desapareció. Después por intervalos solía atacarme; pero no con la misma violencia. A los tres meses de mi vuelta empecé a sufrir dolores vagos en la región precordial: meses después el mal se declaró; dolores insoportables y palpitations irregulares y violentas desgarraban mi corazón. El más leve ruido, la menor emoción hacían latir fuertemente mi pecho y todas mis arterias. Mi cerebro hervía y susurraba como un torrente impetuoso. ¿Eran los nervios y la sangre la causa de este tumulto?

Así he continuado: los médicos han hecho gigote de mi cuerpo y verificado en él este aforismo de Hipócrates: «Quae medicamentum non sanat, ferrum sanat; quae ferrum non sanat, ignis sanat; quae ignis non sanat, insanabile est».^[3]

Medicinas, hierro, fuego han probado en mí y estoy extenuado, sin salud; sin esperanza.

Si no he sucumbido es sin duda porque hay un robusto y poderoso germen de vida en mi organización que maravillosamente la sostiene, y el cual siento que se agota cada día.

Una irritación tan larga, tan tenaz que no han podido desalojar las medicinas más activas, debe necesariamente haber enervado las fibras musculares de mi corazón, gastado sus esfuerzos vitales y reduciéndolo a un estado de atonía o debilidad preternatural. Se hace esto evidente para mí al observar que una sensación inesperada, la sorpresa, o cualquier ejercicio muscular algo violento, me sofocan; me producen tirantez, dolor y latidos en la región precordial, y sacudiendo todas las fibras de mi máquina la desacuerdan y relajan. No pudiendo entonces mi corazón débil repeler con energía la sangre que lo atosiga, ceja, se dilata, lucha turbulento con ella y al fin triunfa; pero quedando más dolorido y quebrantado.

Octubre 2

Llego de verla: ¡qué sonrisa! Hijos son de la imaginación los ángeles: ella deifica e idolatra lo que la hechiza y asombra. Con angélica sonrisa ella me mira, me dice: ¿cómo está usted don Esteban?, y baja la vista. Mudo, estático estoy en su presencia; ni sé qué decirle; temo que mis palabras hagan sonrojar su pudor. Háblome de plantas, de flores, de bordados, y después de un rato de silencio me retiro...

... Sin embargo yo no la amo aún; no la amo con todo el fuego de mi corazón, porque el orgullo me enfrena. Amar a una mujer que no siente como yo, que no está identificada con todo mi ser... ¡imposible!... Pero he puesto los ojos en ella; he creído hallar en ella un tesoro. Ella me ha hecho ver en sueños la sombra de la felicidad. Esto basta.

Nací en Buenos Aires... Hice mis estudios preparatorios en el Colegio de Ciencias Morales hasta fines de 1823, en cuya época me separé de las aulas por causas independientes de mi voluntad por dedicarme al comercio. Entonces en ratos desocupados aprendí el francés, y leí algunos libros de historia y poesía. Mal avenido con aquella carrera me embarqué para Francia en octubre del año 1825, con el fin de continuar mis estudios interrumpidos. Estuve de recalada en Bahía y Pernambuco dos meses, y llegué a El Havre de Francia el 27 de febrero del año 26, y a París el 6 de marzo.

Allí sentí la necesidad de rehacer mis estudios, o más bien de empezar a estudiar de nuevo.

Filosofía, historia, geografía, ciencias matemáticas, física y química me ocuparon

sucesivamente hasta fines del año 1829, en que fui a dar un paseo a Londres, regresando mes y medio después a París a continuar mis estudios de economía política y de derecho, a que pensaba dedicarme exclusivamente. Causas independientes de mi voluntad me obligaron a regresar a mi país. Me embarqué en El Havre en mayo del año 1830. Llegué a Montevideo en junio y a Buenos Aires a principios de julio. Durante mi residencia en París, y como desahogo a estudios más serios, me dediqué a leer algunos libros de literatura. Shakespeare, Schiller, Goethe, y especialmente Byron, me conmovieron profundamente y me revelaron un mundo nuevo. Entonces me sentí inclinado a poetizar; pero no conocía ni el idioma, ni el mecanismo de la metrificación española. Me dormía con el libro en la mano; pero haciendo esfuerzos sobre mí mismo, al cabo manejaba medianamente el verso.

Entonces escribí algunos que aplaudieron mucho mis compatriotas residentes en París. Pero mi vocación por la poesía no era pronunciada ni podía serlo estando absorbido por estudios tan ajenos a ella. Él... y el espectáculo del mar me pusieron en la senda de la inspiración. Así continué haciendo versos. Después el retroceso degradante en que hallé a mi país, mis esperanzas hurladas, produjeron en mí una melancolía profunda. Me encerré en mí mismo y de ahí nacieron infinitas producciones de las cuales no publiqué sino una mínima parte con el título de *Los consuelos* en el año 1834.^[4]

Párrafo de carta a don Félix Frías en París, 1850,
mandándole el manuscrito del «Ángel caído»
con intención de que se imprimiera allí

No estoy por biografía. No debe en mi concepto escribirse la de autores que no han concluido su carrera y que están todavía en edad de producir algo. Sin embargo si usted quisiera tomarse el trabajo de escribir como editor algún pequeño prefacio, me sería muy grato. En él diría usted que nací en Buenos Aires, en donde estudié latín, francés, y filosofía, y que en 1825 siendo muy joven hice viaje a París, cuyas escuelas frecuenté cerca de cinco años. Después de haber hecho estudios generales sobre las ciencias matemáticas y físico-químicas, los verifiqué muy serios de literatura, de historia, de política y economía, ciencias que en aquel tiempo estaban muy en boga. Que regresé a mi patria a mediados de 1830 después de haber visitado la Inglaterra; que actualmente resido emigrado en Montevideo, donde, como uno de tantos, he sufrido las penurias y conflictos de su largo asedio de siete años; que he publicado algunas obras, las que puede usted nombrar para que se vea que no soy un escritor advenedizo. Y por último, intercalará usted los *fragmentos de cartas* que encabezan el poema...

Las obras que he publicado son: —En 1853, *Los consuelos*. —En 1837 las *Rimas*, incluida «La cautiva». Durante el sitio de Montevideo, varias poesías patrióticas en los periódicos. —En 1846, *El dogma socialista y Ojeada sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*. —En el mismo año *Manual de enseñanza moral para las*

escuelas primarias. —En 1838, *Cartas al editor del Archivo Americano.* —Y el año pasado el poema que le incluyo sobre la insurrección del Sud.

He concluido un poema en tres cantos titulado «Avellaneda» y busco los medios de publicarlo. «Avellaneda es el más noble mártir de la generación nueva.»

Párrafo de carta íntima. Julio 5, 1830

... Malísima noticia me da usted. Yo huyo de la reputación y ella me persigue siempre y por todas partes. Cuando tenía quince años, unos amoríos de la sangre, un divorcio y puñaladas en falso, escandalizaron medio pueblo, el cual en desquite, sin duda, clavaba sobre mi atomística persona sus escrutadoras miradas. Cuando contaba dieciocho, conocíanme muchos por carpetero, jugador de billar y libertino. En Francia era yo, para los que me conocían, joven de seso y esperanzas; y ahora que no tengo ningunas y sólo caprichos de amor en el corazón, las mujeres, ¡Dios mío!, lo más vano y quebradizo, me persiguen: unas para espantarse, otras para reírse de mi alta y cadavérica figura, todas para satisfacer su curiosidad, y algunas para quererme un día... empalagarme y después aborrecerme...

Días pasados me encontré en un gran salón donde había más de veinte muchachas de la flor porteña. Apenas puse el pie en su recinto, una dijo es E...; otra, no; otra, él es, y todas moviéndose y bullendo de curiosidad me observaban con tan ahincados ojos que a poco rato salí de allí huyendo y renegando de la reputación. Ahora pienso que tal vez estaba entre ellas la que me tiene por loco.

Otro id., noviembre 25 de 1845, Montevideo

Estoy enfermo... Me parece que haré un viaje largo... larguísimo... Sabe Dios si nos volveremos a ver. No se olvide de su antiguo amigo. Adiós.

Carta desde Montevideo de fecha 21 de diciembre de 1844,
a un amigo, próximo a salir para Chile
del puerto de Río de Janeiro

Nada tengo que encargarle para Chile porque escribí poco ha por un buque que salió de aquí. Vilardebó le dará unos diarios donde se halla la advertencia que he puesto a la obra de enseñanza que presenté un mes hace al gobierno. Llévelos a Chile para que los lean los amigos y la reproduzcan si lo merece. Ha gustado mucho aquí: me ha granjeado este trabajo la simpatía y los aplausos hasta de los antagonistas de antaño, y éste es un gran triunfo para nuestras doctrinas. Espero verlos a todos alistados bajo nuestra bandera. Usted verá, sin embargo, que no los lisonjeo, y les doy por bajo en la advertencia como en el cuerpo de la obra. La adopción de la autoridad debe dar a la obra y por consiguiente a la doctrina que contiene una sanción oficial; y esto es cuanto podemos apetecer.

Mi obra no es local sino americana; porque es uno el espíritu y la tendencia de la revolución de los pueblos sudamericanos.

Como me he desembarazado de ese trabajo he vuelto al «Ángel caído»,

interrumpido desde marzo: voy a dejar la vida desocupada y loca que he tenido muchos meses, y a trabajar, porque me voy consumiendo y envejeciendo por demás. El diablo es que el mal hábito y las miserias que nos rodean han quebrantado mis propósitos.

Pacheco debe tener las dos primeras partes del «Ángel caído» y una copia de la obra de enseñanza. Procure leerlas y dígame antes su opinión franca: ya usted sabe el valor que tiene para mí. En el núm. 10 de la *Minerva Brasileira* hay un artículo sobre la literatura argentina que debe llevar a Chile y publicarlo. Hay muchos aquí que desearían ver la continuación prometida. Procure relacionarse con el autor de ese artículo y estimúlele a continuar sus *indagações*. Nos conviene mucho el juicio (que no puede ser sino imparcial) de los extranjeros. Es el modo de confundir a los envidiosos y a los pandilleros. El autor de ese artículo manifiesta buen criterio literario y un conocimiento poco común, aun entre nosotros, de la literatura argentina. ¿Cómo Indarte no reproduce ese artículo? Me honra demasiado y eso lo mortifica. Contiene, a más, verdades que ninguno de nosotros se ha atrevido a proclamar por no herir a los que no han perdonado medio para desconceptuarnos. Y entretanto, si no se dice la verdad, la literatura no puede adelantar, porque el pueblo no tiene criterio propio, y ni las obras ni los talentos serán apreciados debidamente. Soy de opinión que se debe hablar sin embozo y alto cuando se trata de progreso literario y político: estoy resuelto a hacerlo, sufra el que sufra. De otro modo no se anda, se retrocede o se está inmóvil. Haga usted y todos los amigos de Chile lo mismo, para que marchemos unidos en espíritu y en tendencias.

Voy a ocuparme pronto de una *mirada retrospectiva* sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 1830 adelante, procurando inventariar lo hecho, para saber dónde estamos y quiénes han sido los operarios. No creo haya otros nombres que los de *nuestra gente*. Veremos qué dirá *la otra*. Se quedará con la boca abierta. Pondré en seguida de este trabajo el *Código* (revisto, corregido y aumentado) porque es el resumen de nuestra síntesis socialista. Me falta para esto el discurso que leí cuando se formó la «Asociación» en Buenos Aires.^[5] Demetrio Peña lo copió y debe tenerlo. Queda usted comprometido a mandarme copia así que llegue a Chile.

Nada más me ocurre... ¡cuándo nos veremos!

Ídem a dos de sus amigos en Chile,
octubre 1 de 1846, Montevideo

Amigos queridos: presumo que a la fecha habrán ustedes recibido dos obras que he publicado recientemente. Una y otra se completan y forman, en cierto modo, un cuerpo de doctrina social fundado sobre el Dogma de Mayo.

La prensa de Montevideo, representada hoy día exclusivamente por usted, ha enmudecido: no ha querido o más bien ha tenido miedo de recoger el guante. Sin embargo han desahogado, como antaño, su impotente despecho en los corrillos de bufete. Bien lo preveía yo y se los dije, como ustedes habrán visto al fin de mi

«Ojeada retrospectiva». Es preciso concluir de una vez con esta gente, y yo me encargo de hacerles por acá el proceso definitivo. Uno de nuestros grandes errores políticos y también de todos los patriotas, ha sido aceptar la responsabilidad de los actos del Partido Unitario y hacer solidaria su causa con la nuestra.

Ellos no han pensado nunca sino en una restauración: nosotros queremos una regeneración. Ellos no tienen doctrina alguna; nosotros pretendemos tener una: un abismo nos separa.

Mi obra, mientras tanto, ha sido recibida con aplauso universal por argentinos y orientales. He dicho el secreto de todos, y todos han aplaudido. Pronto circulará por Entre Ríos, Corrientes y Buenos Aires, y espero que allí encontrará profundas simpatías. He escrito a Urquiza y a Madariaga, enviándosela: ustedes presumirán con qué fin. Las cosas de por allá están envueltas todavía en profundo misterio. Que hay liga entre Corrientes y Entre Ríos, no se duda; pero si es contra Rosas, no se sabe: por mi parte yo me inclino a creerlo, y en este sentido me he dirigido a esos caballeros: veremos lo que resulta.

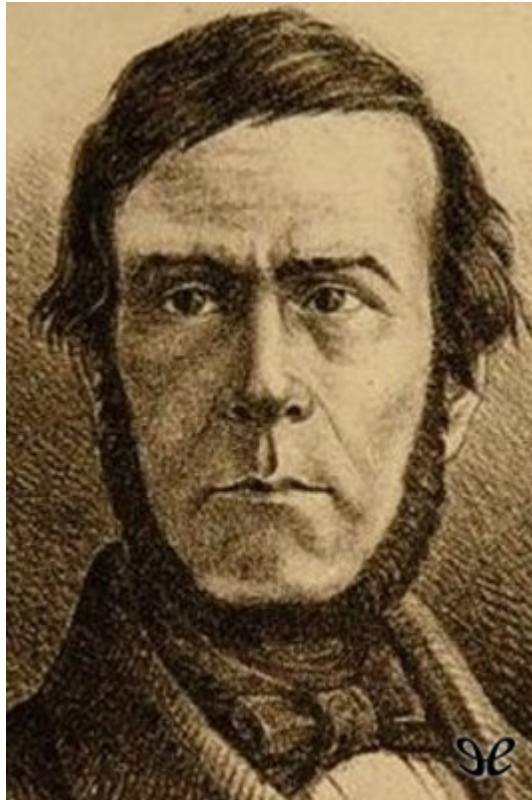
Hemos reconstruido la «Asociación» con el nombre que ustedes habrán visto. Hagan ustedes otro tanto por allá; laboreen, desparramen el libro, les mandaré cien ejemplares en primera oportunidad. La impresión de mil me cuesta doscientos patacones. Se desparramarán por Buenos Aires, Corrientes, Entre Ríos, y me parece que habrá quien los recoja: son bonitos de fuera.

Escriban allá sobre el libro; procuren lo juzgue la prensa chilena (si hay prensa democrática en Chile) y manden lo que se diga. Esto importa mucho, mucho: ya saben que la causa que yo defiendo es común, es la causa de la patria.

Alisten gente por allá: entra en nuestro plan abrir el seno de la «Asociación» a todo patriota argentino, sea cual fuere su clase y condición: el que no sirve con su cabeza sirve con su brazo. Es necesario formar un *partido nuevo*, un partido único y nacional, que lleve por bandera la bandera democrática de Mayo, que nosotros hemos levantado: es necesario trabajar en esto con decisión y perseverancia: es la única senda de salvación.

Hemos resuelto por aquí que para ser miembro de la Asociación basta manifestar de palabra, o por escrito, el deseo de pertenecer a ella, y comprometerse en conciencia a profesar, propagar y defender sus doctrinas: inviten, si es posible, a todos los argentinos que vayan por allá.

Ando con la cabeza mala, por eso no va ésta de mi pluma: la misma causa, incluso la pereza, me obliga a escribirles a los dos en uno. Me parece que pronto les mandaré otro tomito parecido a los anteriores; digo, si mi cabeza se compone. La obra que anuncio sobre la democracia en el Plata me preocupa mucho: sabe Dios si podré concluirlo.



ESTEBAN ECHEVERRÍA (Buenos Aires, 1805-Montevidéo, 1851), escritor y poeta, miembro de la llamada Generación del 37, inició sus estudios en la escuela de San Telmo y, en 1823, ingresó al Colegio de Ciencias Morales para hacer sus estudios preparatorios, al mismo tiempo que empezó a trabajar como dependiente de comercio. En 1825 partió a Francia; entre 1826 y 1830, en París, estudió economía política, historia, filosofía, matemática, física, química y literatura, y comenzó a escribir poesía y prosas diversas.

A su regreso, publicó sus primeros poemas y poco después sus primeros libros de poesía *Elvira o la novia del Plata* (1832), *Los consuelos* (1834), *Rimas* (1837) y *El ángel caído* (1846). Entre sus principales estudios destaca *El dogma socialista* (1846). Desde 1841 vivió en Montevidéo, desterrado por el régimen de Juan Manuel de Rosas.

Notas

[1] Esta «Advertencia», escrita por el propio Esteban Echeverría, figura en la edición original de *Rimas*, que fue el libro en donde primeramente apareció el poema. Se publicó en Esteban Echeverría, *Obras completas*, t. 5, «Escritos en prosa», con notas y explicaciones de don Juan María Gutiérrez, Buenos Aires, Carlos Casavalle Editor, 1874, pp. 143-149. J. M. Gutiérrez pone la siguiente nota al pie de la primera página de dicho texto: «Esta advertencia se halla, al frente de las *Rimas*, y la prometimos para este lugar en la nota de la pág. 175 del tomo III de estas obras completas». En el tomo 3, «Poesías varias», de *Obras completas*, p. 5, donde se halla la «Advertencia», J. M. Gutiérrez explica en la nota al pie ya aludida: «Sólo conocemos una edición de *Rimas* hecha en Buenos Aires a mediados de 1837, bien que la CAUTIVA, que ocupa la mayor parte del tomito de las RIMAS, haya sido reimpresa varias veces, sin intervención del autor, dentro y fuera del país». Por ser del autor, esta «Advertencia» se mantiene en tipo normal y no en tipo menor, como en los demás casos de este volumen, cuando corresponden al editor J. M. Gutiérrez. [N. del ed.] <<

[1] La versión de este poema corresponde a la que aparece en Esteban Echeverría, *Obras completas*, t. 1, «Poemas varios», Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1870, pp. 33-136. Se conservan aquí los guiones intermedios que indican un espaciamento en el verso. [N. del ed.] <<

[2] *Toldería*: el conjunto de chozas o el aduar del salvaje. [Nota de J. M. Gutiérrez.]

<<

[3] El padre Guevara, hablando de esta ave en su *Historia del Paraguay*, dice: «El *Yahá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado duro y fuerte con que pelea... En su canto repiten estas voces, *Yahá, Yahá*, que significa en *guaraní* “vamos, vamos”, de donde se les impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan a repetir *yahá, yahá*, como si dijeran: “Vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas”. Los que saben esta propiedad del *Yahá*, luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos...

»En la provincia se llama Chajá o Yajá indistintamente». [Nota de J. M. Gutiérrez.]

<<

[4] *Ranchos*: cabañas pajizas de nuestros campos. [Nota de J. M. Gutiérrez.] <<

[5] Llámense así en las provincias, ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza. [Nota de J. M. Gutiérrez.] <<

[6] *Maloca*: lo mismo que incursión o correría. [Nota de J. M. Gutiérrez.] <<

[7] Junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada a los pueblos cristianos por los judíos. [Nota de J. M. Gutiérrez.] <<

[8] *Huinca*: voz con que designan los indios al cristiano u hombre que no es de su raza. [Nota de J. M. Gutiérrez.] <<

[9] *Valichu*: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído en el Falkner *Valichu*: comúnmente se dice *gualichu*. [Nota de J. M. Gutiérrez.]

<<

[¹⁰] *Bolas*: arma arrojadiza que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando en el otro otras tantas esferas sólidas de metal o piedra. [Nota de J. M. Gutiérrez.] <<

[11] *Ñacurutú*: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño. [Nota de J. M. Gutiérrez.] <<

[12] *Pajonal*: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos, y al menos a la distancia aparecen en la planicie como bosque: son los oasis de la pampa. [Nota de J. M. Gutiérrez.] <<

[13] *Antar*: célebre poeta árabe, de quien M. de Lamartine cita algunos fragmentos en su *Viaje a Oriente*: de ellos se ha tomado el tema que encabeza este canto. [Nota de J. M. Gutiérrez.] <<

[1] Esta «Advertencia» aparece en Esteban Echeverría, *Obras completas*, t. 5, «Escritos en prosa», con notas y explicaciones de don Juan María Gutiérrez, Buenos Aires, Carlos Casavalle Editor, 1874, pp. 209-214, en forma de nota al pie con la sola inicial del apellido de su autor entre paréntesis: (G). Aquí se ha puesto antecediendo al texto de Esteban Echeverría. [N. del ed.] <<

[1] El texto está tomado de Esteban Echeverría, *Obras completas, op. cit.*, t. 5, pp. 210-242. [N. del ed.] <<

[2] Así se nombraba a la Sociedad Popular Restauradora. [N. del ed.] <<

[1] Esta «Nota aclaratoria» aparece en Esteban Echeverría, *Obras completas, op. cit.*, t. 5, pp. 74-76, en forma de nota al pie con la sola inicial del apellido de su autor entre paréntesis: (G). Aquí se ha puesto antecediendo al texto del autor. [N. del ed.] <<

[2] Creemos que J. M. Gutiérrez se refiere, en especial, a «Fondo y forma en las obras de imaginación», en *ibid.*, pp. 74-121, y «Sobre el arte de la poesía», en *ibid.*, pp. 122-129. [N. del ed.] <<

[1] El texto está tomado de Esteban Echeverría, *Obras completas, op. cit.*, t. 5, pp. 74-121. [N. del ed.] <<

[2] «... desollado vivo a Pierre Corneille, acallado a Jean Racine.» Esta y las citas inmediatas están tomadas del Prefacio a *Cromwell*. [N. del ed.] <<

[3] «... y que no tiene noblemente rehabilitado a John Milton sino en virtud del código del padre Le Bossu.» [N. del ed.] <<

[4] «¡Ah! ¡Imitar las imitaciones! ¡Qué gracia!» [N. del ed.] <<

[5] «¿Qué habrían hecho estos admirables hombres, si se los hubiera dejado hacer? Nunca aceptaron sus restricciones sin combatir (...) Sin embargo, ¡qué de bellezas nos cobran las gentes de gusto, desde Scudéry hasta La Harpe! Se compondría una muy bella obra de todo lo que su árido aliento ha secado en su germen...» [N. del ed.]

<<

[6] El estilo es inimitable, puesto que nace como asido a la forma del pensamiento, la cual caracteriza y completa. [Nota de Esteban Echeverría.] <<

[7] El estilo de la prosa y el de la poesía son distintos. El prosista colora a veces sus cuadros con los tintes de la poesía; pero este arte, completo y excelente en sí, en nada se liga con aquélla y vive de su propio fondo.

Gentes hay que dan el nombre de poeta al versificador, como si el arte más sublime pudiese confundirse con la labor del mecánico. [Nota de Esteban Echeverría.] <<

[8] Los afijos simples y dobles, los esdrújulos, las terminaciones agudas, la variedad de metros no sujetos como los *alejandrinos* a cesura fija, y el libre uso y combinación de la rima en las estrofas, dan a la lengua castellana una ventaja incontestable sobre la italiana y francesa para los efectos rítmicos. [Nota de Esteban Echeverría.] <<

[1] El texto está tomado de Esteban Echeverría, *Obras completas, op. cit.*, t. 5, pp. 122-129. La nota preliminar que figura al frente de este texto se halla en la página 122 como nota al pie. [N. del ed.] <<

[1] Texto tomado de Esteban Echeverría, *Obras completas, op. cit.*, t. 5, pp. 200-208.
[N. del ed.] <<

[1] El texto está tomado de Esteban Echeverría, *Obras completas*, *op. cit.*, t. 5, pp. 430-458. [N. del ed.] <<

[2] La mente mueve la materia. [N. del ed.] <<

[3] «Lo que el medicamento no sana, lo sana el hierro; lo que el hierro no sana, lo sana el fuego; lo que el fuego no sana, cura no tiene.» [N. del ed.] <<

[4] Este interesante fragmento biográfico sin fecha está copiado de una hoja suelta, escrito con mucho desaliño en un pedazo de papel, con tinta blanquecina y tan difícil de descifrar que algunas palabras han debido quedar en blanco. [Nota de J. M. Gutiérrez.] <<

[5] Echeverría funda y preside la «Asociación de la Joven Generación Argentina», llamada más tarde «Asociación de Mayo», inspirada en las agrupaciones carbonarias italianas, como la Joven Italia de Giuseppe Mazzini. Imbuida de un espíritu de *progreso*, contempla el desarrollo y el objetivo necesarios de una sociedad libre. La Asociación está inspirada en el «movimiento de Mayo», que fue la primera gran manifestación de la sociedad argentina por encaminarse hacia el progreso y la renovación. La revolución de Mayo, de 1810, ocurrida en la ciudad de Buenos Aires, depuso al último virrey español y tuvo lugar entre el 18 y el 25 de ese mes y año. Así surgió la llamada Primera Junta, que dio paso al nacimiento del Estado argentino, en desconocimiento de la Regencia de España. En los años de actuación de Esteban Echeverría, ante el enfrentamiento entre federales (con Rosas como dictador a la cabeza) y unitarios, se deseaba una organización que, si bien no podía impedir la guerra civil, al menos sí la hiciese difícil. [N. del ed.] <<